

NOVELA HISTÓRICA

VINTILA HORIA

*El Caballero
de la
resignación*



ciudadela

Vintila Horia

EL CABALLERO DE LA RESIGNACIÓN



Madrid 2008

Primera edición: mayo de 2008.

Título original: *Le chevalier de la résignation*

© Herederas de Vintila Horia, 2008

© De la presente edición: Ciudadela Libros, S. L.

C/ López de Hoyos, 327

28043 Madrid

Teléf.: 91 1859800

www.ciudadela.es

Traducido del francés por: Rafael Vázquez Zamora

Diseño de cubierta: o3, S. L.

www.o3com.com

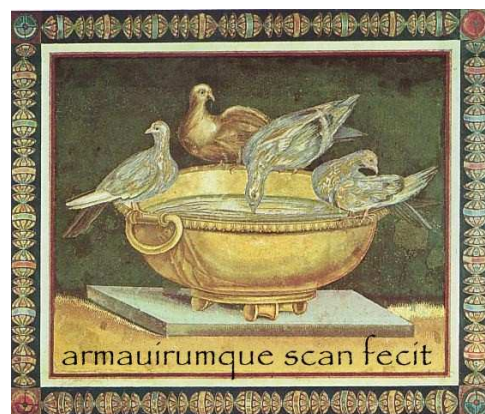
ISBN: 978-84-96836-29-7

Depósito legal: M-23.318-2008

Fotocomposición: La biblioteca del laberinto, S. L.

Impresión y encuadernación: Cofás

Impreso en España - *Printed in Spain*



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra en cualquier tipo de soporte o medio, actual o futuro, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Debido a la enorme dificultad de localizar al propietario de la traducción de esta obra, efectuamos un ejercicio de derechos reservados que ponemos a disposición de sus posibles derechohabientes, haciendo constar que nos ha resultado imposible su contratación.

Título: El caballero de la resignación

Autor: Vintila Horia

Trad.: Rafael Vázquez Zamora

Editorial: Ciudadela Libros

Colección: Narrativa

Páginas: 224

Publicación: 26/05/2008

ISBN-10:

ISBN-EAN: 978-84-96836-29-7

Formato: Cartoné 14x21

“Siglo XVII, el Principado de Valaquia ve peligrar su existencia ante el expansionismo del Imperio Otomano”.

Siglo XVII, el Principado de Valaquia ve peligrar su existencia ante el expansionismo del Imperio Otomano. El príncipe Radu Negru viaja a la floreciente Venecia para solicitar ayuda al gran *Dux*. Pero su estancia en la *Serenísima*, la ciudad de los canales, trastorna el destino del Príncipe. Una vida de sensualidad, belleza, oropel y paz, le enfrenta a su destino de príncipe guerrero, no por épico menos amargo.

Novela trepidante y de gran riqueza, donde el temor a los jenízaros (niños raptados por los turcos y convertidos en implacables soldados) se entremezcla con el pago de rescates por la liberación de esclavos; o donde la exquisita sofisticación de la vida en Venecia contrasta con la dureza de la lucha en el bosque y la estepa.

Amores prohibidos, sangrantes traiciones junto a heroicas lealtades, batallas que nunca se podrán ganar, pero imposibles de evitar... Radu Negru encarna la encrucijada que afronta toda Valaquia — y tal vez, en lo más íntimo, todo hombre—: pactar su libertad con las circunstancias, o reclamarla sin condiciones ante el destino.

El autor:



Vintila Horia nace en Rumania en 1915. Fue diplomático en Roma y Viena hasta 1944, año en que es internado en los campos de concentración nazis de Krummhübel y María Pfarr. Fue liberado en junio de 1945, pero obligado ya a vivir en el exilio de por vida.

En 1960 publica en París su novela *Dios ha nacido en el exilio* (Ciudadela 2008) y consigue el Premio Goncourt. Vive en París de 1960 a 1964, en que regresa a España, y es profesor de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid y luego catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Alcalá de Henares. **Fue Premio Dante Alighieri, de Florencia, en 1981.**

Otras obras del autor: *Perseguido a Boecio*, *Marta o la segunda muerte*, *Un sepulcro en el cielo*. *El Caballero de la Resignación* fue publicada por primera vez en 1961 y desde entonces ha sido traducido a numerosos idiomas.

A la memoria de Clarisse Pradier, que, con el francés, me ha enseñado el código secreto de la rebelión.

A los habitantes de mi bosque, los cuales, en nombre de los hombres, se resignan a la libertad.

«El caballero de la resignación renuncia al logro completo y se inclina con toda humildad ante el poder eterno. Es su libertad».

KIERKEGAARD

Índice

I. Todo es memoria	13
II. Las estrellas	51
III. Los traidores	93
IV. Salvo la muerte	167
V. Los bosques	189

I

Todo es memoria

Si el Paraíso no fuera más que incienso, preferiría...

No se atrevió a pronunciar la palabra y le brotaron las lágrimas, cálidas, bajo sus cansados párpados, lágrimas que se enfriaban a medida que se precipitaban por las mejillas abajo. Se podría haber pensado que de nuevo le atenazaba el dolor las entrañas y que la presencia de aquel muerto le reponía las agotadas fuentes del llanto. Pero sólo era miedo. ¿Tan dispuesto estaría a imitar al muerto, a recaer en el viejo carril del pecado? Respiraba el humo de incienso desde hacía horas o días y estaba tan cansado —le cedían los hombros bajo el brocado principesco, pero se volvía a erguir, cada vez más agotado, con un dolor en la espalda como si le hubieran puesto sal en una llaga viva— que se le iba borrando poco a poco el sentido de esta ceremonia interminable. Habría podido blasfemar sin darse cuenta y ese temor le daba nuevas energías, como agua repugnante pero que no deja de ser agua para los labios del sediento. Dejó su casco sobre el trono, detrás de él, y se apoyó con todo su peso en la empuñadura de la espada.

Una bocanada de incienso le hizo cerrar los ojos y tuvo ante él la silueta de su padre como si este entierro no fuese más que un ensueño. El largo ritual de la ceremonia proseguía al otro lado de sus cerrados párpados, con el ruido de las voces y el tintineo de la plata de los incensarios. Aún sintió, por unos instantes —como un tímido temblor muy leve— el cansancio de los nobles, lo que aún quedaba de los nobles, y más lejos, al fondo de la catedral y fuera de ella, en el silencio de la tarde temprana, el cansancio del pueblo, lo que aún quedaba del pueblo. El canto del coro parecía huir hacia el cielo de las bóvedas impulsado como una hoja por los torbellinos del incienso. Abrió los ojos, por el temor de dormirse, volvió la cabeza y vio a Della Porta que se persignaba al revés, y también él se persignó maquinalmente tocándose los hombros con los dedos de derecha a izquierda, como queriendo así conjurar el gesto herético del extranjero. De nuevo cerró los ojos para rezar, pero las palabras de la oración se enredaban y desflecaban entre los dedos invisibles que lo empujaban hacia atrás.

«... El enemigo se desplegaba lentamente, con un movimiento casi imperceptible que yo conocía de sobra. Sí, era yo el único que conocía el sentido oculto de este movimiento pues sólo yo, entre todos aquellos príncipes cristianos, me había ya enfrentado con ellos y los había vencido. Traté de prevenirlos, pero ya era demasiado tarde. Los caballeros occidentales se habían puesto en movimiento, avanzaban con un inmenso resonar de armaduras yendo derechos hacia aquella masa aparentemente informe que se plegó bajo el choque, los tragó, los trituró y asfixió para dejarlos deshechos al anochecer. Seguro ya de la derrota, me había lanzado con los míos en la refriega. Pero ¿cómo escapar? Me habrían acusado de cobarde o de traidor. Quería por lo menos abrimme paso entre la masa de enemigos, llegar a la tienda del sultán, donde veía ondular la bandera verde, y vengar la derrota matando a Bayaceto. Pero se hallaba fuera de todo alcance, rodeado por una muralla de jenizaros y me perdí en aquella tempestad humana. A última hora de la tarde, volví a encontrarme en lo alto de una colina desde donde vi, a la izquierda, las hogueras de celebración que los infieles habían encendido en la llanura y, a la derecha, las aguas del Danubio. Lo habíamos perdido todo. Mis victoriosas campañas, que había ganado yo solo, la prolongada resistencia junto al río... todo parecía inútil. Levanté los ojos hacia el ensangrentado cielo y maldije a Dios. ¿Lo oyes, hijo mío? Maldije a Dios...».

Todas sus pasadas heridas hacían sufrir al Viejo, pero después de aquella confesión, se le había convertido el alma entera en otra herida e iba a sucumbir bajo el peso de todas sus faltas reunidas. Aún dijo: «Pero Dios no me castigó. He llegado sano y salvo a la vejez y, en verdad, no lo hemos perdido todo. Temo por ti, hijo mío, y por los hijos que tengas, y por los hijos de tus hijos. No dejes de luchar; aplasta a los infieles. Quizá sea éste el único medio de que logremos el perdón. Quisiera empezar algún día a estar tranquilo en mi tumba».

Había heredado a la vez el Trono y el pecado. Aquella confesión lo había aislado, lo había señalado como con un rayo lanzado inesperadamente de un cielo siempre al tanto de los gestos humanos. Pocas alegrías podía tener aún en medio de las colinas boscosas en que el enemigo los había cercado durante años y años, pero las palabras del moribundo le privaban de ellas de un solo golpe. A partir de entonces, no podría asociar a nadie a su destino. Un Radu-Negru había fundado la dinastía hacía más de tres siglos, y él llevaba el nombre del príncipe fundador, pero se sentía ya una especie de bastardo, arranque de una nueva rama maldita volcada a todos los desastres. No le gustaba la guerra. Le parecía injusto mandar a los hombres. Y le molestaba profundamente hacerse obedecer porque había obedecido durante demasiado tiempo las órdenes del Viejo, que expiró en sus brazos en el único gesto de ternura que él había conocido.

Era cierto, se acordaba de ello con una claridad que le brotaba de dentro y lo inundaba como las vibraciones de una campana lejana que abriesen las puertas de un pasado hasta entonces sin enigmas. Había cruzado el Danubio a nado con un grupo de jinetes. Era la primera vez en su vida que tomaba una iniciativa. En cuanto tuvo noticia de la derrota, se lanzó en busca de su padre. Esto sucedía en otoño, ya que las aguas estaban frías y el cielo sin brillo. Un olor a muerte, a carne humana descompuesta en la noche, se cernía sobre el río, y los chillidos de los pájaros, excitados por las presas indefensas que se ofrecían a sus hambrientos picos en la llanura silenciosa, hendían el aire como flechas rezumantes de veneno. Él no los veía, pero sabía muy bien que los pajarracos se dirigían hacia el sur, y que la carne de sus amigos, y quizá la del Viejo, iban a ser su festín.

Los caballos se encabritaban en torno a él, espantados por la agitación de las olas y por el olor de los cadáveres. Al llegar a la orilla opuesta, habían caído sobre una patrulla enemiga y la habían aniquilado. Pero de nada servía esta victoria para cambiar el signo de la luctuosa jornada. Encontró al Viejo en la colina, sentado en la tierra, entre los supervivientes. Della Porta, que acompañaba a los venecianos, trataba de curarle la herida que le habían abierto en pleno pecho. En cuanto pudo mirarle a los ojos, se convenció de que la desesperación que reflejaban no provenía de la herida ni de la derrota. Años más tarde, al escuchar la confesión del moribundo, había de comprender la causa del terror que contraía su mirada aquella noche en la colina. Desde entonces, Della Porta no quiso separarse de ellos y se convirtió en el médico de la corte.

Sí, fue la noche después de la derrota cuando el Viejo se atrevió a blasfemar, mirando al cielo. Y su hijo comprendía ahora esta rebelión que lo hacía solidario y lo unía para siempre al destino de su padre. El pueblo decía que Dios no golpea con una maza. Y Dios, en efecto, no había castigado al blasfemo en aquel momento, pero una pena sutil se abatiría sobre él —sobre el hijo— un día u otro, en el momento más inesperado, pues la sangre de aquel pecador —que era su propia sangre—, había de pagar su humano rescate. El ojo que él veía en este momento, pintado en lo alto de la cúpula, en el interior del triángulo más allá de la nube del incienso, el ojo que había sorprendido a Caín en el fondo de la tierra y en el desierto, estaba fijo en él, ya que el Viejo había muerto y era él quien heredaba la deuda.

Radu-Negru irguió de nuevo sus doloridos hombros. Sobresalía del coro una voz de niño tan nítida que parecía acabar con la ceremonia. Pero la voz del arzobispo lo cortó en seco y continuó aquel servicio fúnebre destinado a no agotarse nunca, como si la muerte del Viejo los arrastrase a todos hacia una tumba hecha con incienso, cánticos y espera.

No, ya no era posible la alegría.

Estaba sola. Radu-Negru la había seguido desde lejos, en el bosque que renacía en el crepúsculo. Bajo las hojas secas crecían flores, quizá violetas, y su aroma impregnaba todo el aire. Casi podía oírse la eclosión de las hojas nuevas en las ramas y le llegaba un rumor de aguas lejanas, quizá un arroyo o también podría ser la savia que subía por doquier a la primera llamada del calor. María-

Domna se encontraba al borde del barranco, en el lindero del bosque, donde empezaba la tierra invadida. El sol poniente se posaba sobre las montañas y bañaba el bosque, de modo que la corteza de los álamos parecía de mármol rosa. Se veían, más allá del barranco, las tiendas del pequeño campamento enemigo y una columna de humo que ascendía recta en la tarde. En aquel momento, centenares de columnas subían al cielo alrededor del bosque libre, señalando así la frontera entre la tierra sometida y el bosque rebelde, entre el enemigo y la isla que se preparaba para la primavera y donde el Viejo se había atrincherado después de la derrota con sus tropas fieles. Era aquí, en torno a la catedral y a los sepulcros de los antepasados, donde había nacido el Principado a fines del siglo XIII y donde ahora se disponía a una larga resistencia o a la muerte. El resto del país pertenecía, desde hacía ya dos años, a los infieles, que habían instalado en otro sitio otra capital y un príncipe que les obedecía. En el bosque se decía «allá» como refiriéndose a un tiempo pasado que milagrosamente pudiera ser reconquistado.

Se había sentado cerca de ella y le había hablado como antaño, cuando disfrutaban juntos bajo los mismos árboles. Allí mismo se habían jurado un amor eterno. Pero la catástrofe lo cambió todo y estos árboles inclinados sobre el abismo se convirtieron en una frontera. María-Domna se casó. ¿Cómo había sido posible todo esto en tan poco tiempo a pesar de sus esperanzas y de sus promesas? Los turcos *allá*, y aquí su esposo, el *spatar*¹ Dragomiro, contradecían el pasado. Pero ahora, cuando volvía a estar junto a él, María-Domna no lo rehuyó; abandonó sus manos entre las de él y lo atrajo hacia ella, apenas temblorosa, como si todo se reintegrara por fin al orden que ellos mismos habían establecido en su infancia. Solían verse en el mismo lugar, hasta que el Viejo decidió, en el mes de mayo, enviar un embajador a Occidente, para pedir ayuda a sus antiguos aliados. Radu-Negru hizo todo lo posible para que ese enviado fuese Dragomiro, que había estudiado en Padua, y viajado mucho, conservando aún muy valiosas amistades en Venecia, en Roma y en Francia. ¿Acaso llegó a sospechar? Había transcurrido un año y nada se sabía de él. ¿Habría caído en manos de los infieles? Esto no sería extraño, pues todo el territorio que Dragomiro tenía que atravesar, hasta el Adriático, había sido conquistado por la Media Luna. O bien, ¿habría llegado a Venecia y preparaba allí una expedición de socorro? Era difícil saberlo. El Viejo y sus hombres no tenían más esperanza que la de esos refuerzos y de ella vivían. Pero el Viejo murió sin saber nada de Dragomiro ni de su embajada.

Durante los meses de espera, Radu-Negru se había preguntado si prefería la muerte de Dragomiro o su regreso. Éste representaba —si traía refuerzos— la salvación de los suyos y del Principado, la victoria sobre los turcos, una nueva vida libre para todos, y el fin de este asedio que parecía interminable. Le acudió a la memoria de repente la historia de David y Betsabé que había leído en la Biblia; y el recuerdo del rey salmista, que envió al esposo de su amante a una muerte cierta, obsesionó sus sueños durante muchas semanas.

Cada vez resultaba más claro que Dragomiro no había logrado el objetivo de su viaje, que los turcos lo habrían asesinado o hecho prisionero y que era imprescindible enviar otro emisario. Había que probar suerte otra vez. Una salida en masa era ya inconcebible, pues no tendría más finalidad que lanzarse a una muerte segura ya que el enemigo ocupaba por completo el país y también los países cercanos hasta el Adriático y, al norte, hasta más allá de los Cárpatos.

Quizá fuese el momento adecuado para organizar una nueva cruzada y el Viejo pensaba en ello pocos meses antes de morir. Si un enviado conseguía llegar a Venecia, podía informar allí de las tropas libres que aún quedaban en el bosque, al otro lado de las líneas turcas, y habría podido convencer al Dux, al Papa, al Emperador y al Rey para que interviniesen juntos y salvaran así la Cristiandad amenazada. Si Viena llegaba a ser sitiada todo Occidente estaría en peligro y la resistencia en el bosque no tendría ya sentido.

¿A quién designaría para seguir la misma ruta que el enviado que no había dado señales de vida en tanto tiempo?

Volvió la cabeza y buscó a María-Domna entre las cabezas de los nobles que lo rodeaban. Allí estaba, pero no se atrevió a mirarla a su vez. Todo había terminado. Su amor, que había sido

¹ Título de nobleza en el antiguo principado de Valaquia.

también un pecado y una traición, se borraba poco a poco con la revelación agobiante que cortaba una a una todas las amarras que lo ataban al pasado. Se quedaría solo, en su propia vida, esperando el golpe que habría debido descargar sobre la cabeza del Viejo. Nadie podría acompañarlo por ese camino que sería únicamente soledad. Ni siquiera su pueblo. Este pensamiento le despejó y respiró el humo como si hubiese entrado una corriente de aire fresco bajo las bóvedas.

¿Cómo se habría dado cuenta el Viejo? Para él, la única solución hubiera sido huir, alejarse de los suyos para no asociarlos a su castigo. Pero no se movió y el país fue invadido, incendiado, destruido y reducido a esclavitud, mientras que el Viejo, en aquella fortaleza inmensa y absurda, esperaba un golpe fatal que no llegaba. Y con ello, los había arrastrado a todos en su caída. Ahora le tocaba a él ligarlos a su destino maldito. No. Tenía que marcharse para salvarlo. El nuevo enviado sería él. Della Porta lo acompañaría. Con el sabio médico de intérprete, hablaría al Dux, al Papa, al Emperador, al Rey y combatiría de lejos por su pueblo. Sí el rayo del castigo divino caía sobre él, sería la única víctima.



Miró de nuevo a los nobles y reconoció los bucles negros de Miguel y su frente blanca perlada de sudor. Aunque muy joven, Miguel ocupaba un puesto en el Consejo, donde su voz era siempre escuchada. Mandaba las tropas del sector oriental, por la parte del gran barranco, y sus salidas heroicas, al principio del asedio, habían inspirado confianza a todos. Con frecuencia volvía de sus incursiones cargado de víveres, armas y caballos arrebatados a los turcos. Los dos eran de la misma edad, pero Miguel fue siempre un entusiasta de la guerra. Aquella suave mañana de verano, en el lindero de otro bosque... Veía perfectamente los gigantescos robles, más allá de las volutas de incienso, confundiendo con las columnas de la iglesia... En aquellos tiempos, el Danubio era aún una frontera segura y el Viejo se había marchado a la cabeza de un ejército para perseguir a los tártaros. La madre de Radu-Negru vivía aún. Era una mañana de sol intenso; cantaban las cigarras y se oía el cuclillo al fondo del bosque. Jugaban a la guerra y Miguel mandaba el ejército cristiano mientras que Andrés fingía mandar las fuerzas turcas. Recibieron al enemigo con flechas disparadas al resguardo de gruesos troncos de encinas cubiertos de musgo por el lado norte, un musgo fresco y hondo que conservaba aún el aroma de la noche. Miguel gritó: «¡Atacad con espada!» y se lanzaron a pleno sol blandiendo las espadas de madera. Andrés cayó muy pronto en manos de los vencedores. ¡Qué recuerdo más agradable el de aquella linde inmovilizada en el sol, inmovilizada en el naciente calor que despertaba a los olores y secaba al rocío! Fue Miguel quien dictó la sentencia. El sultán prisionero, es decir, Andrés, había de ser ahorcado. Le pasaron una cuerda bajo las axilas, un niño se subió a una rama e izaron lentamente el cuerpo del «condenado», que se revolvía entre risas. Sus cabellos dorados le relucían al sol y casi deslumbraban. Todos reían y la guerra quedaba ya olvidada. Jugaban a otro juego.

—Soltadme; me hace daño la cuerda.

Fueron las últimas palabras de Andrés. Aparecieron unos turcos —verdaderos turcos— como si los vomitase el bosque. Los niños huyeron a toda prisa y se oyeron vibrantes alaridos. Acompañado por Miguel, corrió Radu-Negru por entre los árboles y por fin se detuvieron en un calvero rodeados por un gran silencio. Estaban avergonzados y volvieron por donde habían huido. Avanzaban furtivamente para enterarse de lo que había sucedido. Muy lejos, en la llanura soleada, unos soldados a caballo perseguían a los turcos, los cuales escapaban hacia el Danubio —era una de las bandas que se aventuraban de noche a cruzar el río para robar ganado y raptar mujeres—, pero ante sus ojos se balanceaba el cuerpo de Andrés acribillado de flechas, al extremo de la cuerda. A sus pies, la hierba estaba enrojecida por la sangre.

A los quince años, Miguel era ya un auténtico guerrero. Llevaba al costado una espada veneciana y le brillaba en el pecho una coraza plateada que lanzaba destellos como un espejo oscuro. Disfrutaba matando, obsesionado sin duda por el afán de venganza y por el recuerdo de Andrés, de aquella sangre que le pesaba sobre la conciencia. Hasta los actos más audaces le parecían tímidos, y

quería hallarse en todas partes a la vez, combatir sin cesar, y la defensa del bosque le parecía un juego de mujeres que fracasaría inevitablemente. Durante las muchas horas que duraba el Consejo que reunía el Viejo en el castillo, Miguel criticaba con dureza los planes del príncipe y de los nobles y defendía, él solo en contra de todos, la idea de efectuar una salida en masa para romper el sitio y restablecer el contacto del ejército con el país. El mes anterior había sometido un nuevo plan al Consejo. Pretendía que el Viejo partiese solo camino de Occidente para ligar a los soberanos cristianos contra la Media Luna, mientras que él y los demás nobles, dirigidos por Radu-Negru y divididos en pequeños grupos, se infiltrarían entre los sitiadores y llegarían a los puntos más alejados del país para fomentar en ellos la rebelión, reclutar tropas y tenerlas preparadas para el ataque final, que coincidiría con el regreso del príncipe y la llegada de la ayuda occidental. Y si esta ayuda (en la que él creía poco, pues pensaba que los príncipes occidentales no se daban cuenta del peligro, preocupados como estaban por sus querellas intestinas y desmoralizados por el excesivo bienestar en que vivían), si esa ayuda no llegaba, se comprometía a dirigir él mismo la guerra. Atacaría por todas partes, cada semana por un lugar distinto, envenenaría el agua, incendiando las cosechas, cortando los puentes sobre el Danubio... hasta que los turcos, agotados por una guerra sin tregua, jadeantes y diezmados, abandonarían por su propia voluntad el país. Pero el Viejo se había opuesto, ya que no deseaba renunciar a la pequeña realidad que aún tenía en sus manos —aquella isla de libertad donde todavía ceñía él la corona—, el castillo construido por sus abuelos, la catedral llena de ilustres osamentas y que los turcos profanarían sin duda. Aún creía en el regreso de Dragomiro y en la ayuda de sus aliados.

Ahora le tocaba a él, Radu-Negru, tomar una decisión.



Los sacerdotes seguían perfumando con incienso el aire recargado. Radu-Negru no oía ya apenas sus voces. Le quemaba las manos la empuñadura de su espada. Las voces del coro parecían venir de fuera, lejanas y soñadoras. María-Domna se enjugaba el sudor de los párpados con un pañuelo.

El cadáver del Viejo empezaba a apestar. De vez en cuando, con creciente frecuencia, le llegaban unos efluvios cada vez más fuertes del ataúd descubierto donde yacía el cadáver de su padre. Llevaba tres días allí; el pueblo, lloroso, había desfilarado ante él, los popes habían enronquecido a fuerza de cantar los oficios, y el cadáver daba ya indicios de cansancio. Los cabellos blancos, bajo la corona de largas puntas góticas, habían perdido su brillantez y reposaban esparcidos sobre el cojín de terciopelo rojo como una lana sucia, con mechones amarillentos.

Ya no reconocía aquellas facciones, aquellos cabellos. Odiaba aquella muerte que le dejaba solo ante tantas inquietudes. Todo era mezquino y sucio alrededor suyo: el bosque, la corona que el arzobispo iba a colocarle en la cabeza... todo, salvo su propia presencia en medio de esa comedia sin fin. Si hubiera podido levantarse y gritar: «¡Acabad de una vez!... ¡La ceremonia, la guerra, nada de eso tiene sentido! Sólo hay un problema verdaderamente importante y grave: ¡mi presencia ante Dios! ¡Mi espera! ¡El resto es sólo una farsa!».

El sudor le caía en arroyuelos diminutos y febriles por la espalda, por la frente, por las manos, y resbalaba como sangre incolora. Comenzaba a hacerse la luz en su espíritu. Miró a Della Porta, cuya cabeza de cabellos grises se inclinaba hacia el muerto en una actitud noble de reverencia. Viéndolo, pensó que el médico le comprendería. Le había hablado tantas veces de Platón, de Pitágoras, de Marsilio Ficino, de Ghémistos Pléton, de la importancia del hombre ante el resto del universo, del deber que tenemos de convertirnos en un hombre mejor, cada día un poco más, de buscar la perfección personal y la belleza por encima de cualquier otra cosa. El deber de Radu-Negru era librarse de la herencia paterna y luchar mediante la perfección contra la amenaza que se cernía sobre su cabeza. Comprendía de pronto que en el mundo había problemas mucho más importantes que resolver. Mucho más importantes que la lucha en el bosque, que los turcos y aquel pobre Principado perdido más allá de los límites de la humanidad. El destino de su padre, de los suyos, y el de todos los hombres, se le presentaba de repente a una luz distinta.

Todos ellos estaban combatiendo con encarnizamiento, incluso con heroísmo, contra fuerzas visibles, para olvidar así las otras fuerzas, las invisibles, las que por sí solas amenazan de verdad a los hombres: la muerte, el mal, la vejez, la debilidad, y el fatalismo ante el sufrimiento y la opresión. Todos se resignaban ante las fuerzas sobrehumanas y, en cambio, elegían como enemigas a débiles fuerzas humanas que estaban hechas a la medida de su cobardía y su estupidez. Incluso los más activos, los héroes, los que se sacrifican a favor de un ideal o para combatirlo, los que se lanzan a rienda suelta contra un peligro inminente, no eran en el fondo más que caballeros de la resignación. Se agitaban desesperadamente contra enemigos hechos a su medida —o elegidos así— para poder olvidar al verdadero mal, el auténtico peligro. En aquel momento se sentía dispuesto Radu-Negru a renegar de todo para poder conocer así la silueta de su enemigo. Sabía ya (ante aquel cadáver que también era la concreción de una resignación), que el peligro para los hombres no radicaba en otros hombres, sino en un más allá, y ese peligro sí que debía ser el blanco de todas las flechas y de todos los odios...

Era Della Porta quien le había hablado un día de la marcha de los jenízaros. En su juventud, vivió en Constantinopla durante muchos años como médico oficial de la embajada de Venecia cerca del sultán. Conoció bastante bien a los turcos y había llegado incluso a quererlos, porque se puede querer a cualesquiera hombres siempre que se les tome como son, sin esa máscara que les aplicamos al rostro antes incluso de habernos acercado a ellos. Una vez asistió a un gran desfile militar en presencia del sultán y de los embajadores extranjeros. Todo fue muy semejante a lo que se ve en cualquier otro país un día de fiesta nacional. Caballos, soldados, armas, oriflamas multicolores se estremecían con la brisa que venía del Bósforo, y la multitud delirante lanzaba gritos de entusiasmo. De pronto, se produjo un momento de silencio, y se hizo el vacío en la gran plaza. Después, los músicos entonaron una marcha lenta, casi fúnebre, que anunciaba el desfile de la guardia personal del sultán. Eran los jenízaros, reclutados entre los niños que los turcos robaban a los cristianos y educados en la fe del Profeta. Así habían hecho de ellos unos perfectos soldados sin miedo y sin piedad. Por sus venas corría sangre de todos los pueblos cristianos. Avanzaban con extremada lentitud y como con pasos de danza, y todos a la vez se volvían muy despacio, girando sobre sí mismos. Sus rostros eran inhumanos; tenían los ojos como vacíos. La multitud no los aplaudía. Sobre la plaza había caído un pétreo silencio, pues hasta la misma música, monótona y lenta, se limitaba a marcar aquella danza de la muerte, una danza que helaba los corazones. Y los oídos no escuchaban ya. Sólo se vivía por los ojos, aterrorizados todos de este empuje rítmico que parecía invadir la tierra como una plaga, como la imagen de un mal al que habría sido inútil oponer resistencia.

Los jenízaros avanzaban, giraban, con las curvadas cimitarras en la mano, con sus altos turbantes apuntando al cielo como mitras episcopales. No eran seres humanos, sino productos de nuestra mala conciencia, del mal que nos amenaza por todas partes y que no nos atrevemos a nombrar. La danza de la muerte duró mucho tiempo en el silencio respetuoso de la charanga. Della Porta empezó entonces a odiar a los turcos por haber ideado la creación de semejantes monstruos. Unos hombres habían arrancado unos niños del regazo de sus madres para matarles el alma y transformarlos en instrumentos del mal. ¿Cómo no odiar esta idea y a los hombres que la habían concebido?

Radu-Negru confrontó por unos momentos esa imagen con lo que había pensado antes. Pero su razonamiento resistió a la prueba. Estuvo tentado de naufragar en sus antiguos prejuicios dejándose llevar por los recuerdos que Della Porta le había comunicado, y de seguir siendo el que siempre había sido, un enemigo de los turcos, un continuador de su padre y de su brava resistencia. Pero enseguida reaccionó. Pensó que la danza de la muerte vibraba en todos los hombres, que los jenízaros no eran más que un símbolo sincero y valiente, una afrenta a los principios detrás de los cuales ocultamos nuestros odios, nuestros minúsculos resentimientos. El mal o la muerte no se eliminan matando jenízaros sino haciéndoles comprender —a ellos como a los demás— que su sed de sangre no dejaba también de ser una renuncia, una cobardía, que los jenízaros no eran más que caballeros de la resignación, más feroces, pero también más desamparados que los otros. Abocados tanto como ellos a la muerte y a la decrepitud.

Así, ¿de qué servía nuestro odio? ¿Para qué matarlos, si esos opresores se creían sinceramente

los auténticos representantes de la justicia y la verdadera fe con el mismo derecho que nosotros? ¿Dónde estaban la justicia y la fe si bastaba una espada y una palabra para proclamarse defensor? Una victoria total y definitiva podía demostrar las justas razones del uno o del otro de los adversarios, pero nunca había victoria definitiva ni la habría nunca.

De manera que la verdad se hallaba, necesariamente, fuera de todo esto.

Della Porta le había dicho que había unos sabios consagrados a la búsqueda de esa verdad, tanto en Occidente como en Oriente. Cuando le habló de ello, se encontraban aún en pleno asedio; los turcos estrechaban el cerco del bosque. Instalaron sus campamentos, al oeste, en la orilla derecha del Aluta; y al este, en la orilla izquierda del Ordessus; al norte, en la vertiente septentrional de los Cárpatos, mientras que en el sur terminaba el bosque en ángulo agudo, de tal modo que el reducto del Viejo sugería la forma de un escudo medieval, con la punta dirigida hacia el Danubio. Al principio, procuraron entrar en el bosque y forzar el paso vadeando el Ordessus donde este río se ensancha y pierde profundidad. Pero en cuanto se hallaban entre los árboles, los jinetes perdían toda seguridad, pues hasta los niños los asataban subidos a los árboles, ocultos por el espeso follaje. Y ante las frecuentes incursiones de Miguel, los turcos retrocedieron un poco y se instalaron cada vez más lejos, hasta que sus tiendas desaparecieron tras el horizonte. Se sabía que se encontraban en algún sitio, por «allá», pero ya no se les veía.

Al regresar de una de esas salidas ricas en botín, fue cuando Della Porta le había hablado de aquello a Radu-Negru. Habían dejado sus respectivos caballos y caminaban hacia el castillo, en el crepúsculo, por un sendero bordeado de abetos. A Radu-Negru lo habían herido en el brazo izquierdo y el médico le había curado la herida, que no era grave. Ahora le hablaba este hombre maduro, aún robusto, que había aprendido la lengua del país y se sentía curiosamente apegado a la loca aventura del Viejo. Habría podido regresar a Venecia, donde poseía una casa en una de esas calles donde hay agua en vez de polvo, pero quería ver y deseaba servir a una causa que le parecía justa. Centenares de guerreros le debían la vida.

—No, no soy un brujo, ni un mago. Conozco bien mi oficio, eso es todo. No soy tampoco un santo. ¿No veis, Alteza, cuánto me gustan las mujeres? Es muy probable que sean vuestras mujeres las que me retienen aquí.

Sonreía maliciosamente bajo su barba; y sus ojos azules, o quizá verdes, cambiantes como la mar que lo había visto nacer, chispeaban con su humana simpatía.

—Mi gran deseo habría sido ser un mago, devolverles a los hombres la vida que les quitaran, vencer al tiempo y hacer que los cuerpos agotados recobrasen la juventud; y querría también transformar el plomo en oro puro, descubrir en el fondo de las almas la fuente del mal, para secarla luego con un dedo como si curase una llaga. Y también desearía pensar y escribir, en el silencio de una biblioteca, buscar las causas del mal y tratar de suprimirlas lejos de los hombres. Pero mi cuerpo siente más la avidez de conocer que mi alma. Esto ha sido a la vez mi pérdida y mi consuelo. Me he perdido entre mis deseos y entre mis vicios y ya es demasiado tarde para salir de ese laberinto. Sin embargo, conservo el hambre y la sed, pues un anciano me enseñó en mi juventud el otro vicio, el del conocimiento, y sé que uno adquiere menos conocimiento recorriendo los caminos del mundo que permaneciendo en casa junto al fuego. Sé que es más noble en general investigar sobre las causas de la muerte que de un modo concreto, curando a un herido, y que no descubrimos los grandes secretos a fuerza de cabalgar sino quedándonos sentados, lo mismo que son los que piensan y calculan previamente quiénes ganan las guerras.

Fue entonces cuando Della Porta le habló de Platón, pero aquello era demasiado nuevo y profundo para Radu-Negru. Y también le habló de Paracelso y de Girolamo Fracastoro. El príncipe sólo recordaba los nombres, pero se le quedó esto impreso en el espíritu: que se puede ser más útil pensando sobre las cosas que acercándose materialmente a ellas y que en las cumbres de la humanidad había unos seres dedicados a buscar la perfecta felicidad, la eternidad, la salud, el equilibrio entre los individuos y entre los pueblos, el bienestar para todos, y que esta gente, los genios, eran unos rebeldes que no aceptaban el mundo tal como se presentaba a la vista de todos. Pudo entender que había una *religio communis*, una misma verdad religiosa valedera para todos los pueblos, más allá de las Iglesias. Y recordaba esta frase de Ficino, que Della Porta citaba con

frecuencia: «Búscate pues a ti misma, dijo Dios en su diálogo con el alma, búscate fuera del mundo; y para buscarte y encontrarte fuera, vuela fuera, mira afuera; ya que, en el momento en que abrasces al mundo, te encontrarás fuera de él». Esto era de una gran sabiduría; era perfecto. Si uno se sitúa fuera de todo, podrá ver ese todo, hallarle sus defectos y sus taras, y quizá también una solución para atenuarlos e incluso para curarlos.

Le avergonzaba sentarse, pero tenía el cuerpo muy dolorido. Con el reverso de la mano, se enjugó el sudor que le empapaba la frente. Esta voz de niño que volvía a sobresalir en el coro, la había oído en otra ocasión y no hacía mucho tiempo de ello. María-Domna estaba tendida junto a él, palpitante aún, bajo el techo de ramas de la cabaña en que se citaban. Era una cabaña abandonada, demasiado cerca del barranco oriental para que nadie viviera en ella. El propio Radu-Negru la había reparado cubriendo con ramas nuevas el tejado en el que se habían producido ya varios boquetes. Sustituyó el viejo cerrojo con uno nuevo y reforzó la puerta, que tenía varias maderas partidas. Para mayor comodidad, llevó una alfombra y unos cojines del castillo. Con esta labor recordaba su infancia, cuando no podía penetrar en un bosque sin construirse enseguida una cabaña. Era como una manía. ¿Cuántas veces había invitado a María-Domna a entrar en una de estas chozas de hojarasca que solía construir en los años en que pensaba en el amor como en la edificación de una casa, como en un espacio estrecho destinado a una pareja eterna? Y este presentimiento infantil se había convertido en realidad, pero el espacio que se habían preparado no podían utilizarlo sino un par de horas lo más, y no todos los días, pues María-Domna disponía de otro espacio y de un lecho cuyo acceso le estaba prohibido a Radu-Negru. Habían llorado juntos muchas veces al tener que pensar, desde el momento en que se reunían, en el de su separación inevitable y en la vergüenza que no tardaría en cubrirlos si el Viejo, los nobles y el pueblo se enteraban de sus relaciones... Habían vivido una tarde bajo el terror de aquella misma voz infantil que ahora cantaba en el coro. María-Domna fue la primera en oír la y le puso un dedo en la boca. «¡Escucha!» Un niño cantaba en el bosque. Quizá se hubiera perdido, le diese miedo el oscurecer entre los árboles y cantara para animarse. Con una voz potente y agradable, entonaba una *doîna* de una tristeza que quizá no percibiese el niño, puesto que era demasiado pequeño para entender el sentido de la letra. La voz se acercaba. Llegaron a oír el ruido seco de una rama que se quebraba en el suelo bajo la pisada del niño. Anegar ante la cabaña, interrumpió bruscamente su canto. El silencio invadió el bosque y la cabaña. María-Domna y Radu-Negru tenían miedo. Ella temblaba en los brazos de su amante. Y el niño, al ver la cabaña, también se había asustado. Una masa sombría se levantaba ante él sobre el fondo más oscuro de los árboles. Gritó:

—¿Hay alguien?

No respondieron y ese silencio acabó por aterrorizar al niño. Oyeron su precipitada huida, las ramas secas que se partían bajo los pies descalzos. Y después del largo silencio, la misma voz, ya tranquilizada, que reanudaba la canción interrumpida. Ellos, en cambio, no se habían calmado. Bastó aquella voz para que olvidasen los gestos y las palabras del amor, sintiéndose expuestos, desnudos y avergonzados, ante las gentes. Radu-Negru había imaginado mil subterfugios para librarse de Dragomiro y esto era tan vergonzoso, tan temible como aquel amor culpable. Por fin, en el Consejo, Radu-Negru animó al Viejo para que enviase a Dragomiro a Venecia.

Y ahora estaba oyendo la voz de aquel niño. Sin duda, se trataba del hijo de un campesino. El pequeño habría podido extraviarse, aún más, caerse en el barranco, gritar pidiendo socorro... ¿Habría salido él para salvarlo esa tarde en que la voz del pequeño los había situado de pronto ante su pecado? Respiró con alivio. Afortunadamente, el niño no se había perdido, había sabido encontrar él solo el buen camino.

En este momento, sólo le separaban de María-Domna unos pocos pasos y ya era el príncipe, el dueño absoluto de este bosque libre en que vivían aún todas las esperanzas menos la suya. Antes de morir, el Viejo lo había separado del amor y, sin querer, lo apartaba de todos los suyos, e incluso de la corona. Nunca más se atrevería a tener en sus brazos a aquella mujer por temor a transmitirle el mal que el Viejo le había legado. ¿Cómo se habría atrevido a maldecir a Dios? Recordaba el rostro de su padre la noche después de la derrota, cuando se hallaba en lo alto de la colina que domina al Danubio. Se encontraba solo entre unos pocos nobles y algunos jinetes supervivientes. Tenía los

cabellos en desorden, la mirada alocada, y se mantenía inmóvil en la oscuridad. No se habían atrevido a encender una hoguera pues los turcos estaban cerca. Así que las tinieblas del miedo aumentaban el penoso sentimiento por la batalla perdida, y daban a la desesperación un tono aún más trágico y profundo. Descorazonados por la inesperada victoria de los infieles, los aliados occidentales les habían negado su apoyo, y el empuje de los turcos había sido constante desde entonces. Sus caballos aparecieron pronto a la otra orilla del Danubio, y pocos meses después cruzaron el río. Cortaron toda comunicación con Occidente al ocupar los territorios situados al sur y al oeste del río hasta el Adriático, y avanzaron con un gran despliegue de fuerzas hasta el límite oriental del territorio veneciano. En el litoral adriático, la República de San Marcos poseía aún Spalato, Zara y Ragusa, pero ¿cuánto tiempo les durarían? El Viejo fortificó sus dominios, el espacio desde donde sus antepasados habían partido para la conquista del Principado. Construyó torres, empalizadas y trincheras hábilmente disimuladas bajo las masas de vegetación, transformando en fortaleza toda aquella extensión en forma de triángulo donde su familia había reclutado sus mejores guerreros. Las ciudades y las aldeas lejanas caían una tras otra en manos de los turcos, reforzados por las invasiones cada vez más frecuentes de los tártaros, sus aliados y hermanos en Mahoma. Era una incesante batalla que costaba al enemigo miles de muertos. En una emboscada cayeron prisioneros unos jenízaros a los que les uncieron el yugo y les hicieron labrar, como bueyes, la tierra que habían querido conquistar. Un día llevaron los sobrevivientes ante el Viejo, en la plaza, delante del castillo, para que el pueblo viera, miserables y famélicos, a estos soldados de la guardia del sultán, que habían perdido el alma y que, por haber perdido sus armas en la batalla, no asustaban ya a nadie.

Entonces sucedió una cosa terrible. Uno de los jenízaros empezó a gritar a la vez que señalaba, agitando los brazos, la torre del castillo y la catedral. Evidentemente, el hambre y el agotamiento lo habían vuelto loco. Sus compañeros lo miraban como si sus ojos, de repente, hubieran sido capaces de expresar un sentimiento humano, como si hubieran recuperado el alma perdida. El jenízaro sacudía furioso sus cadenas, imploraba al Viejo, indicaba de nuevo el castillo y la catedral y, después, toda la ciudad en torno. Llamaron a un intérprete que tradujo las palabras del loco. Y es que el jenízaro pretendía reconocer aquellos lugares, recordaba su infancia pasada en la capital y quería encontrar a sus padres y hermanos para abrazarlos antes de morir. Las familias cuyos hijos habían sido raptados por los turcos no eran muchas en la ciudad, pero había algunas. Hicieron acercarse al herrero Nicolás y a su mujer Ioana, cuyo hijo mayor había sido raptado cuando tenía seis años por una banda turca al regresar de un viaje que hizo con un tío suyo, el cual fue también secuestrado o quizá muriese a manos de los turcos. Habían transcurrido veinte años, pero los padres del, ahora, jenízaro, eran aún relativamente jóvenes y reconocieron a su hijo, el cual no hablaba ya su lengua, y éste se arrojó llorando en sus brazos. A todos los demás les cortaron la cabeza.

Miles de fugitivos buscaron refugio en el bosque libre. Las aldeas no podían albergar ya a nadie más. Desbrozaron el bosque en torno a la ciudad, sembraron trigo en los calveros, y una buena cosecha permitió una larga resistencia gracias a la protección de Dios. Pero ¿cuánto tiempo se podría sostener aún esta lucha tan desigual? Bastaría una mala cosecha para que todo acabase. Los turcos no esperaban más que una señal de angustia para avanzar.

¿Y para qué todo esto, Señor, para qué?

Buscó con la mirada a María-Domna, pero la joven tenía la vista fija en las losas de piedra o en las brillantes puntas de sus zapatos y seguramente pensaba en un futuro feliz, que ya quedaba sin duda muy aliviado con la muerte del Viejo. Radu-Negru hubiera querido despedirse de ella, pues había decidido no volver a verla.

Se encontró detrás del ataúd, avanzando apenas en la masa compacta. Unos ancianos lloraban, los popes y el coro habían dejado de cantar y todos se dirigían lentamente hacia la cripta entre dos murallas de cirios. Habían levantado la gran losa de la tumba. Pintados al fresco, los retratos de Radu-Negru, el fundador, y de Mircea el Antiguo —que había extendido los límites del Principado hasta el mar y los Cárpatos— parecían moverse en el muro con la luz vacilante de los cirios. Ellos nunca habían conocido la derrota y asistían ahora a un entierro que seguramente sería un final, el fin de todo lo que ellos habían iniciado. Radu-Negru no pudo sostener sus miradas... Más allá del

Aluta, a la orilla derecha del río, donde el agua escapa al abrazo de las montañas, en Nucet, había hecho construir Mircea el Antiguo un maravilloso convento, los muros de cuyo recinto resistían el continuo asalto de la poderosa corriente. Radu-Negru había cruzado el río una noche con un grupo de jinetes para buscar armas y destruir el campamento enemigo. Unos campesinos llegados de la otra orilla los guiaron en la oscuridad. Era una noche de verano y el cielo estaba cubierto, pero detrás de las nubes se adivinaba la claridad de la luna. Pasaron cerca de una aldea, les ladraron los perros, y un olor de humo y de ganado flotaba en el aire en calma. Era su país; lo reconocía por este perfume familiar que le llegaba de la aldea dormida, y cabalgaba en silencio, como un ladrón, con otros hombres que hablaban su misma lengua y que cuidaban, como él, de no hacer ruido. Estaban en su país, pero los turcos no les dejaban disponer de él. Sentía, en medio de la brisa, como una presencia extraña, algo que olía a fiera. Quizá fuera resultado del miedo, o bien podría existir realmente, como una sombra que se cernía sobre la noche haciéndola más densa. Sorprendieron a los turcos dormidos y los mataron en gran número, apoderándose de las armas y del ganado. Hizo pasar a los suyos, con el botín, al otro lado del río y, acompañado por seis jinetes, se dirigió hacia Nucet, un poco más al norte, cerca del vado.

Los alrededores estaban desiertos y la iglesia apareció enseguida, con sus torres que sobrepasaban la maciza silueta del recinto. El convento estaba abandonado. El cielo, despejado ya, dejaba en libertad a la luna para iluminar de lleno las blancas murallas. Unos mochuelos se lanzaron, asustados, hacia lo alto, chillando el nombre de la muerte. La puerta de la iglesia, derribada, yacía sobre los escalones de piedra. Se descubrió al entrar en el templo, y se persignó. Alguien encendió una antorcha y la iglesia se iluminó. Unos vitrales rotos brillaban como minúsculos relámpagos. Pasaron raudas unas ratas por entre los escombros. Radu-Negru cogió la antorcha y la levantó ante el fresco que representaba la figura de Mircea el Antiguo, de pie, en traje de caballero, con la corona puntiaguda sobre la cabeza y una iglesia en la mano derecha, una iglesita dorada que figuraba ser la misma iglesia real que él había fundado. Los agujeros producidos por unas flechas desfiguraban el rostro de Mircea, que tenía también acribillado todo el pecho. Los infieles lo habían «ejecutado» en imagen para manifestar así el horror que sentían por las imágenes pintadas y por la dinastía que les resistía aún al otro lado del río. Delante de la pintura mural, unos excrementos de animales alfombraban el suelo.

Hizo limpiar la iglesia a toda prisa, volvió a colocar la puerta en sus goznes y dio la señal de partir cuando todo estuvo en orden y desaparecidas las huellas del sacrilegio. Se lanzaron al agua, exactamente delante del convento, cuyas torres proyectadas por la luna temblaban, largas y negras, en las aguas rumorosas. Cuando volvió la cabeza vio que las ventanas de la iglesia palpitaban a la luz de la luna, como si la vida hubiera reanudado su curso normal, como si su visita hubiera resucitado al pasado glorioso y borrado los años de derrota. Había dejado la antorcha encendida, sostenida entre escombros, a los pies del retrato de su antepasado.

Esto sucedía en el tiempo que precedió a la revelación del Viejo, cuando todo era aún posible, incluso la victoria, incluso el amor.

El coro volvía a entonar la misma melopea y los popes se agitaban en torno a la cripta abierta y balanceaban en la punta de sus dedos los incensarios de plata de los que subían volutas de humo que desaparecían tragadas por la espesa atmósfera que ocultaba, como una amenaza bíblica, las altas bóvedas. Cuatro dignatarios más jóvenes pasaron unas cuerdas por debajo del ataúd. Radu-Negru se inclinó para besar la mano del Viejo que, tres días antes, le había acariciado los cabellos, y luego la tapa separó para siempre del mundo de los vivos aquel cuerpo que durante tanto tiempo había jugado con la muerte y que había perdido. «Este juego es obligatorio», pensó Radu-Negru, «no puede uno evadirse. Por mi parte, no habría aceptado jugarlo si hubiera podido, y lo seguro es que nada hay en el mundo que me permita ganarlo. Pertenezco a una prehistoria que no me importa en absoluto —el Viejo y todos los demás muertos enterrados en esta cripta, y centenares de ellos que los han precedido y que están enterrados en otros sitios— y también pertenezco a un presente que no he querido y que sólo es mío, sólo mío, sin posibilidad de cambiarlo, de cederlo, ni de pensarlo fuera de la muerte. El único problema que cuenta es éste, y habrá que resolverlo algún día, como final de una rebelión definitiva». También Della Porta se había rebelado...

Tenía entonces cuarenta años y viajaba de Venecia a Roma, acompañando, como de costumbre, una misión diplomática de la Serenísima. Apenas hubo cruzado la frontera de los Estados Pontificios, el embajador cayó enfermo y tuvieron que detenerse en Orvieto, donde aquél guardó cama varias semanas. El poco tiempo de que podía disponer lo dedicaba Della Porta a visitar las famosas *osterie* de la ciudad, donde se bebía un vino blanco famoso en toda la península, y también la catedral donde Lucas Signorelli había terminado ya de pintar sus frescos. El vino lo había animado, y lo necesitaba después de las noches en vela pasadas a la cabecera del enfermo, pero esta alegría le duró poco. Al contemplar los frescos de Signorelli, se desencadenó en él una crisis que no se apaciguó a pesar de los muchos años transcurridos. Comprendió, ante el *Juicio Final*, cuyos personajes le atormentaban aún la memoria, la inutilidad de la existencia, y una cosa todavía más grave: la injusticia que hace del hombre una víctima eterna de la muerte y un condenado ante el tribunal del Más Allá. Si me han obligado a vivir, si no me han permitido elegir el cuerpo ni el alma que componen mi ser vivo, si mi destino ha sido establecido por unas leyes de las que no soy yo autor, ¿por qué condenarme después de la muerte y para toda la eternidad? El horror que emana de los frescos de Signorelli (esas mujeres y esos hombres espantados, arrastrados hacia el fuego del infierno por unos diablos a quienes parece divertir mucho esa tarea, satisfechos de haberla realizado concienzudamente y sin miedo a castigo alguno) obligó a Della Porta a pensar en su propia vida, en su inocencia absoluta ante un juez que lo había hecho tal como él era. Ese mismo día, al mirarse al espejo, el médico, exhausto por las noches que había pasado velando al embajador, descubrió en su rostro los primeros indicios de una vejez prematura, pero esto no le habría impresionado grandemente si al ver aquellos terribles símbolos de la impotencia humana pintados por Signorelli no se hubiera sentido impulsado a mirarse a sí mismo por encima de los años y de las falaces ilusiones que la vida le había ofrecido hasta entonces.

Se rebeló. No aceptó ya más consuelos, renegó de toda idea de obediencia y tomó la firme decisión de no olvidar jamás aquel instante en la catedral ante los frescos reveladores. El hombre debía emprender algo por su cuenta. ¿Acaso Prometeo no había robado el fuego a los dioses? Y la pobre llamita que les trajo a los hombres ¿no era quizá más que una simple promesa de luz y de calor? ¿No era el comienzo de una eternidad de la que estuvieron celosos los que tenían la exclusiva? ¿Por qué lo castigaron de un modo tan cruel? El fuego existía ya en la tierra. El ser más estúpido habría podido conocer las ventajas del calor con sólo encender fuego en la linde de algún bosque incendiado por el rayo, o junto a la resbaladiza lava que, al deslizarse hacia la mar, convertía en campos de llamas los trigales y quemaba los cipreses. En efecto, ahí estaba el fuego desde siempre. No hacía falta escalar el Olimpo para apoderarse de él, puesto que se hallaba desde siempre en las entrañas de la tierra.

Si los dioses castigaron a Prometeo, fue porque había sido el primer rebelde, el hombre que deseaba dar a sus semejantes los gozos de la eternidad sobre la tierra; a todos los hombres y no sólo a los elegidos por un procedimiento de selección en que nadie tenía derecho a defenderse. Quiso sustraer a los hombres de todo juicio cuyo veredicto no tuviese en cuenta, en absoluto, la condición humana. Por eso el gesto de Prometeo quedó vivo en el corazón de los mortales y constituía su más preciada herencia. A medida que se avanzaba más en los siglos, más probabilidades había de repetir esta sublime aventura. Della Porta buscó en los filósofos y en los poetas —tanto en los antiguos como en los que aún vivían— las huellas de esta rebelión; y las encontró aquí y allá. Tuvo intención de fundar una especie de orden laica, de confraternidad, cuyos fines habrían sido la búsqueda de una solución válida a través del pensamiento, de la ciencia y de la magia. Pero le faltó tiempo. Su destino le llevó por otros caminos, su destino o quizá esa fuerza envidiosa que había castigado al Precursor encadenándolo en la cumbre rocosa del Cáucaso, dejándolo allí a merced del águila hambrienta.

Para Radu-Negru, todo se aclaraba extrañamente en presencia de este muerto marcado por su propia blasfemia.

El ataúd se deslizaba suavemente. Las cuerdas rechinaban, tensas a punto de romperse. Desapareció en lo hondo de un boquete negro rectangular, a la medida de la muerte humana y por el que desaparecían también todos aquellos que se sucederían en el trono del Principado: Radu-Negru

y sus descendientes.

Dio un paso atrás.

Unos albañiles, obedeciendo las órdenes del que había dado forma a la piedra, fueron empujando la losa que tapó lentamente el lugar hueco del hoyo, con lo cual anulaba las tinieblas. Era como si el Viejo hubiera yacido desde siempre bajo aquellas letras que decían su nombre, de aquellas cifras que señalaban los límites de su paso por la tierra. Unos signos sin sentido, que ni siquiera evocaban una vida, sino la sólida realidad de la muerte. Había que evitar ese truco. Y aún le resonaba en los oídos el grito de la mujer que se desmayó cuando la losa cubrió totalmente el ataúd. ¿Quién podría ser? ¿Alguna de las que habían consolado las noches solitarias del Viejo cuando corría por todo el país para defenderlo de los turcos o para sembrarlo de bastardos? ¿Sería quizá la última de sus amantes, la que Radu-Negru nunca llegó a conocer y de la que nadie se atrevía a hablar? Sabía que su padre la había encontrado muchos años antes, durante una de sus muchas incursiones orientales. Mucho tiempo se estuvieron citando en un lugar ignorado por todos. Se hablaba de una casa fortificada que el Viejo hizo construir para ella a una jornada a caballo hacia el este. Nunca había podido imaginarse a aquella mujer.

¿Cómo era posible que una mujer se hubiera inclinado sobre aquella boca sin labios que daba órdenes, pronunciaba sentencias, despreciaba la sonrisa, se complacía en las palabras más soeces, decretaba la muerte y blasfemaba? Y las manos que nunca se habían posado sobre su frente de niño, ¿cómo podrían moverse en torno a un rostro de mujer, macerar una carne desnuda, esbozar una caricia? ¿Cómo pudo soportar mujer alguna la proximidad de aquellos ojos sin morir de terror? Y sin embargo, esa mujer había existido y era la única que el Viejo había amado, encerrándola en algún lugar de la ciudad cuando los turcos avanzaban hacia el corazón del país. Entonces se la llevó junto a él. Pero ¿dónde? ¿La ocultó en el castillo o le había encontrado otro alojamiento, en algún sitio del bosque? Fuera de la ciudad había una torre, por el alto valle del Aluta en la cumbre de la que llamaban Colina Negra y cuyo acceso tenía prohibido incluso Radu-Negru. Quizá fuese allí donde el Viejo se reunía con aquella mujer de la que sólo pudo separarlo la muerte.

Seguramente sería también vieja, y Radu-Negru no tenía ganas de verla. Toda una vida hecha de largos ratos de intimidad y de amor, de mucha desesperación y mucha felicidad, había transcurrido entre aquellos dos seres humanos, de todo lo cual se guardaba muy bien de hablar la inscripción funeraria. Nada debía quedar en la memoria de los hombres de todos esos millares de instantes que habían formado una buena parte de la existencia del Viejo, la parte feliz y tranquila, la que vale la pena, la parte enemiga de la Historia. La mujer conservaría aún, en el fondo de su corazón, el recuerdo de aquella pasión que los demás desconocían y luego la muerte dejaría en lo hondo de otra tumba el secreto de los dos amantes. Y sobre ese amor pesaría un definitivo silencio. No quedaría ni rastro de él. Probablemente, fue la promesa de ese total silencio lo que la hizo desmayarse.

Y aquel grito había sido su único adiós posible.

Terminó la ceremonia. Los dignatarios empezaban a desfilar ante él. Ponían una rodilla en tierra y le besaban la mano derecha en señal de sumisión y obediencia. Empezaba para él una nueva tarea.

María-Domna se le acercó sin levantar la mirada y le besó la punta de los dedos. Radu-Negru retuvo unos instantes esa mano joven y fuerte que había crecido entre las suyas a lo largo de los años y que conocía la forma de su boca. La estrechó un instante y la soltó... A María-Domna le gustaba besarle la mano y le preguntó una vez si alguna otra mujer le había hecho ya esa caricia. No; esa caricia era nueva para él. Entre las mujeres a las que había amado, ninguna le besó la mano. Pero, en verdad, sólo la había amado a ella. «¿No has estado con ninguna otra mujer?». «Sí, con varias, pero no hubo amor entre nosotros». Y entonces empezaba un largo diálogo. ¿Quiénes eran esas mujeres? ¿Cuándo las había conocido? ¿Cómo eran? ¿Dónde estaban? ¿Las seguía viendo?

Cuando María-Domna agotaba su repertorio de preguntas, empezaba él a su vez a atormentarse. Quería saber si le había besado alguna vez las manos a Dragomiro (era unos meses antes de la partida de éste), y ella se había callado mucho tiempo y él tampoco habló más en un buen rato, tendido, inerte junto a ella, aniquilado por aquella confesión. ¡De manera que había amado a su marido! Todas las escenas de amor que ellos dos habían vivido, ¡las conoció ya María-Domna en los brazos de otro! Lo único que hacía con él era repetirlas. No era él, Radu-Negru, el primer

hombre a quien había amado y aquellas caricias no estaban hechas especialmente para él, ni los suspiros, ni los besos en la boca, ni los ojos cerrados y al mismo tiempo llenos de luz, ni las palabras y las canciones que le murmuraba al oído y en que le hablaba de un rey que era él mismo —lo llamaba con frecuencia «rey mío»—, ni aquellas largas trenzas que le barrián los hombros... todo eso había pertenecido antes al otro. Habría querido morir a su lado, de repente, sin un suspiro, para enseñarla a sufrir y a quererlo con una angustia que el otro nunca supo darle. Pero entonces María-Domna dijo «no», un no apenas pronunciado, suspirado con el borde de los labios y que no podía borrar el recuerdo de aquel humillante silencio. El beso que los reconcilió fue doloroso y amargo y les quemaba las entrañas y el alma.

Sintió la tentación de ponerla a prueba y le propuso que fuese con él «allá», a buscar juntos la muerte. María-Domna aceptó.

El barranco estaba aún lleno de noche, una noche que se iba desvaneciendo poco a poco a medida que subían la pendiente opuesta. Una vez llegados arriba, Radu-Negru desenvainó la espada. La habría matado ante el primer grupo de infieles surgido frente a ellos, para arrojarle enseguida contra los enemigos y hallar así la muerte él también. Ésta era la regla de juego que ambos habían acordado antes de salir de la cabaña. Anduvieron durante mucho tiempo por la hierba húmeda de rocío frente al sol que ascendía en el cielo de octubre. Les llegaba del bosque el sonido de las campanas, como una llamada, y ella le sonrió mientras avanzaban entre los árboles, escasos por allí, sin encontrar un alma. Se detuvieron para secar al sol sus vestidos mojados por las aguas del Ordessus. La planicie descendía suavemente ondulada y formando leves colinas en las que crecían nogales, ciruelos, y manzanos silvestres. Cruzaron un arroyo de poco fondo y, al otro lado, penetraron de nuevo en un bosque. Éste era un bosque mesurado, de grandes encinas centenarias, entre las cuales crecía la hierba y venía a posarse el sol. Las altas ramas llevaban delgadas coronas, ya casi amarillas, y los troncos, cubiertos de un musgo azulado, parecían a punto de morir. Unas ardillas se perseguían entre el cielo y la tierra deteniéndose bruscamente para roer unas bellotas y escupiendo los restos húmedos en la cabeza de los fugitivos.

No se hablaban, conmovidos por la decisión que habían tomado, resueltos a llevarla a cabo, y concentrados en sí mismos, en el silencio que los rodeaba y que imaginaban poblado de turcos al acecho. A mediodía, se hallaron ante una empalizada de ramas espinosas y les costó mucho trabajo pasarla. María-Domna se dejó enganchados en las espinas unos jirones de su vestido. Era un vergel: las ciruelas maduras pendían aún de las ramas y comieron algunas para aplacar el hambre y la sed que sentían. Estaban muy cansados, pero no se atrevieron a tenderse en el suelo por si los sorprendían dormidos. Se besaron furtivamente y cruzaron el huerto, que no parecía acabarse nunca. Entre los ciruelos divisaron el tejado gris de una casa y luego la blancura del muro, que recibía de lleno la luz del sol y los deslumbró un instante. Radu-Negru tomó en su mano izquierda la derecha de María-Domna y siguieron caminando. En la calma del mediodía se percibía el roce de las hojas en las ramas, al caer.

Las ventanas de la casa estaban abiertas. Cerca de una carreta de madera, lustrosa de tanto uso, yacía un cadáver con la boca abierta hacia el cielo. A la sombra de la cuadra estaba tumbada una mujer, con los muslos descubiertos, inmovilizada en la caída. Una gallina picoteaba tratando de atrapar las moscas en los muslos de la muerta. No había huellas de sangre. El drama había sucedido por la noche, o quizá aquella misma mañana a primera hora, pues los cadáveres conservaban todavía semejanza de vida. Salieron por la puerta abierta del corral, que daba a una calle de la aldea donde un perro se desperezaba al sol. No ladró. Todo estaba vacío y silencioso como si acabase de barrerlo todo un viento de epidemia que hubiese apagado sin violencia el hálito vital de todos los habitantes.

En un banco de madera, ante la casa vecina, había otro cadáver, el de un viejo al que la muerte había sorprendido durmiendo. Seguía durmiendo como si nada hubiese sucedido, engañado por la muerte.

Unos pasos más lejos, una iglesia bloqueaba el camino. Entraron en ella por la puerta abierta, pero nadie había dentro. Radu-Negru gritó: «¡Señor cura!». Una risa infantil le respondió desde lo alto del coro, pero nadie respondió a la llamada de Radu-Negru. En el momento en que se disponía

a subir la escalera del coro —por donde se subía también al campanario— sonó fuera un ruido de voces que les hizo salir frotándose los ojos heridos por la súbita luz, tan fuerte. Había llegado el momento esperado. Radu-Negru levantó la espada para clavársela a María-Domna, y ésta no se inmutó, pero le faltaron los ánimos para matarla. Los turcos avanzaban por el camino. Eran cinco o seis, que venían hacia ellos sujetándose por las cinturas como si estuvieran bailando aquella danza de la muerte de que Della Porta había hablado. Uno de ellos empezó a cantar como un energúmeno y se le cayó el turbante en el polvo, pero ni siquiera hizo ademán de recogerlo. El grupo se inclinaba a un lado de la calle y luego al otro. El que cantaba se soltó de sus compañeros y cayó. Uno de sus compañeros se agachó para ayudarlo a levantarse. Pero el peso de éste lo arrastró y también él cayó a tierra dándole un cabezazo al otro en el vientre. Por un instante, intentó levantarse, pero se inmovilizó fulminado por el mal, ese desconocido mal que parecía cernirse sobre la aldea y quizá sobre el mundo entero. Los otros tres siguieron caminando, a fuerza de traspies, hasta el momento en que el que parecía ser el jefe de todos ellos —a juzgar por la altura del turbante— descubrió a los fugitivos a la puerta de la iglesia. Se paró en seco, abrió mucho los ojos, se inclinó con gran respeto para saludarlos... y ese gesto le fue fatal, pues perdió el equilibrio y se precipitó de cabeza, inmovilizándose en el suelo. Mientras, los otros dos seguían avanzando a duras penas y desaparecieron a la vuelta de la esquina.

Radu-Negru y María-Domna rompieron a reír al mismo tiempo. A ella se le saltaban las lágrimas. Radu-Negru no la había visto reír así desde que jugaban juntos, bajo los árboles del paraíso perdido. Se levantó una brisa y el olor a ciruelas fermentadas y a alcohol les explicó sin palabras la razón de aquel silencio y de los cuerpos tendidos sin movimiento, y al parecer sin vida, en los corrales y en la calle. No era la muerte sino el pesado sueño de la embriaguez. Aquél era uno de los pueblos de la región que fabricaban aguardiente. Vivían de esa industria y ésta era la época en que destilaban el jugo de las ciruelas. La gente bebía para probar lo que habían producido y para dosificar bien el porcentaje de alcohol. Una buena cosecha suponía una gran cantidad de degustación. También a los turcos los había tumbado la bebida. Lo más probable sería que estuvieran de paso, pero quizá estuviesen allí de guarnición. De todos modos, no eran peligrosos y matarlos en el estado en que se hallaban no hubiera sido digno de un príncipe.

Encontraron a los otros dos turcos a un lado y a otro de la calle, al dar la vuelta a la esquina. Ambos tenían la boca en el polvo. Radu-Negru les quitó las cimitarras, que rompió sobre sus rodillas y volvió a ponérselas cuidadosamente en las vainas. Retrocedió y les hizo lo mismo a los otros.

Al borde del camino había una posada en la que entraron para comer algo. Radu-Negru sacudió al hostelero, que dormía con los codos apoyados en la mesa. Al verlos ante él, el hombre se levantó, los saludó humildemente y luego se tocó las mejillas y se frotó los ojos como si tuviera una visión. Sin embargo, no estaba borracho. Los ricos atavíos de Radu-Negru y de su compañera no dejaban lugar a dudas sobre su condición. Saliendo por fin de su atontamiento, el posadero empezó de pronto a llorar, se arrodilló y le besó la mano a Radu-Negru.

—Príncipe mío, príncipe mío...

—Levántate. Danos algo de comer lo más rápidamente posible.

El posadero les ofreció asientos, les llevó queso, pan negro, una salchicha, y vino en una garrafa, y se quedó allí plantado humildemente, sin atreverse a creer lo que veía.

—No puedo ofreceros más que esto, príncipe mío, y espero que os dignéis perdonar mi pobreza, pero los turcos nos lo quitan todo. Hoy mismo han venido para llevarse el aguardiente. Todos se han emborrachado. Les han dado a beber hasta a sus caballos. Violaron a la mujer de Vlad y a la de Marin. Han matado a todos nuestros cerdos porque son para ellos unos animales malditos. En julio nos arrebataron todo el trigo, la hija de Ion, y dos muchachos. ¡Matadlos, príncipe, matadlos a todos! ¡Salvadnos! Os esperan en todo el país, sólo pensamos en vos. Nadie quiere a esos extranjeros, porque son unos ladrones. Lo roban todo, hasta las fieras y los niños...

Se había arrodillado de nuevo y lloraba con la cara oculta en sus manos enrojecidas. Grandes sollozos le sacudían el pecho.

—Levántate y deja de llorar como una mujer... Di a todos los de este pueblo, cuando estén en

condiciones de entender, que volveré —añadió Radu-Negru sonriendo.

—Perdonadlos, señor; si beben es para olvidar sus penas, que son muy grandes. No disponemos de armas para combatir. Estamos solos y somos muy pobres. Bebemos para olvidar y, muchas veces, para no sentir el hambre. Pero siempre pensamos en vos, y os vemos en nuestros sueños, e incluso los niños y los ancianos saben que volveréis algún día —y añadió en voz muy baja—: ¿Cuándo, príncipe mío? Decidme que ese día no está lejano.

—No, no está lejano —respondió Radu-Negru, y pensó en Miguel, en la desesperación que se había apoderado de los suyos, y en el largo silencio que había seguido a la marcha de Dragomiro. Y se avergonzó de encontrarse allí. El posadero ignoraba el verdadero motivo de su presencia en la aldea, en pleno territorio ocupado. Probablemente, pensaba que el príncipe heredero no podía arriesgar su vida sin una razón muy seria y que el milagro que él estaba presenciando tenía una explicación que a él no se le alcanzaba. Quizá creyese que María-Domna era la princesa, la esposa de Radu-Negru, que algún gran ejército avanzaba para liberar al país ocupado y que los turcos serían expulsados de él, o bien que estaba soñando y todo aquello no era sino una ilusión.

Regresaron en la noche estrellada y fría y llevaban lleno de autorreproches el corazón. Durante varios días Radu-Negru trató de olvidar a María-Domna y se dedicó con toda su alma a sus soldados, a los problemas de abastecimiento, que por entonces empezaban a obsesionar al Viejo, y a todos los asuntos de Estado. Pero, a veces, en pleno trabajo, se sorprendía deseando la muerte de Dragomiro y también la del Viejo para que María-Domna pudiera ser su mujer y que el pasado quedara enterrado bajo la tranquilizante garantía de la muerte.

Ahora, en el entierro de su padre, un viejo campesino le besaba la mano y después se persignaba. Le tocaba al pueblo el turno de rendirle homenaje. Pero ya estaba todo esto muy lejos... Había decidido abandonarlos.

Sonó un clarín. Unas voces bruscas y severas vibraron en la plaza flanqueada por la catedral y el castillo. Los soldados gritaron enseguida su nombre y los tambores sostuvieron alegremente esta recién estrenada esperanza.

II

Las estrellas

Desde el fondo de la noche se elevó el canto de un gallo, claro y vibrante a pesar de la distancia, como si quisiera prevenirles contra la huida del tiempo, o de algún otro peligro cuya proximidad escapase a sus humanos sentidos.

—En este momento suenan las doce campanadas de la medianoche en el campanario de San Marcos —dijo Della Porta cerrando los ojos, exhausto.

Las noches eran frías aún. El universo creaba de nuevo su imagen clásica y volvía a tomar lentamente su aspecto habitual después de los duros meses del invierno. Incluso el cielo comenzaba a reponerse, como si el invierno le hubiera trastornado su vida normal. Las estrellas, todavía confusas, apenas visibles en el movimiento que las reagrupaba para la límpida y fija majestad del próximo verano, padecían en el torbellino de un caos transitorio para reconquistar sus habituales posiciones y su brillantez.

—Aún nos queda mucho camino. Tratad de dormir, Alteza —dijo Della Porta.

Era fácil decirlo. La fatiga —o quizá fuese el frío— le daba unos estremecimientos que ahuyentaban al sueño. Se levantó, se echó por los hombros la capa de piel que le servía de manta, y dio unos pasos hacia los caballos que ramoneaban al otro extremo del calvero. No se les veía, pero se oía el ruido seco e incesante de sus mandíbulas y el resoplido de su respiración. Sólo se discernía el límite oscuro de los árboles en el cielo, una línea inmóvil y ondulada como una cadena de colinas.

Habían cesado de cabalgar en el momento en que la luna se posó encima de las montañas, por el lado hacia donde se dirigían. Una luna ya sin forma, enfermiza y débil, que iluminaba los infinitos bosques con una luz casi amarilla, cada vez más evanescente. Cuando partieron de allá, la luna brillaba, redonda y plateada, y parecía invitarlos al viaje con la imperceptible sonrisa que le daba el aspecto de un rostro de mujer, la sonrisa que todas las mujeres llevan a veces en sus labios y en sus ojos como si hubieran nacido de la luna, como si nada les importase más que imitarla para así sembrar la inquietud en el corazón de los hombres, esos hijos del sol sin misterio. El bosque parecía serles propicio e iban a poder continuar su viaje, deteniéndose tan sólo si se interponía en su camino un espacio descubierto. Entonces lo cruzarían, una vez anochecido, bajo la luz de esta podrida media luna que apenas se dejaba ver por entre las ramas. Tenían prisa. El mar debía de encontrarse a dos jornadas de marcha, hacia occidente.

¿Sería Dragomiro el hombre cuyo fin trágico les habían contado unos pastores? Los habían encontrado a la caída de la tarde, mientras preparaban su comida al calor de una hoguera. Radu-Negru casi no pudo entender lo que decían, pues hablaban muy mal la lengua de éste; sin embargo, lograron comprenderse. En efecto, un jinete había pasado por allí el año anterior. Montaba un caballo negro, e iba vestido a la moda de los nobles valaquios. Llevaba barba, una larga espada, y un grueso anillo de oro. Pasó la noche con los pastores y al día siguiente les compró queso.

En cuanto montó a caballo para alejarse, apareció una patrulla turca y él se lanzó como una flecha hacia la linde del bosque, perseguido por los infieles, los cuales le dieron alcance enseguida, pues el caballo del noble estaba aún cansadísimo del esfuerzo realizado el día anterior. El caballero se defendió y mató con su espada a uno de sus enemigos, pero cayó bajo los yataganes de los otros. Una vez terminado tan desigual combate, se retiraron los turcos llevándose el cadáver y la montura del extranjero.

Esto explicaba, por fin, el silencio de Dragomiro. Pero también podía ser que aquel hombre hubiera sido uno de tantos fugitivos que abandonaban el país tratando de cruzar la zona ocupada y buscar refugio en Spalato o Ragusa. Algunos se marchaban con toda su familia y eran cazados brutalmente, con frecuencia, por las patrullas turcas. Otros conseguían escapar y comenzaban una nueva vida en Italia o Francia. Si Radu-Negru había vivido en la incertidumbre durante los últimos meses que pasó en su tierra, ¡cuánto más difícil e incierta sería esta nueva etapa! ¿Qué iba a decir al Dux? ¿Cuál sería el mejor lenguaje, el de la violencia y el reproche o el del involucramiento diplomático? ¿Qué argumentos emplearía para convencerlo, en aquellos momentos en que Venecia vivía en paz con los infieles, y cuando su flota comercial era la única autorizada para surcar los mares dominados por la Media Luna, y en que Venecia sólo podía beneficiarse de una tregua que proporcionaba a los unos la ilusión de un eterno bienestar y a los otros la esperanza de una victoria próxima y definitiva? ¿Cómo demostrarle al Dux que esa tregua terminaría algún día en un desastre, que cada navío veneciano cargado de mercancías rumbo a Estambul aumentaba la potencia del enemigo, y que cada moneda de oro ganada por Venecia no era sino una falsa riqueza, una garantía de la catástrofe futura? ¿Cómo iba Venecia a apoyar una cruzada en aquellos momentos en que la sed de conquista de los turcos parecía aplacada? Si se presentaba irritado, violento, se exponía a que lo expulsaran; y si fracasaba en Venecia, ¿a qué otra puerta podía llamar, si Francia cultivaba sus relaciones con la Puerta para que los turcos se aliasen con ella en contra de España y Austria, y si Austria —la potencia europea más directamente amenazada— parecía no darse cuenta del peligro, cómo era posible organizar la unificación de los puntos de vista de los países cristianos si la guerra entre ellos pesaba más en sus preocupaciones que cualquier idea de cruzada?

Sin embargo, había otra salida, que le estaba reservada a él sólo. La de la libertad. Si el Dux le negaba su asistencia, solamente le quedaba a Radu-Negru una solución: abandonar la partida. ¿Acaso no le había separado del destino de su pueblo la revelación del Viejo? ¿No era ésta la solución mejor para todos: consagrarse a todos los hombres y no sólo a sus hombres? ¿Es que no había fines más importantes y más urgentes que conseguir? Al entrar en contacto con las universidades y los sabios occidentales conocería verdades más esenciales, más cercanas al dolor general que ese dolorcito que se extinguía poco a poco en el anonimato de las llanuras y en los bosques del país. Sentíase capaz de comprenderlo todo, de intentarlo todo para que esos sufrimientos no fuesen ya posibles en el futuro. En su agenda había inscrito nombres y direcciones; sabía a qué puertas llamar, tanto en Venecia como en Padua, Florencia, Roma... Ardía en deseos de ver y tocar libros, comprarlos, pasar noches en vela inclinado sobre esas páginas que esperaban su mirada. ¿Quién le podría reprochar nada si su conciencia estaba tranquila y le indicaba, por sí misma, el camino que había de seguir?

Pero, ¿de verdad estaba tranquilo?

En los últimos meses, había pensado mucho en estas cosas, pesando cuidadosamente los pros y los contras. Los suyos le habían confiado llevar a buen término una delicada misión, pero con un poco de buena suerte le sería posible cumplir esa misión y dedicarse, después, a su personal tarea. Por otra parte, ¿no se excluían mutuamente esos dos objetivos? En todo caso, no pensaba regresar a su país si fracasaba con el Dux de Venecia, pues hubiera sido una verdadera locura atravesar otra vez esos territorios en que hormigueaban los enemigos armados, sólo por el gusto de reunirse con los suyos y morir con ellos.

¿No estaría deseando, en el fondo de su corazón, fracasar en su misión para librarse así de todo remordimiento?

Su caballo se le había acercado y le frotaba la cabeza en un hombro. Radu-Negru lo acarició entre las orejas, frías y tías, y le dio unas cariñosas palmadas en el cuello. Una leve brisa traía del este olor a ovejas, a lana húmeda, a estiércol y a leche, y también a hogueras recién apagadas. El mundo parecía reposar en paz. Pero, esparcidos por todas partes, omnipresentes sombras de odio, los turcos poblaban los sueños. A aquella misma hora se hallaban presentes en lo que soñaban los niños, en las pesadillas de las mujeres, en la angustiada vela de los hombres.

Y, ¿qué estaría pensando María-Domna de él en el convento donde se había refugiado poco antes de su marcha? ¿Habría llegado sana y salva a ese refugio oculto en las montañas, lejos de todo

camino y de cualquier pueblo? Y Miguel, y los otros, ¿qué pensarían?

Su reinado empezó mal. Hubo sequía, hambre, plaga de langostas. Además —y esto era esencial— ya no estaba allí el Viejo para luchar contra las dudas, para castigar a los culpables, para encontrarles solución a los innumerables problemas que la vida del bosque planteaba cada día a los rebeldes. Reinar no era el fuerte de Radu-Negru. Sobresalir en un combate, sorprender a las bandas enemigas más allá del Aluta, cumplir misiones de segundo orden bajo el control directo de su padre, todo eso podía hacerlo muy bien. Pero dirigir un Estado en el peor momento de su existencia, concentrar en su persona la esperanza de un pueblo sediento de venganza, de libertad y de gloria, eso era *otro par de mangas*, como solía decir Della Porta traduciendo literalmente una expresión corriente en su idioma.

Le fue fácil romper con María-Domna, ya que no disponía de tiempo como antes. Tenía ocupado el día entero con los Consejos, las inspecciones a los puestos fronterizos y las pequeñas instalaciones primitivas donde reparaban las armas y en donde trataban de fabricarlas nuevas, y sobre todo, por el meticuloso cuidado con que distribuía las reservas de trigo, las cuales disminuían sin cesar. La cosecha iba a ser espléndida, pero una gran parte de la región fue invadida por las langostas. Se consiguió salvar campos enteros encendiendo fogatas con ramas verdes y estiércol, el negro humo de las cuales alejaba a los insectos, pero el bosque se incendió por la parte del Aluta y fue difícil apagarlo después de dos días y dos noches de lucha encarnizada contra las llamas que amenazaban desgarnecer las defensas y abrir a los turcos caminos fáciles hacia el corazón del país. El incendio redujo el terreno libre, y Radu-Negru se vio obligado a retirar sus soldados en varios puntos de la línea en que el fuego se había detenido. Una vez segados los campos librados de las langostas, vino la sequía y todo el país, en pleno mes de agosto, parecía estar en otoño. Después de mayo no había vuelto a caer ni una sola gota de agua. Envío los rebaños a las montañas —y también los caballos—, allí, donde los manantiales tardaban en secarse. La fruta caía de los árboles antes de madurar y hubo que hacer a toda prisa una reserva de ciruelas, agridulces y encogidas por la sequía. Organizó grupos de niños que recorrían el bosque buscando setas a la sombra húmeda de las rocas, y así se consiguió tener grandes reservas de ellas en todas las casas. De las ventanas colgaban collares de hongos como amuleto contra el mal de ojo del hambre. Pero eso no bastaba. La tierra se había endurecido como acero, y en octubre las rejas de los arados, a las que se obligaba a hendir la tierra, se rompían con un ruido seco que espantaba a los animales. La helada hacía crujir las ramas por las noches y era como un coro de esqueletos que entrechocasen en el inmenso bosque que imploraba la caída de la nieve. Pero ya era demasiado tarde. Los collares de hongos desaparecieron de las ventanas y la gente empezó a matar su esquelético ganado. Preocupados por la angustiosa búsqueda de alimentos, casi habían olvidado a los turcos. Unas mujeres, borrachas o famélicas, se tambaleaban en la plaza delante del castillo y en vano se dirigían a los soldados de la guardia implorando un pedazo de pan. Radu-Negru, desde su ventana, las veía alejarse agonizantes azotadas por el viento helado. Cuando él regresaba por las tardes de su gira de inspección, las mujeres se le agarraban a las botas.

Entonces pensaba en la blasfemia del Viejo y sentía un miedo atroz. Quizá hubiera llegado ya el momento de que todo se derrumbase sobre su cabeza y en que todos le acusarían como culpable del desastre. Pero sucedía todo lo contrario: los hambrientos se le aferraban como las mujeres a sus botas y esperaban de él una salvación que Radu-Negru sabía que era imposible.

María-Domna seguía viviendo en casa de Dragomiro. Cuando regresaba el príncipe, al anochecer, de una de sus inútiles excursiones, detuvo su caballo ante la puerta. En verdad, no animaban mucho a los visitantes aquellas ventanas oscuras, el patio solitario y todo el aire tan poco acogedor de la casa. Radu-Negru se sintió más cansado y desilusionado que nunca ante esta mansión que había sido tan rica y hospitalaria y que se había convertido en la perfecta imagen de la ruina general. Llamó a la puerta varias veces y cada vez más fuerte hasta que por fin vino a abrirle una mujer.

—Pregúntale a tu ama si recibe a esta hora.

La criada no se movía. No sabía qué hacer: ¿dejarlo solo en el umbral mientras ella iba a avisar a su señora, o invitarlo desde luego a entrar y cuidarse de su caballo haciéndole esperar en el

vestíbulo helado y oscuro? La presencia inesperada del príncipe la inquietaba. Radu-Negru se dio cuenta de su indecisión.

—Coge mi caballo y llévalo a la cuadra. Ya encontraré el camino yo solo. —Y atravesó unas habitaciones frías, que parecían abandonadas, y se detuvo ante una puerta entreabierta que dejaba caer sobre el descansillo como una espada de luz.

—¿Quién era? —preguntó María-Domna, creyendo dirigirse a la criada. Radu-Negru empujó la puerta y entró. La portezuela de la estufa estaba abierta y un resplandor rojizo —hecho más de calor que de luz— inundaba la estancia y daba a las sombras proyectadas sobre el muro una extraña apariencia fantasmal. Se había levantado y miraba en silencio a su amante. Como él no se atrevía a hablar, María-Domna le hizo una reverencia, pues era la primera vez desde el advenimiento de Radu-Negru al trono, que se veían sin testigos, y ella quería dejar bien claro con ese gesto la distancia que los separaba, o quizá no quisiera más que burlarse de él. Radu-Negru le sonrió, le cogió una mano y la condujo ante el fuego obligándola a sentarse de nuevo en la silla donde estaba cuando él entró. Sentose a sus pies en una gran piel de oso castaño que cubría una buena parte del suelo de madera. Retuvo en sus manos aún frías las de ella, calientes.

Todavía notaba en su piel ese contacto.

—Podría decirte muchas cosas pero nada te diré, a no ser que siga queriéndote como antes y que ya no tengo derecho a ello. No, no; de Dragomiro nada se sabe. Se trata de una amenaza mucho más grave. Debes creerme sin hacerme preguntas. Lo que voy a decirte va a parecerte misterioso e insuficiente: ya no puedo, no tengo derecho a acercarme a ti desde que murió el Viejo. No volveré a verte...

—Eres mi príncipe, mi soberano, puedes disponer de mi vida sin que tenga yo derecho alguno a pedirte explicaciones. —Y mientras hablaba, le acariciaba ausente los cabellos con unos movimientos monótonos y neutros. Deseaba establecer una diferencia inequívoca entre las caricias de antes y las de ahora—. ¿Ya no me quieres? —dijo ella en voz baja sin dejar de acariciarle el cabello.

Él levantó los ojos y la miró. La brasa incendiaba sus cabellos dorados, sus ojos y sus mejillas. Había adelgazado mucho durante aquellos meses de miseria y sus mejillas habían perdido su forma infantil. Tenía ya el aspecto de una mujer casada, por primera vez desde que Radu-Negru la conocía. Parecía incluso más esbelta con su pesado vestido de casa con bordes de piel de zorro.

—Hemos sido hechos el uno para el otro, no lo olvides. Lo sabemos desde nuestra infancia. No lo olvides, María-Domna. Han ocurrido cosas terribles. Mi presencia aquí puede ser un peligro mortal para ti.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Para despedirme de ti. Para mirarte por última vez. Para intentar explicarte lo inexplicable.

—No te atormentes. Te obedeceré sin pedirte nada. Un día quisimos morir juntos. Eso me habría evitado el dolor de este momento y un porvenir que ya detesto. Con tu permiso, ingresaré en un convento «allá». No puedo tomar los hábitos, pues aún soy una esposa, pero estaré más tranquila lejos de ti.

El convento se hallaba en las montañas, por la parte de la frontera moldava, en pleno territorio enemigo, pero los turcos no lo habían tocado, pues la posición del edificio fuera de toda ruta estratégica les parecía inofensiva. Radu-Negru le prometió ponerle una guardia para que la acompañase en cuanto llegara la primavera y una carta para la madre superiora, emparentada con la familia principesca.

María-Domna echó unos leños sobre las brasas y cerró la puertecita de la estufa. La habitación se llenó de tinieblas y del crepitar de las nuevas llamas. El viento silbaba en la chimenea con su voz invernal enemiga de los hombres. Radu-Negru sabía que ese ruido la asustaba y que la hacía pensar en los lobos, en grandes lobos hambrientos más altos que la casa y que asomaban por encima de la chimenea y aullaban mucho tiempo entre el humo y las chispas para asustar a los niños.

La atrajo suavemente y ella le buscó la boca con una violencia desesperada, casi infantil, que los sumergió de nuevo en su pasado. María-Domna, como su amante, estaba hecha de recuerdos, sólo de recuerdos, y aquello de que disponían era muy poco ante la soledad que les esperaba.

Horas más tarde le preguntó ella mientras reanimaba el fuego casi apagado:

—¿Por qué habremos nacido aquí?

Radu-Negru se encogió de hombros y se acordó del Viejo, que probablemente se había hecho la misma pregunta aquella noche en la colina antes de mirar al cielo y lanzar aquel grito de impotencia que le había lacerado el corazón.



—Estoy aquí, Alteza. Venid a acostaron un rato; no tardaremos en reemprender la marcha.

La voz de Della Porta le indicó el camino en la noche. Dejó los caballos y, tropezando en los troncos podridos, se dirigió hacia donde estaba el veneciano.

—Los pensamientos son los enemigos del sueño. Tratad de hacer el vacío en vuestro cerebro y os dormiréis al instante.

—No quiero resbalar por el vacío. La propia muerte, supongo, será sólo una continuación donde conservaremos todos nuestros recuerdos sin la posibilidad de renovarlos. El vacío debe de ser otra cosa, algo así como una segunda muerte, y me da miedo pensar en eso.

—Los hombres como vos, Alteza, consumen con mayor rapidez sus reservas vitales; sí, con más rapidez que esos otros dispuestos a relajarse, para lo cual ceden al vacío de vez en cuando.

—No me interesa vivir mucho tiempo. Pero, durante el tiempo que me reste de vida no quiero renunciar ni un solo instante al placer de revivirme. Por eso no quiero olvidar nada. El alma es tan sólo una memoria.

—¡Qué joven sois, señor! Perdonad que os lo diga. Cada edad nos ofrece una visión distinta de la muerte. Yo temo a la muerte; vos, en cambio, sólo teméis al olvido. ¡Qué inmensidad de tiempo entre nosotros! ¡Cuánto nos separa cada año de lo que hemos sido! Creedme, ya no recuerdo casi nada de lo que pensaba a vuestra edad. ¿Verdad que es humillante y absurdo?

—No quiero olvidar nada. Todos los días rehago el rostro de mi existencia, desde el primer recuerdo hasta el último.

—Y cada día perdéis algo por el camino. Yo me acunaba en las mismas ilusiones.

—No olvides las diferencias que hay entre nosotros. Pertenece cada uno a un pueblo distinto.

—No, Alteza. Pertenece a la misma idea, a la misma raza, a la que cambiará al mundo. Yo he nacido en el centro de esa idea y vos habéis nacido en sus fronteras. ¿Qué hacéis, vos y los vuestros, sino morir por lo que nosotros pensamos? Estáis haciéndolo desde hace siglos. Nuestra raza está en el centro del mundo y siempre ha sido atacada por los que viven fuera, los bárbaros, las razas que nos envidian y cuyo supremo deseo es apoderarse de nuestra sabiduría, de adoptar nuestro estilo de vida. Somos, en gran escala, ese bosque que vuestro padre defendía con violencia y que vos seguís defendiendo a vuestra manera, sin saberlo. He vivido entre los turcos y sé muy bien lo que se proponen con su fanatismo. Su destino es el de todos los bárbaros. Se creen superiores, invencibles, portadores de un mensaje universal, llamados a detentar el imperio del mundo; pero en el fondo de su conciencia sólo piensan en nuestras ciudades, en nuestras universidades, en nuestro secreto. Porque somos portadores de un secreto.

—¿Qué secreto?

—Me será difícil expresarlo en palabras: el mundo ha sido hecho a nuestra medida o bien nosotros a la medida del mundo. Incluso nuestras derrotas serán siempre victorias. ¿Os acordáis de mi Prometeo? Somos Prometeos, nuestros gestos repiten su gesta. A través de nosotros dejarán los hombres algún día de ser unos humillados o, como lo decís muy bien, unos Caballeros de la Resignación.

Las estrellas brillaban sobre sus ojos cada vez más débilmente, palpitantes ya bajo la brisa del alba invisible.

—¿Cuál es tu estrella? —le preguntó al médico.

—¿Mi estrella? Todavía no tengo estrella. La tendremos el día en que los hombres viajen entre la Luna y el Sol, entre la Tierra y Venus, en aladas carabelas. Entonces tendremos una estrella cada

uno de nosotros. Seremos la memoria del universo.

—Eres optimista, Della Porta. Las estrellas están lejos.

—No olvidéis, señor, que Cristóbal Colón ha descubierto continentes que ni siquiera veíamos. En cambio, las estrellas están al alcance de nuestra mirada. No hay objeto u objetivo alguno, visible o invisible, que pueda escapar a nuestra sed de conquista.

—¿Ni siquiera Dios?

—Dios somos nosotros.

Radu-Negru se incorporó sobresaltado. Aquella voz pronunciaba en las tinieblas unas palabras sacrílegas.

—¿Qué dices?

De pronto, tenía miedo y la noche lo asfixiaba. Las estrellas le hacían daño a los ojos. Según lo que había dicho Della Porta, era él mismo a quien el Viejo había maldecido.

—¿Qué dices? Hablas como un hereje.

La voz del médico no cambió de tono.

—Y ¿qué es la herejía? Todo se convierte en herejía a medida que se avanza en el tiempo. Lo único que no es herético, lo único ortodoxo, es el porvenir. Es hereje el que, con razón o sin ella, avanza más rápidamente que sus semejantes. Vais a ver y a oír cosas que os dejarán estupefacto, señor, dentro de unos días. Todo os parecerá herético. Pero no os engañéis, porque sólo habrá sido un paso adelante. La noche nos rodea, pero el sol brilla ya en alguna parte, no muy lejos de aquí, no muy lejos de vos, mi príncipe.

No era fácil de entender. Pensaba en todos aquellos a quienes había dejado atrás, y en la angustia que había sentido al abandonarlos. Sin embargo, le pareció fácil decidirse, pues había adivinado desde hacía mucho tiempo el secreto del que Della Porta acababa de hablar y que ninguno de los suyos había sospechado nunca. Por ejemplo, aquella mujer en la escalinata de la catedral, aquella mujer a la que por fin logró encontrar. Era el día en que abandonaron la ciudad. Comenzaba la primavera y ya no quedaba absolutamente nada que comer en el bosque, ni siquiera una corteza, ni siquiera una seta seca, ni siquiera una nuez. Habían decidido enviar a las mujeres y los niños a la montaña (era el momento en que cedía la helada y en que la primavera estallaba por todas partes con un esplendor que hacía resaltar aún más la decrepitud de todos ellos) y atacar al enemigo por sorpresa, con todas las fuerzas disponibles. Si ganaban la batalla expulsarían a los turcos al otro lado del Danubio. Habrían reclutado un nuevo ejército, habrían hecho regresar a sus familias a los pueblos abandonados y la vida habría emprendido nuevamente su curso normal. De ser vencidos, se hubieran retirado hacia las montañas, cada uno por su cuenta, y Miguel hubiese podido realizar su proyecto de incitación a la rebelión mientras que Radu-Negru, si sobrevivía, habría ido a Venecia para pedir auxilio y regresar lo antes posible a la cabeza de una expedición o una cruzada que, antes de dirigirse hacia los Santos Lugares, habría pasado por el bosque y liberado al país. María-Domna partió la víspera, seguida por las mujeres y los niños que se retiraban hacia los apriscos, acompañadas por algunos soldados demasiado viejos o enfermos para resistir el combate. Durante la noche, había escondido lo que quedaba del tesoro enterrándolo al fondo de las cuerdas con la corona, el cetro y unas cajas llenas con los recuerdos de la dinastía. Hizo que le cosieran, en el forro de su jubón, una verdadera fortuna en piedras preciosas de las que pensaba sacar buen provecho en Occidente.

Al amanecer inspeccionó todo el castillo, echó los cerrojos de las puertas, cerró los batientes de madera de roble que protegían las altas ventanas, dio él mismo vuelta a la llave y se dirigió hacia la catedral para rezar, quizá por última vez, ante los sepulcros de los suyos, donde él probablemente nunca reposaría, si el destino le empujaba hacia un final desconocido. La plaza estaba desierta, cubierta por el hielo que pronto se fundiría con el sol que ya hacía brillar los dorados de los campanarios. Tenía que reunirse con los suyos delante del vado, en la orilla del Ordessus.

No la vio hasta que fue a entrar en el templo, pues era una mujer pequeña, insignificante, y que estaba tirada sobre los escalones, como un perro abandonado. El ruido de las espuelas de Radu-Negru le hizo levantar la cabeza, que tenía apoyada en los brazos como los mendigos cansados de esperar la limosna.

—¿Qué haces ahí, buena mujer? ¿Qué esperas para reunirse con los demás?

—Yo no me voy —dijo.

La reconoció por el sonido de su voz. Había hablado sin jactancia, pero el tono era inconfundible: nadie la habría hecho cambiar de idea. Radu-Negru abrió una puerta lateral con una llave que llevaba.

—¿Quieres entrar conmigo? —le preguntó a la mujer.

La vieja se le quedó mirando, sorprendida, y luego, al comprender lo que él quería decirle, se le saltaron las lágrimas, pero no sollozó. Radu-Negru se apartó para dejarla pasar primero.

Ante la cripta ardía una gran lámpara llena de aceite. Su llama podía durar toda una semana; y luego la catedral, si no volvían, se sumiría para siempre en las tinieblas. La anciana se arrodilló a pocos pasos de él con la cara oculta entre las manos, y rezó. Sus labios, al moverse, dejaban pasar una oración o más bien un monólogo ininteligible. ¿Se dirigía a Dios o al hombre a quien había amado tanto? Radu-Negru no rezó. En vano trató de concentrarse; sus pensamientos se le escapaban hacia su padre y la anciana, y aquella historia desconocida tomaba forma en él con la fuerza de un ensueño. Los veía a los dos, jóvenes y felices, gesticulando, hablándose, paseándose en un bosque soleado, en medio de un universo que sólo era de ellos y cuyos límites nunca había traspuesto él, Radu-Negru. Habían pasado largos años de felicidad fuera de su conocimiento. Envidió a esta viejecita que podía haber sido su madre y que sólo conoció de su padre el aspecto alegre, cariñoso; el lado humano, hecho de debilidades y de dolor, la parte suya que él había ocultado cuidadosamente a los demás y defendido contra todo el mundo como una fortaleza de la que esta mujer era la dueña absoluta. ¿Conocería también la blasfemia de aquella noche?

Se levantó y salió después de haber cerrado la puerta detrás de la mujer. Se acercó a ella y le entregó la llave.

—Guárdala. Volveré algún día.

Ella aceptó la ofrenda sin decir palabra, le tomó una mano en las suyas heladas y besó piadosamente la llave como una reliquia.

Al otro extremo de la plaza, Radu-Negru volvió la cabeza. La anciana seguía allí, inmóvil, último ser viviente en la ciudad cubierta ya por el inhumano silencio que anunciaba la ruina total.

La tierra, «allá», era seca y polvorienta. Fue fácil atravesar el vado ya que las aguas se hallaban reducidas a un hilo helado que las herraduras de los caballos rompían en mil pedazos mojados. Miguel cabalgaba a su izquierda. Avanzaron desplegados en orden de combate, dos mil jinetes que sus esqueléticos caballos apenas podían sostener, y cinco mil hombres a pie con los ojos ardiendo de fiebre y las entrañas atenazadas por el hambre tan larga. Aproximadamente a mediodía atravesaron un pueblecito en ruinas cuyos muros estaban ennegrecidos por las llamas de un incendio que lo había destruido por completo y donde nadie salió a recibirlos. Apenas reconoció la iglesia donde había entrado con María-Domna, porque era aquella misma aldea de los turcos borrachos, adonde fueron a parar el día en que buscaban la muerte. Más lejos vio los muros abiertos de la posada donde se habían decidido a regresar al bosque, vencidos por la vida que se negaba a escapárseles.

Pronto volvería a saber cuán difícil era morir.

Durante toda la mañana, avanzaron por la llanura. Muchos de los jinetes descabalaron para no agotar a sus monturas. ¿Cómo iban a combatir en el estado en que se hallaban todos, tanto los hombres como los caballos? Ni siquiera se plantearon esta cuestión. Lo esencial era huir, alejarse lo más posible del bosque y del hambre. Morir era menos cruel que oír llorar a los niños continuamente y tenerlos que enterrar bajo la nieve, en aquella tierra dura como pan viejo.

Una patrulla que iba en vanguardia volvió para anunciarles que habían divisado un pueblo donde parecía haber señales de vida. Otras patrullas habían hecho una incursión hasta allí, pero no encontraron ni rastro de los turcos. Radu-Negru le dejó el mando a Miguel y se dirigió, al frente de aquella patrulla, hacia el pueblecito. Les esperaban unos campesinos delante de las primeras casas, con pan y sal, según era costumbre para darle la bienvenida al príncipe del país. Se destocaron cuando lo tuvieron cerca y se arrodillaron en el polvo irreal de aquella primavera de sequía y desolación.

¿Los turcos? No había ni uno por allí, desde hacía meses. Habían incendiado todos los pueblos que rodeaban al bosque y se retiraron luego a las regiones donde no hubo sequía, seguros de que podían confiar en que el hambre vencería la resistencia de los rebeldes. Para los turcos, el ejército de Radu-Negru no representaba ya una fuerza peligrosa; en realidad, había dejado de ser el enemigo. Si no bastaba el hambre para aniquilarlos, los supervivientes caerían solos, más pronto o más tarde, bajo las espadas de los ocupantes. En todo caso, ya no estaría esperándolos un ejército turco. Su salida en masa había sido inútil.

Los campesinos los consideraban como fantasmas. Se les acercaron unas mujeres portadoras de trozos de carne de cerdo ahumada, y los soldados de la patrulla se arrojaron sobre ese tesoro cuyo sabor habían olvidado. Las mujeres, al verlos devorar como fieras hambrientas, se persignaron llorando.

—Dad un poco de avena a mi caballo —dijo Radu-Negru, y continuó comiendo el pan negro que le había dado el alcalde al llegar. Envío atrás un soldado con la orden de que fuese Miguel a donde él estaba, y que con él fueran el Consejo de los nobles y Della Porta. También ordenaba que el ejército permaneciese en el mismo lugar en que se hallaba, lejos de aquel pueblo, que no disponía de medios suficientes para alimentar a siete mil hombres y dos mil caballos.

El Consejo se reunió en la alcaldía, donde se sirvió una frugalísima comida, y las decisiones de Radu-Negru fueron aceptadas por unanimidad. Los padres de familia irían a reunirse con los suyos, pasarían a Transilvania si era preciso, o se establecerían provisionalmente en las montañas junto a los pastores. Los demás seguirían a Miguel, que se convertía en su jefe. El pequeño ejército invisible se esparciría por toda la extensión del país, e incluso por Moldavia, con objeto de preparar a las gentes para un levantamiento general que estallaría en cuanto Radu-Negru, a la cabeza de las tropas aliadas, regresara de su viaje a Occidente. El príncipe partiría para

Venecia y regresaría en el mes de agosto, en el momento en que, estando ya las cosechas recogidas, se encontrarían libres los hombres para la guerra.

—Si no vuelvo en agosto, mi primo Miguel, heredero del Trono, ocupará mi lugar. Lo consideraréis como vuestro príncipe durante toda mi ausencia. Repito que mi propósito es hallarme de nuevo entre vosotros a mediados de agosto. Si Dios decidiera otra cosa, Miguel será vuestro soberano y le juraréis fidelidad como me la habéis jurado a mí. Que Dios os proteja.

La reunión del Consejo se prolongó hasta muy avanzada la noche. Examinaron todas las situaciones posibles. Llamaron al alcalde, les compraron a los campesinos todo el trigo y todo el forraje de que disponían, y decidieron que el alcalde se pondría en contacto con los pueblos cercanos para proveer a cada uno de los hombres de la ración de harina y de sal suficiente para diez días.

Miguel parecía feliz. «Sobreviviremos», dijo, «y tú volverás antes del verano». Quizá esperase la muerte de su primo para ceñir la corona y dirigir la lucha a su manera, con la violencia encarnizada que se estremecía, retenida, en sus gestos y en su voz. La comida le había dado nuevos ánimos y en sus ojos negros se adivinaban la llama y el torbellino de las futuras batallas, el vaho sangriento de las matanzas y la fanática chispa que pronto encendería el fuego de la guerra en todo el país. Había nacido para guerrear más que para reinar.

Radu-Negru, lleno de aprensión, se despidió de su primo al día siguiente. Bien mirado, dejaba a los suyos en buenas manos, con tal de que su ausencia no se prolongara excesivamente. Como todo guerrero, Miguel se sentía a gusto en el desastre, ya que éste clamaba inexorablemente por una reacción a sangre y fuego. Podía ganar todo un reino y para ello sólo tenía que arriesgar su vida. Radu-Negru recordó las palabras que Miguel le había dicho una tarde, días antes de Navidad, ante el fuego que ardía en la chimenea de su cuarto en el castillo: «Nosotros, los que deseamos la libertad, la nuestra y la de todos los pueblos sometidos a los turcos, somos mucho más numerosos que el enemigo. Las armas de éste son de acero, pero nosotros somos almas, una sola alma habitada por una pasión única. Fatalmente, las armas caerán un día con los brazos que las sostienen, pues siempre llega un día en que la voluntad se cansa, un día en que se les tiene miedo a los que lloran. Nosotros precipitaremos esa caída, que hará temblar al universo, y el cadáver del enemigo inundará de pestilencia la tierra y las estrellas. Sobreviviremos».

Radu-Negru admiraba esta fe. Sabía, además, que era una fe ligada a las esperanzas de todos. Quizá tuviese razón Miguel. Llega un día en que los brazos envejecen y en que los imperios se convierten en un montón de cenizas y de recuerdos repugnantes. Miguel sabría acelerar ese final y quizá la victoria lo transformase en un buen príncipe.

¿Y no habría sido la sola presencia de Radu-Negru, con aquel terrible pecado heredado planeando sobre su cabeza, lo que había llevado a los suyos al borde del abismo? ¿No alejaba acaso su marcha de la cabeza de aquellos inocentes las consecuencias de la maldición del Viejo? Haría todo lo posible por lograr buen éxito en sus gestiones, convencería a los occidentales, los pondría en camino... pero él no volvería a su tierra.

Estaba completamente decidido a ello cuando se despidió de Miguel, de los nobles, y de todos sus amigos y soldados, y cuando acompañado por Della Porta, emprendió el viaje que debía conducirlo hasta Spalato y desde allí, por mar, a Venecia y quizá también más lejos.

Miguel, a su manera, creía en la inmortalidad, pero su fe abarcaba una masa sin nombre, la de los pueblos que desean vivir en libertad por los siglos de los siglos. ¡Qué diferencia entre ese optimismo fácil que no tenía en cuenta, en absoluto, al tiempo ni el alma de cada cual y cuyo único obstáculo era un enemigo muy concreto, visible, abocado a una muerte cierta; qué diferencia entre esa fe primitiva y la angustia que le roía el alma a Radu-Negru, consciente de la amenaza de otro peligro mucho mayor e infinitamente más duradero! Miguel dedicaba su valor y su odio a los turcos. En cambio, Radu-Negru se preparaba para un combate completamente distinto. Y si era cierto que «Dios somos nosotros», ¡qué lucha tan fascinante!

Las estrellas estaban demasiado lejos para refugiarse en ellas; no ofrecían a los hombres auxilio alguno, solución alguna. Pendían del cielo más allá de la vida, indiferentes, inhumanas, lejanas, y mudas. Reventaba uno de miseria y de angustia bajo sus ojos demasiado bellos; pero las estrellas seguían impávidas, no se movían ni se conmovían. Nunca respondían a las súplicas de los hombres. Su presencia era como la de los árboles, las montañas, y las fieras. Para que esa presencia fuese útil a los hombres, era necesario obligarlas a someterse a nuestra voluntad por la sabiduría o por la fuerza. Pero el momento en que la mano del hombre pudiera hacer ondular el trigo en Marte o en Venus como sobre una inmensa colina de nuestro mundo, era todavía una ilusión para el futuro. Eso estaba desesperadamente lejos. Las carabelas aladas de que hablaba Della Porta no eran más que fantasías, soñar despierto, y en cambio, la muerte y el dolor segaban esta tierra bajo la mirada burlona de esos mundos que nadie había sometido, tierras de fuego y de luz que despreciaban a la vida.

—Procurad descansar, señor. Dentro de una hora estaremos de nuevo a caballo. Y aún nos separan del mar dos jornadas, que serán las más peligrosas.

—No puedo dormir. Quisiera encender un buen fuego, fijar la mirada en las llamas y no pensar en nada. Pero eso es tan imposible como vivir en una estrella.

Della Porta se rió y luego tosió en el aire frío.

—Empiezo a envejecer.

Radu-Negru había cerrado los ojos, y aunque oía las palabras del otro, no conseguía hilvanar su sentido. Acabó durmiéndose, exhausto.



Era ya de día cuando le llegó de nuevo la voz del médico.

—No hagáis ruido. Los turcos están ahí.

¿Soñaba aún? Con frecuencia poblaban sus noches pesadillas como ésta. Pero se levantó y Della Porta le hizo enseguida señas para que lo siguiera. Se hallaban entre los árboles, en la linde de un bosque, desde donde se dominaba un río, cuyo curso iba hacia el norte por el fondo de un ancho valle y paralelo a un camino. Desde allí arriba se abarcaban, a una gran distancia, las vueltas y revueltas del camino. Ahora lo cubrían materialmente unas fuerzas de caballería. Avanzaban hacia un objetivo desconocido.

Dejaron atados los caballos donde habían pasado la noche y empezaron a descender hacia el

camino ocultándose por entre los juncos, a lo largo de una torrentera seca. Después de haber cruzado un valle que les tapaba el río, subieron de nuevo y, al llegar a lo alto de un montículo cubierto por unos arbustos, miraron por entre las ramas. Durante más de una hora, la caballería turca, con equipo de campaña, desfiló bajo sus ojos. Luego, la artillería, con sus grandes piezas montadas sobre ruedas potentes, cercadas de hierro, haciendo temblar la tierra a su paso. Enseguida pasaron otras máquinas de guerra, unos ingenios bélicos extraños y complicados, hechos para atacar las fortificaciones, torres de madera desmontadas cuya silueta se adivinaba debajo de las telas grises que las protegían de la intemperie. Della Porta había sacado un cuadernito y dibujaba, con trazos rápidos y seguros, aquellos instrumentos de muerte que iban a tomar posición no se sabía dónde, en Austria o cerca de Venecia, ante ciudades cristianas que dormían tranquilas, confiadas en los tratados de paz firmados con los infieles. Unos bueyes bien alimentados tiraban de los grandes carros. Esclavos cristianos (húngaros, según dedujo Radu-Negru de la ropa que llevaban) aguijoneaban a las bestias. Unos turcos pasaban deprisa a ambos lados del convoy blandiendo látigos que hacían restallar por encima de las espaldas de los esclavos. Cuando pegaban en serio con ellos, no era a los animales sino a los campesinos, que a su vez se vengaban sobre los lomos de los bueyes.

El convoy avanzaba rápidamente. Los metales relucían aquí y allá bajo el sol, ya bastante alto en el cielo. De aquella marcha se desprendía una impresión de fatalidad y de fuerza que precedía, antes del lugar de la cita, la llegada fastuosa de la muerte.

—Me he dormido. Perdóname, Della Porta.

—De nada tenéis que excusaros, Alteza, porque es muy probable que vuestro sueño nos haya salvado la vida. Si hubiéramos salido a la hora prevista, habríamos caído sobre la misma vanguardia de los infieles. ¡Debo reconocer que meditar y recordar sirve para algo!

Unos carromatos cubiertos seguían a la artillería. Era ya mediodía cuando un regimiento de caballería cerró el desfile y el convoy desapareció a la vuelta del camino y del río. Se había levantado sobre el valle una fina nube de polvo y durante algún tiempo se oyó todavía la algarabía de los gritos, las herraduras, los chirridos de las ruedas, sobre el polvoriento camino.

—¿Qué piensas, Della Porta? —preguntó Radu-Negru.

—Que debemos apresurarnos. Algo se prepara, no sé dónde, pero es nuestro deber avisar al mando de Spalato. En todo caso, tenemos tiempo de reflexionar, pues no me parece prudente partir antes de que anochezca.

Volvieron a donde habían dejado los caballos, a los que dieron de beber en el arroyo y después se sentaron a la sombra de un árbol y comieron pan, queso y jamón. Acabaron de beberse el poco de aguardiente que quedaba en la calabaza del médico. Por el camino, unos jinetes galopaban, arriba y abajo, llevando órdenes. Otros, con menos prisa, parecían vigilar este camino que debía de ser una arteria principal, probablemente una antigua vía romana, que conducía a los turcos al corazón del continente.

Pasó pronto la tarde. Durmieron por turno, en el calor apacible y agradable, bajo los efluvios de la primavera. A última hora de la tarde estaba ya vacío el camino, las patrullas se habían espaciado cada vez más y la enorme nube de polvo se había posado ya sobre las hojas nuevas del bosque. Era el único recuerdo que dejaba el paso masivo del ejército turco. Cuando era ya casi completamente de noche, pasó junto a ellos, sin verlos, un campesino montado en un asno. Della Porta le siseó y le hizo señas de que se acercase. El hombre del burro se detuvo y vaciló unos momentos, pues le asustaba aquella voz extranjera que le había cortado el camino. Les dirigió la palabra en una lengua que Radu-Negru nunca había oído, pero que comprendía perfectamente, una lengua que separecía al italiano o al valaquio, pero que no era ni lo uno ni lo otro.

—No me matéis. Soy un pobre campesino. No llevo dinero encima. Mi mujer y mis hijos me esperan en el pueblo. Dejadme seguir mi camino.

—No temas —le dijo Della Porta—. Acércate. ¿Qué lengua es esa que hablas?

—El dalmata. Es la lengua que hablamos aquí.

—¿Cómo te llamas?

—Udina Burbur. Para servirlos.

—¿Dónde está tu pueblo?

—Al otro lado del río. ¿Puedo preguntaros de dónde venís? Estaba convencido de que los dos extranjeros no eran ladrones y su voz había recuperado su serena dignidad.

—De Valaquia. Nos dirigimos hacia Spalato. ¿Queráis guiarnos tomando el camino más corto? Tenemos prisa y tú sacarás una buena recompensa.

—Mi mujer me espera para esta noche.

—Pues le colocarás cuatro monedas de oro en la mano y verás cómo te perdona la tardanza.

Radu-Negru hizo tintinear las monedas de oro bajo la luna, que ya pasaba de las cimas de los árboles. Las monedas parecían vivas y su brillo y su agradable ruido al entrechocar llenaban el silencio.

—Conozco el camino de Spalato. Os guiaré.

—Si te has propuesto traicionarnos y entregarnos a los turcos, no volverán a verte tu mujer ni tus hijos.

—No, no; yo también soy cristiano. No os traicionaré. Radu-Negru le tendió las cuatro monedas que el campesino rechazó con gesto altivo.

—Me las daréis a la vista de Spalato. Me basta vuestra palabra.

Descendieron por el barranco que habían tomado aquella mañana. Iban a pie llevando a sus caballos por las riendas. Udina Burbur los precedía con su asno. Al llegar al camino, el dálmata lo cruzó solo mirando a derecha e izquierda y luego les hizo señal de que le siguieran. El camino, blanquecino y vacío, parecía inocente bajo la media luna amarilla, única señal del paso de los infieles, único recuerdo de una amenaza que parecía ya irreal a esta hora en que los hombres se preparaban para la oración y el sueño, tanto los creyentes verdaderos como los falsos.

Aún se veían luces encendidas tras las ventanas cuando pasaron delante de un pueblo.

—Aquella luz del fondo es mi casa —dijo el guía—. ¿La veis?

—Sí, la veo —respondió Radu-Negru por pura amabilidad, pues no sabía a qué luz se refería.

—¿Hay turcos en tu pueblo? —preguntó Della Porta.

—No, señor. Vienen de vez en cuando, a finales de verano y en otoño, para cobrar los impuestos.

—Entonces es como en nuestro país —dijo Radu-Negru.

—Pero los hay peores que los turcos. Me refiero a gente nuestra que ha abandonado la fe, a los que creen en el profeta y se portan mal con nosotros los cristianos. Creen que los turcos van a conquistar al mundo, que todos los pueblos cristianos se les someterán, que nuestro Dios ha muerto, puesto que ha dejado de protegernos. Esos renegados persiguen a los que, a pesar de todo, han conservado la fe verdadera, y van a la ciudad para denunciar a sus convecinos al bajá. Se reúnen para celebrar las victorias de los infieles y obligan a nuestros hijos a frecuentar la escuela del muecín. Son peores que los turcos. Usan el fez y sus mujeres se tapan el rostro y cubren sus piernas con unos pantalones ridículos. Hace unos años, esos malditos mataron nuestros cerdos porque, según ellos, apestan el aire y atraen sobre nosotros las iras de Mahoma. Gozan de la confianza del Bajá y no pagan tributos. Son los verdaderos amos de la aldea y del país. Nos hemos pasado muchos años luchando con esperanza porque nos decían que los países de Occidente iban a emprender una nueva cruzada, que sería abatido el poder de los turcos, que habría un nuevo emperador cristiano en Constantinopla, y que nuestro príncipe volvería a ocupar el trono de sus antepasados, o que quizá fuera el Dux nuestro amo. Todavía quedan algunos que creen en esos cuentos. Pero pasa el tiempo y pueblos enteros, desesperados de tanto esperar, reniegan de la fe y se hacen turcos. ¿Qué queréis? Hay que vivir. Además, piensa uno en los hijos y en lo que podría sucederles si continuasen viviendo en la miseria y en el miedo. Para colmo, siempre está uno oyendo hablar de victorias turcas y derrotas de los cristianos. Se va perdiendo la esperanza poco a poco y acaba uno resignándose a su suerte. Quizá hayamos pecado mucho en el pasado, nosotros o nuestros antepasados, y Dios nos castiga enviándonos la peste, el hambre o los turcos. No digo que todo haya terminado para siempre, pero ahora ése es el mal y no hay manera de resistirse.

—Entonces, ¿por qué resistes tú?

—Ni siquiera lo sé, señor. Soy demasiado viejo para cambiar. Me gusta mirar la cara de las mujeres y sus piernas desnudas. Esto de sufrir no deja de tener sus ventajas. Además, hay los

débiles y los puros; los que se doblan enseguida bajo el peso de las primeras dificultades y otros que prefieren afrontarlas. Yo soy de éstos. Además, he visto muchas cosas.

—¿Qué cosas?

—Pues, cosas...

Se encerró de pronto en su silencio, como si las cosas de que acababa de hablar fueran grandes secretos y los dos fugitivos no fuesen aún dignos de conocerlos. Pasaron varias horas al ritmo del trote monótono del burro, al que animaba el dálmata de vez en cuando con palabras amistosas, como si se dirigiese a un ser humano. La luna desapareció pronto, pero siguieron su camino a la luz de las estrellas. Udina Burbur lo conocía bien, pues ni siquiera vacilaba en las encrucijadas. Rehuían los pueblos aunque para ello tuvieran que dar un rodeo. Los cerezos en flor asustaban a los caballos, pues parecían blancos fantasmas brotados del espesor de la noche. El aire estaba impregnado de perfumes desconocidos y hacía más calor que la noche anterior.

Radu-Negru sentía pesar sobre él todos estos olores cuyo origen era incapaz de identificar y tuvo, por primera vez desde su partida, la sensación de hallarse lejos, en un país extranjero, separado de sus colinas por aquellas flores invisibles que no existían en su bosque natal y cuyo aroma le arrastraba como una corriente hacia la mar. Nunca había visto la mar; ni siquiera podía imaginársela. Su antepasado Mircea el Antiguo sí la había conocido como conquistador. Se decía que Mircea avanzó con su caballo por entre las olas para tomar posesión simbólicamente de la orilla del Mar Negro y de sus aguas. Debía de ser maravilloso nacer en medio de un pueblo vencedor, en pleno auge. Había soñado muchas veces con jóvenes príncipes que regresaban de un combate victorioso, con guerreros que arrebatában los estandartes al enemigo y que entraban en las ciudades vencidas aumentando el espacio del país sin crueldades inútiles, sin derramar nunca sangre inocente.

Quizá tenía razón el Viejo cuando decía: «Somos demasiado poco crueles con nuestros enemigos. Así nunca llegaremos a constituir un imperio. Estamos llamados a cumplir una misión diferente —nadie sabe cuál ni cuándo— en un futuro lejano cuando los hombres sean más humanos y hechos a nuestra medida. Es necesario que nuestro pueblo se reserve para esta misión. Por ahora, hay que saber esperar y resistir. Toda grandeza comienza por el sufrimiento». Entonces, si las grandes victorias y las conquistas resonantes sólo podían realizarlas los malos príncipes y los pueblos crueles, los que mataban por placer y hacían crecer imperios de la propia semilla del mal, ese mal era el fundamento mismo de toda auténtica victoria, de toda continuidad histórica. Los Evangelios enseñaban otros principios. Infringirlos era asegurarse el triunfo. Por lo menos, en este mundo. ¿Cómo era esto posible?

Miraba las estrellas de vez en cuando y eran las mismas que brillaban encima del bosque, tan lejanas y mudas como ellas. Constituían la única relación entre Radu-Negru y el mundo, el único testimonio palpitante de su vida pasada, de sus recuerdos. Todo lo había perdido, todo había cambiado en relación con el pasado; sólo las constelaciones podían ofrecerle aún una mirada familiar, tan fija como la propia eternidad. Pronto perdería la compañía de Della Porta, el cual regresaba a Venecia para quedarse ya allí, cansado de tantos años de vagabundear. Se encontraría solo ante un mundo desconocido y hostil, y estas estrellas serían su único consuelo por la noche. Por eso sintió simpatía por las estrellas, aunque supiera muy bien que ni siquiera se daban cuenta de su existencia. El camino seguía, cada vez más escarpado y pedregoso. Una rama le golpeó el rostro, por lo que comprendió que se hallaban en un pinar.

Con las primeras luces del alba, se detuvieron ante un aprisco. Unos perrazos los rodearon, ladrando furiosos. Se veía, a través de la leve bruma matutina, la humareda de una hoguera recién encendida, y cuyas llamas empezaban a morder las ramas. Había pastores en torno a ella, uno de los cuales se levantó, tranquilizó a los perros y se acercó a los viajeros con un largo bastón en una mano.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó en dálmata.

—Anúnciale a tu amo que está aquí su hermano.

—¿Eres Udina? Te reconozco, pero no puedo creer lo que ven mis ojos. Te creíamos muerto.

—Soy Udina y me encuentro bien, gracias a Dios.

—¡Alabado sea Dios! ¡Amo Andrés! —gritó el pastor—. ¡Ha vuelto tu hermano!

Udina saltó de su asno y se dirigió hacia el fuego. Una silueta maciza, cubierta con una larga hopalanda de piel de cordero, iba a su encuentro. Los dos hermanos se estrecharon las manos y se besaron en las mejillas.

—Acompaño a estos dos nobles extranjeros a Spalato. Estamos muy cansados y tenemos hambre. Tengo muchas cosas que contarte, hermano, pero ya lo haré más tarde. ¿Sabes algo de mi mujer y de mis hijos?

—Tu mujer te espera. Es la única entre todos nosotros que no perdió la esperanza. En dos años, han cambiado pocas cosas. Ya te contaré.

Invitó a Radu-Negru y Della Porta a que se acercaran al fuego. Los pastores se levantaron respetuosamente y se fueron a sus trabajos. Pronto se oyó el menudo pataleo precipitado de los corderos que salían balando de los apriscos y los gritos de los pastores que los alejaban hacia los prados, más allá de la niebla.



—Mañana por la mañana estaremos en Spalato —dijo Udina Burbur.

Se frotaba las manos al calor de la lumbre. Había llovido durante el día, unas nubes espesas se levantaban entre los pinos negros y se oían los gritos y las esquilas que anunciaban el regreso de los rebaños. Agotados de cansancio, habían dormido el día entero. Se disponían a emprender la marcha dentro de una hora y, probablemente, tendrían que pasar la noche siguiente en barco, rumbo a Venecia.

—Ruego a los nobles señores extranjeros que me perdonen —prosiguió Udina—, pero cuando nos encontramos, no sabía yo cuáles eran sus intenciones. Les dije que mi mujer y mis hijos me esperaban en casa, como si regresara después de un solo día de ausencia. En realidad, he estado dos años ausente. Volvía precisamente de Venecia. Les empecé a decir algo sobre las cosas que había visto, y era muy cierto, terriblemente cierto, pues durante esos dos años he visto Estambul y he visto África. Quizá no me crean ustedes, pero juro que es la pura verdad. Y si he aceptado hacer de guía hasta Spalato en vez de ir a abrazar a los míos enseguida, después de una separación tan larga, hay una razón que los nobles señores comprenderán al final de mi relato. Pues he aquí lo que me sucedió.

»Había salido una mañana con mi arado y mis bueyes, para arar mi tierra, que se encuentra bastante lejos de la aldea, hacia el bosque, y no es más que un pobre terreno pedregoso y seco, pues la buena tierra que me pertenecía de siempre me la quitó una familia que renegó de la fe y que goza de la protección de los turcos. Mi hermano Andrés sabe muy bien de qué hablo. Aquella mañana me esperaba esa mala gente a la entrada de mi terruño. Los acompañaban dos soldados turcos.

»—¿Eres Udina Burbur? —me preguntó uno de los soldados.

»—Soy yo. ¿Para qué me queréis?

»Me respondieron sólo con golpes. Me ataron las manos a la espalda y me llevaron con ellos. Comprendí que no volvería más. Dejé allí mis bueyes, mi arado, mi tierra y mi familia, que nunca supo cómo ni por qué había desaparecido. Mis bueyes regresaron solos a mi casa, según acaba de decirme mi hermano Andrés. Me condujeron a la ciudad, ante un *aga*, y me condenaron a ser vendido como esclavo por haber incitado a los cristianos de mi pueblo a la rebelión; y esto, lo juro, era verdad. Había ocurrido en la iglesia, una mañana, y alguien me había traicionado. Pero de esto prefiero no hablar. Hice a pie el viaje a Estambul, atado a una larga cadena con otros condenados: dálmatas, montenegrinos y valaquijs de Macedonia que hablaban vuestra misma lengua, mi señor. Un turco, propietario de una mina en Chipre, compró todo mi grupo, compuesto por unos veinte hombres, y nos embarcaron una tarde del mes de mayo. Después de cuatro días de navegación, nos atacaron unos piratas berberiscos y nuestro amo turco y todos los de su tripulación perecieron en el abordaje. Los piratas nos hicieron pasar a su barco y hundieron el otro. Durante dos meses, con los pies encadenados, estuve remando en el fondo de la bodega. Hubo otros encuentros y la sangre caía

muchas veces de cubierta, por entre las tablas. Yo, con las manos mojadas de la sangre que nos caía encima, escuchaba los alaridos de terror y los gemidos de los moribundos, pero nada podía ver, y del mar sólo divisaba lo que podía a través del agujero por donde pasaba el remo. En el mes de julio enfermé y ésa fue mi oportunidad.

»Me desembarcaron en Trípoli con otros enfermos; nos dieron a beber *raki*, una gran botella para cada uno, y luego nos vendieron a bajo precio en el mercado de esclavos. Los que nos compraron creían que éramos muy malos esclavos, borrachos sin remedio y nos llevaron a sus casas, donde nos dejaron dos días y dos noches atados a unos postes, sin darnos nada de beber ni de comer. Tres de nosotros no se despertaron de aquel sueño que nos había producido la forzada borrachera de *raki*, pero que ocultaba una grave enfermedad. Era un truco de los piratas para ganar algún dinero con los esclavos que se les habían inutilizado en sus barcos, agotados por el cansancio o gravemente enfermos.

»A mí el *raki* me sentó bien. Había tenido unos cólicos y aquella bebida tan fuerte, o quizá el no comer absolutamente nada, me curó. Me pusieron a trabajar enseguida. Nos utilizaban para abrir pozos en una zona cerca de la ciudad donde esperaban hallar agua, pero allí el suelo es muy traidor, la tierra se desmorona en cuanto la toca uno y, con frecuencia, al llegar a una profundidad de cuatro o cinco pies, se quedaba uno enterrado vivo. A mí me sucedió esto cinco veces, lo juro por la Santísima Virgen, y como está a la vista, me sacaron a tiempo todas las veces. Lo cierto es que seguía respirando, no sé cómo ni por qué, ya que la vida de un esclavo nada vale allá. Hay miles y miles de ellos, hombres y mujeres, en las minas, en las ciudades, en los barcos, en el desierto...

»No dejaba de pensar en mi mujer y en mis hijos y le pedía a Dios que me permitiese morir para librarme así de mis pensamientos y de las pesadillas que torturaban mi sueño. Los que me habían denunciado a los turcos podían hacerles mucho daño a los míos, quitarles la tierra que quedaba, los bueyes e incluso la casa, o quizá acusarlos sabe Dios de qué y hacerlos conducir ante el *aga*, que los habría vendido como esclavos. No puedo comprender cómo no me mataron estos pensamientos. Algo dentro de mí, o Alguien, quizá ese reflejo de Dios que llevamos en nosotros sin saberlo, me anunciaba la proximidad de la liberación y eso me daba energías, por lo menos las suficientes para no hundirme del todo, mientras que mi espíritu, sordo a esa voz, se debatía en la desesperación.

»Así transcurrieron dos años. Un día, a última hora de la tarde, cuando terminaba mi trabajo, se presentó ante nosotros un hombre de nuestra raza, acompañado por un escribano y varios soldados. Estábamos entonces a la orilla del mar, en la ciudad de Trípoli, donde nos empleaban en la carga y descarga de barcos. Íbamos vestidos con andrajos como unos mendigos y yo había adelgazado mucho. Aquel hombre nos habló en italiano. Venía de Venecia y era un fraile mercedario. Había rescatado tres de los esclavos de mi grupo pagando a los infieles cuarenta escudos por cada uno de ellos.

»Según me han contado más tarde, ésa es la labor que hacen continuamente los mercedarios. Recogen dinero mendigando por todas partes, se embarcan para tierra de moros o de turcos, donde saben que hay esclavos cristianos, y los rescatan a peso de oro. Por un personaje importante hay que pagar hasta mil escudos; por ejemplo, un príncipe o un obispo. Los hay aún más importantes, pero a éstos no los dejan marchar los infieles. Por los esclavos que rescató en aquella ocasión, pagó el fraile cuarenta escudos, es decir, ciento veinte, puesto que eran tres. No llevaba más dinero encima. Me arrodillé ante él y le conté lo que me había sucedido.

»Me dijo: “A ti te tocará la próxima vez, amigo mío, pues no me queda más dinero”. Le hablé de mi mujer y de mis hijos, llorando de rabia y de pena. ¿Y saben sus señorías lo que hizo aquel fraile? Pues le dijo algo al escribano, que tomó unos apuntes en un librito que llevaba, y los soldados me quitaron las cadenas que yo llevaba desde hacía dos años en los tobillos y se las pusieron en los pies al monje. Se quedaba sustituyéndome a mí. ¿Han comprendido sus señorías? Se había convertido voluntariamente en un esclavo para que yo pudiera volver con los míos. Dije que había visto muchas cosas, pero esa que estoy contando es muy difícil de creer. El monje me dijo tan sólo: “Sí eres buen cristiano, paga los cuarenta escudos a los Hermanos Mercedarios de Venecia, que me rescatarán con ese dinero. Si no, que Dios se apiade de tu alma. Eres padre de familia y yo estoy solo en el mundo. Tienes que reunirte con los tuyos. Mi oficio consiste precisamente en hacer esto

que hago. Ve en paz”.

»Nos embarcaron al día siguiente con otros esclavos liberados, acompañados por unos mercedarios que habían pagado por su rescate. Les conté lo que me había ocurrido y no se sorprendieron. Su compañero, como ellos mismos, se exponía voluntariamente a sustituir a los esclavos, pagando así el rescate con su cuerpo, cada vez que efectuaban un viaje de éstos. Como decía el fraile: “era su oficio”. Los infieles serían incapaces de gestos semejantes.

»Por eso decía yo que había visto muchas cosas, cosas que quizá agraden a Dios y acaben salvando a la Cristiandad».

Udina Burbur miró al cielo, de donde empezaba a caer una lluvia fina.

—Así que cuando nos encontramos, nobles señores, regresaba yo de un largo viaje. Había pasado un mes en Venecia, en la casa de los mercedarios, para reponerme un poco, pues me había quedado en los huesos. Le prometí al padre prior enviarle lo más pronto posible los cuarenta escudos que debía a la orden y, una noche, atravesé de nuevo la frontera entre el mundo libre y el nuestro. Desde luego, no tengo intención de permanecer en mi pueblo, pues me expondría a la esclavitud o a la muerte. Quiero sólo dar señales de vida, llevarme conmigo a mi familia y todo lo que pueda llevar de mis cosas y refugiarme durante algún tiempo aquí, con mi hermano, entre las montañas. Venderé mis bueyes y, con el dinero que me prometieron sus señorías, espero poder pagar mi deuda y liberar así al fraile que me salvó la vida. ¿Comprenden ahora por qué acepté tan pronto guiarlos hasta Spalato? Es ya hora de marcharnos. Es casi de noche y nos espera una caminata.

Se levantaron todos y los dos viajeros dieron las gracias a Andrés por su hospitalidad. Los pastores se afanaban en torno a la lumbre, en la que cocía, en una gran marmita, la leche de la tarde. Flotaba en el aire húmedo un olor a queso.

Cuando ya iban cabalgando, Radu-Negru se acercó al guía.

—Pagaré en Venecia el dinero que debes a los mercedarios —le dijo.

—Gracias, señor.

Descendían lentamente. Los caballos avanzaban tanteando nerviosos el camino. Radu-Negru no veía absolutamente nada en torno suyo y, si levantaba los ojos, la lluvia le mojaba enseguida los párpados. Caer en manos de los turcos habría significado también para él el fin: la esclavitud, la prisión o la muerte y ningún mercedario habría podido salvarlo. Era de aquellos por los cuales se negaban los infieles a aceptar rescate. Y, ¿para qué vivir una vida semejante? Como los caballos, va uno tanteando a cada paso en medio de tinieblas que jamás terminan y desde el momento en que nacemos nos amenazan incesantes peligros. Si no son los turcos, serán los tártaros; si se escapa a las espadas del enemigo, será el hambre, el fuego, la enfermedad, el agua o el rayo. Un gesto imprudente basta para hundirse. Y ¿por qué se empeñan los hombres en vivir si el dolor que les acecha es infinitamente más denso y más seguro que una felicidad siempre demasiado fugaz y que pocos mortales pueden disfrutar? ¿Cómo lograr ese buen tiempo permanente en la vida de los hombres? ¿A quién robarlo? No humillarse ante sí mismo pidiéndole a la bebida, a los vicios, e incluso al juego de la guerra un olvido transitorio e inútil... Habría que empezar rechazando toda tentación del olvido, afrontar con la mayor lucidez las amenazas para descubrir su origen, esa resquebrajadura que nadie veía aún y por donde se filtraba en la vida el agua impura que sumergía poco a poco a los hombres... Quizá le pudiese ayudar alguien, en una de esas ciudades maravillosas donde nacían frailes que entregaban voluntariamente su libertad para devolvérsela a otros hombres. ¿Acaso no era un signo elocuente ese sacrificio, que representaba quizá una rebelión contra la resignación? Esos frailes no se enfrentaban con el enemigo con las armas en la mano, y era posible que ni siquiera lo odiasen; lo único que hacían era vencer al miedo para que el rostro del miedo se fuera borrando poco a poco por encima de los hombres como una mala luna que así se vería obligada a desaparecer. Aún había esperanza y Radu-Negru estaba seguro de que encontraría otros hombres que pensasen como él, hombres que hubieran llegado a descubrir algo, por lo menos una manera justa o correcta de plantear el problema. ¿Y si había tenido razón su padre? ¿Si nada había que hacer y el único gesto rebelde, la única forma de protesta era tan sólo una blasfemia lanzada cuando no se podía aguantar más, y que no hacía más que aumentar el miedo y el peso de la carga?

Morir nada importaba ante el miedo a la muerte. ¿De qué servía vencer a los turcos, emprender una nueva cruzada, liberar a los pueblos de un yugo destinado a caer por sí solo, si esa liberación no llevaba consigo el fin del miedo?



Se habían parado.

—Podemos esperar aquí a que salga el sol. Estamos en territorio veneciano. Que Dios sea alabado.

La voz del guía obligó a Radu-Negru a tomar nuevamente contacto con el objetivo inmediato de su viaje. Se levantó sobre los estribos, se desperezó y saltó a tierra. Había cesado la lluvia; llegaba del oeste una brisa leve que le llevaba un extraño aroma intenso y acariciador al mismo tiempo y que quizá fuese el olor de la mar.

—¿Sentís el olor de la mar? —le preguntó Della Porta—. Mi infancia y mi juventud se impregnaron de ese perfume. A los turcos no les gusta.

La oscuridad se hacía gris, lechosa, los troncos de los árboles tomaban forma en torno a ellos, cantaban los pájaros en las ramas y un camino fangoso se alargaba ante ellos como una serpiente dormida. Sus trajes mojados despedían vapor con el frío del alba. Temblaban, pero sonreían. Una nube se coloreó levemente por encima del follaje. Era para hacerse la ilusión de que este espectáculo les estaba destinado. Pero sólo empezaba. Cuando el sol se levantó ante ellos y disipó la bruma, Udina les hizo señal de que le siguieran. Avanzaron, llevando a los caballos por las riendas hasta un sitio en que el camino descendía bruscamente y en que el bosque era sustituido por melocotoneros florecidos. Diáfanos y espirituales, como rostros de otro mundo que no hubiese conocido el pecado ni el mal, los árboles parecían resbalar suavemente hacia la mar. Radu-Negru vio una muralla azul que tapaba el horizonte, separada del cielo por una línea recta que apenas señalaba dos matices de azul marino, más intenso en la parte de abajo y más claro por arriba, desapareciendo poco a poco en la luz. Allí estaba por fin la mar, la maravilla que él nunca había visto. En la orilla, incendiadas por el fuego del sol, refulgían las cúpulas, verdes y rojas, y una larga muralla cercaba a la ciudad por completo.

—Es Spalato. Saludo humildemente a vuestras señorías. Sólo tienen que descender por ahí.

Radu-Negru dio a Udina las cuatro monedas de oro y prometió pagar en Venecia la deuda que el campesino había contraído con los mercedarios. Udina volvió a agradecersele y, antes de separarse de ellos, preguntó a Radu-Negru:

—¿Puedo saber quién sois, mi señor?

—Soy Radu-Negru, príncipe de Valaquia.

Udina se arrodilló y le besó la mano.

—Rezaré por vos, mi príncipe.

Y se separaron, cada uno hacia su destino.

Un soldado les dio el alto delante de una torre fortificada que se elevaba entre los melocotoneros, al borde de la carretera; les habló en veneciano y Radu-Negru se dio cuenta, precisamente en ese momento, de que ya estaba al otro lado de uno de sus temores, pero que el otro miedo no lo había abandonado.

—¿De dónde vienen ustedes?

—De «allá» —respondió Della Porta.

—¿Quiénes son ustedes?

—Enemigos de los infieles.

—¿Ah, sí?

Y gritó en dirección a la torre:

—*Giorgio, scendi un momento. Ci sono novità.*

Un cabo de la infantería de marina veneciana bajó y los saludó, desconfiado. El soldado le informó.

—Ah, si? *Nemici dei Turchi* dunque? Da dove venite?

—Dalla Valachia.

—E dove andate?

—A Venezia.

—Este soldado los acompañará, les enseñará el camino —saludó de nuevo y entró en la torre. El soldado empezó a caminar mirando de vez en cuando atrás para asegurarse de que lo seguían. Al llegar ante la puerta de la ciudad, confió los fugitivos a la guardia y se retiró.

—¿Quieren ustedes seguirme?

Por unas callejuelas, llenas ya de ruido y actividad a esa hora, siguieron a su nuevo guía.

La gente se paraba y los miraba con curiosidad.

—Es gente de «allá», mamá —exclamó un niño asomado a una ventana. Las mujeres los contemplaban asombradas, como si acabasen de caer de la luna. Radu-Negru se sentía fastidiado. Nadie le sonreía. Ni una palabra de bienvenida.

—¿Estás seguro de que esto es Spalato? —le preguntó al médico.

—Sí, Alteza. Van a interrogarnos. Son «formalidades de la Aduana», como se dice en mi tierra.

El soldado los condujo a una hermosa casa de piedra gris sobre cuyo portal había un escudo con las armas de Venecia, el grifón de San Marcos, con una pata sobre el libro sagrado. Dejaron sus caballos ante la puerta, atados a las anillas de hierro incrustadas en el muro y subieron la escalera. Todo era de una limpieza impecable. Los escalones brillaban como si fueran de mármol. El soldado les hizo entrar en una habitación en que estaba un oficial que se levantó para saludarlos. Escuchó el informe del soldado sin dejar de mirarlos con una atención concentrada.

—¿Enemigos de los turcos? No es una buena recomendación, *signori*. La Serenísima se halla en estos momentos en excelentes relaciones con la Sublime Puerta. Por favor, sus nombres, lugar de procedencia...

—Su Alteza Radu-Negru, príncipe de Valaquia, y Giacomo Della Porta, médico de la corte de Valaquia.

El oficial no alteró su actitud.

—Me parece que cae usted mal, *dottore*. Un príncipe de Valaquia no puede ser enemigo de los turcos, puesto que Valaquia no tiene príncipe. Bueno, creo que hay uno, según dicen, pero es vasallo y aliado de los turcos; en modo alguno enemigo de ellos. Y usted no es ese príncipe. Le advierto que no debe intentar burlarse de mí. Le puede costar caro. Además, no puedo perder el tiempo.

—Es posible que no sepa usted —dijo Della Porta sin inmutarse— que existe un territorio libre de Valaquia del que Su Alteza es el príncipe legítimo. Ha emprendido este viaje tan peligroso precisamente para presentarse al Dux, en su condición de príncipe cristiano libre.

—Que yo sepa, no hay príncipes cristianos libres en las montañas de donde vienen ustedes. No puedo darles un salvoconducto para Venecia antes de consultar con el gobernador. Este caso me parece muy poco claro. Sus respuestas no me han convencido, *signori*, de modo que los detengo hasta nueva orden. ¿Las espadas?

Un soldado de la guardia se hizo cargo de las espadas y las dejó sobre la mesa del oficial, que contemplaba por la ventana cómo se expandía la mañana primaveral por la ciudad y el mar. Abstraído en esta contemplación, ni siquiera respondió a la despedida de los detenidos. Como un ala acunada lentamente por las olas, una vela blanca cruzó por el marco reluciente de la ventana. El interior y el exterior se comunicaban. Todo era bello y ordenado. Nada imprevisto podía ocurrir. El cielo parecía estar hecho por los hombres.

Luego, tinieblas y frío. Una pesada puerta se había cerrado sobre ellos.

III

Los traidores



Es necesario que el pueblo esté siempre contento. Ésa es la tragedia de los príncipes. Y también la de los pueblos —añadió Della Porta después de un instante de vacilación.

—Venecia es rica, demasiado rica. Miradla, señor. Se ve obligada a realizar la política de la riqueza, lo mismo que practica uno la política de la belleza cuando se es hermoso, o de la miseria, cuando se es pobre. Grande o calamitoso, el destino nos obliga siempre a seguir una determinada política. En el momento en que un Dux clarividente dijese «Declaremos la guerra a los turcos, que son nuestros enemigos y los enemigos de todos los pueblos cristianos; renunciemos por unos años a la riqueza, a nuestro engañoso bienestar, y así podremos destruir el peligro que nos amenaza a todos. Convened a vuestras mujeres para que compren menos seda y menos perfume, porque ese lujo fugaz e inútil tendrán que pagarlo con miseria y hambre». Pues bien, señor, el Dux que dijera eso sería considerado como un tirano o un loco, pues nadie quiere renunciar a nada en nombre de un peligro que se empeñan en no ver y por una desgracia demasiado lejana para que parezca verosímil.

»Pero no os inquietéis, porque ese Dux nunca existirá. Está escrito en la historia de las decadencias. Y si surgiese, no lo soportaríamos, porque desde hace mucho tiempo hemos dejado de ser héroes. Nuestros barcos de guerra reposan en el Arsenal, donde ya los veréis algún día. Son barcos espléndidos y potentes que nunca se harán a la mar para atacar a los turcos, puesto que estamos en buenas relaciones con ellos. Hay tratados que, en el papel, nos ofrecen una perfecta seguridad. Pero, lejos de aquí, los turcos se apoderan cada año de una de nuestras islas, de alguna colonia nuestra, hoy Chipre, mañana Corfú... cada vez más cerca, y nadie se da cuenta. Ni siquiera creen a los que traen malas noticias. Desde luego, hay una minoría que ve las cosas como son, pero no se atreven a hablar por miedo a que los acusen de traición o derrotismo. El lujo y el bienestar son evidentes; están ahí, entre nosotros, y podemos palparlos y gozar de ellos. ¿Cómo creer entonces a los derrotistas, a los pájaros de mal agüero, cuando tenemos esas pruebas de infalibilidad? Y entre nosotros se mueven los agentes pagados por el enemigo y encargados de que este sueño despierto no se interrumpa, para que no sea posible resistencia alguna el día que ellos elijan para el golpe definitivo. Así caerá Venecia por sí misma. Tardará poco o mucho tiempo, pero ese día llegará. No cabe duda de que lo están preparando con gran cuidado. Oiréis hablar de un cierto Paolo Erratino, escritor y filósofo, un libertino, un hombre inteligente y muy culto. Cultiva a los hombres y a las mujeres que le interesan para su fin ilusionándolos con sutiles juegos de prestidigitación. Con esto contribuye a mantener el engaño y a debilitarlos. Le pagan por ese trabajo, pero nadie se atreve a reprochárselo. Su pluma es más hiriente que un puñal y algunos de los nuestros le pagan para que calle, pues una calumnia firmada por él puede acabar con cualquiera tan eficazmente como una bala de cañón, y el enemigo lo paga, por otro lado, para que hable y escriba. Si tratáis de atacarlo, se os reirá en vuestra cara y os considerarán como el último de los imbéciles. Erratino es el símbolo de nuestra cultura, de nuestro progreso espiritual. Solamente los monjes reniegan de él, pero ¿quién toma en serio a los monjes? Ellos mismos se han dejado arrastrar por la corriente y cultivan con más facilidad los vicios que las privaciones. Y si alguno de ellos se resiste, se hace caso omiso de él, como si no existiera. Mi ciudad ha cambiado mucho, desde que faltó de ella.

Bordeaban la Riva degli Schiavoni y se encontraron en la plaza, ante el Palacio de los Dux. A

Radu-Negru le era difícil —ante la perfecta belleza de esta ciudad— creer en las palabras del médico. Sin embargo, tenía que reconocer que los hechos habían confirmado de antemano esa opinión. Los habían detenido en Spalato por haberse declarado enemigos de los turcos.

Pasaron dos semanas encarcelados esperando la decisión del gobernador. Por fin los pusieron en libertad y cuando llegaron a Venecia no pudieron ver al Dux ni a ninguno de los miembros del Consejo de los Diez. No es que les hubieran negado la audiencia, pero les rogaron que tuviesen paciencia y esperasen. Así habían pasado varias semanas en medio de esta belleza que parecía irreal, sutil invitación al olvido, a ese olvido que nos envuelve y debilita. Estos palacios, estas plazas e iglesias que surgían de la laguna, decían a cada momento: «Somos obra de los hombres. El hombre es fuerte. No hay peligro alguno. Si acaso existe el Paraíso, no puede ser más bello que esta ciudad. Lo que de verdad existe lo tienes ahí, delante de tus ojos. Olvida todo lo que se encuentra más allá de estos muros divinos».



A aquella hora del crepúsculo, la plaza de San Marcos hormigueaba de gente. Vestidas de sedas multicolores, con hilos de oro entremezclados en sus cabelleras cobrizas, de color de otoño, erguidas sobre unos tacones que llamaban *calcagnetti*, último grito de la moda y que daban a sus movimientos gracia de palomas, las mujeres eran tan hermosas y elegantes que le inducían a uno a olvidar la magnificencia de los palacios y del crepúsculo con sólo mirarlas. Los sonidos de aquella lengua hecha para mandar a la mar y que había dado a los hombres, con su precisión y finura, la posibilidad de construir un imperio y hablar como conquistadores, se habían adaptado poco a poco a los gestos de las mujeres. Habían tomado la forma de sus bocas y sus caderas, dulcificándose para expresar pequeños deseos carnales, para ligar intrigas sin mañana, hablar de amor y de caricias desconocidas para el resto de los mortales... Era una lengua de interior, una rima a los colores y a las blandas sedas. Era una lengua que ya no servía para el mando y que rehuía el aire libre.

La manía de la época por las cosas de la Antigüedad, había aficionado a los hombres al cuerpo humano, pero la potencia viril cedía al deseo de todo lo suave y lindo. Se empezó admirando el arte y los gestos heroicos de los antiguos y se acabó imitando sus vicios. El amor griego entusiasmaba a aquellos descendientes de guerreros, y las mujeres preferían las enseñanzas de Safo a las de la Naturaleza. Todo era sutil y suave. Nadie quería enterarse de que los turcos se hallaban a un día de marcha de la laguna.

Las risas y las campanas asustaban a las palomas.

El rostro del médico reflejaba una profunda pena. En pocos años su ciudad había elegido el camino de una muerte sin gloria. Della Porta puso a la venta su casa, pues pensaba establecerse en Padua para dedicarse, junto a la universidad donde había estudiado, a investigaciones anatómicas.

—Si me necesitáis, señor, venid a verme, siempre seré vuestro devoto servidor y vuestro amigo. No puedo permanecer en Venecia. Me pone enfermo.

Radu-Negru iba a encontrarse solo. En el fondo, las diatribas de Della Porta lo intranquilizaban como advertencias demasiado sensatas que se resiste uno a tomar en serio. Venecia lo había embriagado. Se proponía, mientras esperaba la audiencia prometida, conocer bien la ciudad, aprender la lengua, que le parecía indispensable para sus futuras gestiones diplomáticas, y entablar relaciones útiles entre los habitantes, la nobleza y los artistas. Se alojaba en un pequeño palacio que el Dux había puesto a su disposición. Allí estaba, «rodeado de espías», según Della Porta, es decir, servido por un personal estilizado y sonriente, atento a todos sus gestos y también a cuanto él decía o hacía: un cocinero artista, un lacayo demasiado fino y truhán, una doncellita demasiado joven y elegante... Lo mimaban para mejor vigilarlo.

Además, acababa de conocer a Verónica.

—Bueno, Della Porta, iré a verte a Padua. Espero que tu marcha no sea inmediata.

—Para fines de mes.

—Veo que tienes prisa.

—Sí, Alteza.

—¿Y el perfume del mar?

—Me da náuseas. Prefería el de vuestro bosque.

Se detuvieron ante San Marcos. Venecia había levantado una especie de barrera entre los dos amigos. El médico detestaba lo que Radu-Negru empezaba a amar, ese sabor de fina podredumbre que brotaba de los canales, de las casas y de los ojos de las mujeres. Era como una flor de cristal a punto de romperse al primer soplo de brisa. Todo era frágil y delicioso, como esta ciudad construida sobre la mar y cuyos podridos cimientos se desharían cualquier día. Se vivía encima de un peligro cuya presencia se había olvidado, pero cuyo recuerdo habitaba en la sangre de los hombres y de las mujeres, impulsándolos hacia el placer antes de que fuese demasiado tarde.

—¡Mirad!

Della Porta le apretó el brazo a Radu-Negru haciéndole volver hacia la derecha. En aquel momento pasaban junto a ellos un hombre y una mujer. El sol hacía brillar los bronce de las cúpulas y la fachada de San Marcos. Una luz dorada, madura como jugo de melocotón, bañaba el lugar y suavizaba los perfiles. El hombre, un noble, llevaba la espada al cinto. Un aire de desafío ensombrecía sus miradas. Con el brazo derecho, rodeaba, en un gesto de protección, los hombros de su compañera. Caminaban al mismo paso, con prisa de llegar a su casa y de encontrarse solos. Radu-Negru miró a la mujer, cuyos cortos cabellos no llegaban a cubrirle la nuca, y se estremeció de asco. Della Porta se detuvo y le tendió al príncipe la mano, que éste estrechó con fuerza.

—Hasta mañana, señor. No pensad más en eso. Como veis, nadie protesta, nadie vomita. Ni siquiera se fijan en ellos. En mi juventud, lo habrían quemado vivo.

Aquella mujer era un hombre.



Al quedarse solo, Radu-Negru apresuró el paso, tomó por la calle que empezaba bajo la torre del reloj y penetró en el corazón de la ciudad. En las estrechas callejuelas era ya casi de noche. El sol poniente se reflejaba aún en lo alto de una torre o de un tejado, mientras que abajo encendían ya las velas de las tabernas y corrían las cortinas sobre interiores profundos y misteriosos. Tomó una calle a la derecha, cruzó un canal por un puente en cuyos escalones se arracimaban los jugadores de dados que gritaban y se reían a la luz de un farol que tenían en el suelo. Atravesó otros puentes y desembocó en la plaza de los santos Giovanni e Paolo.

El pintor lo esperaba, como de costumbre, ante un vaso de vino. Se veían con frecuencia a última hora de la tarde, en aquella taberna frecuentada por artistas y cortesanas de moda. Aloisio tenía su estudio en Murano, donde trabajaba para una fábrica de vidrio dibujando candelabros y siluetas de vasos inspirados en formas de la Antigüedad, pero se había hecho como retratista una reputación en la ciudad y con frecuencia se pasaba los días en su taller nuevo, cerca de la iglesia, en la misma plaza. Poco a poco iba abandonando su arte de pintor vidriero para consagrarse a la verdadera pintura, la que daba gloria y dinero. En aquellos días terminaba el retrato de Verónica Trevisan y allí era donde Radu-Negru la había conocido.

—¿Tiene usted noticias?

—Ninguna, Alteza. Lo que sabemos con seguridad es que no se ha presentado al Dux y que no ha solicitado audiencia en la Cancillería. Lo cual quiere decir, si no me equivoco, que no ha llegado a Venecia y que aquellos pastores presenciaron verdaderamente su muerte...

Desde el primer día, Radu-Negru intentó saber si Dragomiro había llegado a Venecia, pero nadie lo había visto. De manera que aquel jinete del caballo negro, a quien mataron los turcos en el bosque dalmata, era efectivamente él, no había duda alguna. Siguiendo esa pista, Radu-Negru conoció a Aloisio Loredan, hombre de ideas audaces perteneciente al partido antiturco, cuyos miembros no se atrevían a manifestarse abiertamente, pero que formaban una sólida minoría en el Consejo, en la diplomacia y en el ejército. En general, se trataba de espíritus conscientes del peligro, que veían claramente la situación y cuyo objetivo era imponerle al Dux una política claramente

antiotomana y, al mismo tiempo, salvar a la República del desastre moral que la amenazaba. Desde el principio recibieron muy bien al príncipe valaquo y le prometieron su ayuda. Se propusieron lograr que el Dux lo recibiese lo antes posible, pues la presencia de Radu-Negru en Venecia y las noticias que traía eran un buen argumento a favor del partido antiturco. Así, el Dux sería informado directamente de lo que sucedía en un país cristiano ocupado por los infieles y podrían atraerse a su causa a los débiles y vacilantes. Estas relaciones políticas entre el príncipe y el pintor se habían transformado paulatinamente en una verdadera amistad. Tenían la misma edad y la misma ambición de encontrar algo que les permitiese soportar la vida. Detestaban ambos a esos hombres que Aloisio llamaba «los actores», los que aceptaban sin rechistar el papel que les había impuesto el destino y fingían sentirse felices bajo la máscara, representando su papel hasta el final con la cobardía de un Arlequín contento de su disfraz y de las palabras que le obligaban a recitar.

En los retratos de Aloisio Loredan había como un elogio de la rebelión, algo que estremecía a los que entendían su significado y que conmovía incluso a los que sólo veían en su pintura el color y la expresión del rostro. Los ojos de los hombres y las mujeres que pintaba Loredan llevaban el sello de un grave problema que se reflejaba en sus rostros inundándolos con una luz pálida, trágica con frecuencia en las mujeres y sarcástica en los hombres. ¿Por qué estamos ahí, en la vida y en este retrato?, parecían decirle al que los contemplaba. ¿Quién nos ha hecho venir aquí, delante de vosotros? ¿Qué será de mí más allá de esta imagen, en el instante siguiente? ¿A quién dar gracias por mi forma? ¿A quién hacer responsable? Y, en el fondo de los ojos se ocultaba una sombra de terror reflejando la fuerza que los hacía vivir y que estaba rota de antemano, como un cristal amenazado por una grieta nacida a la vez que su forma misma. Alguien le había preguntado un día a Loredan:

—¿Acaso la gente que viene a posar para usted teme algo?

—Sí —respondió el pintor.

—¿A los turcos, quizás?

—No.

Y no había dado explicación alguna, pero, mientras contaba a su nuevo amigo este diálogo, Radu-Negru lo comprendía muy bien, pues también él sentía ese mismo miedo desde siempre y no era tampoco el miedo a los turcos. En aquellas figuras representadas en los lienzos, el temor parecía haber nacido bajo el pincel de Aloisio Loredan. No sólo no sentía miedo de los turcos, sino que le asqueaba tener que combatirlos mientras que otro peligro amenazaba a los hombres, incluidos los turcos.

Verónica llevaba también ese miedo en el fondo de sus ojos, un miedo que su sonrisa nunca lograba ahogar.

—... En alta mar... cortadas las cadenas... mataron a los oficiales, se apoderaron del navío y fueron a parar unos días más tarde a la costa dalmata, cerca de Ragusa. El barco ha vuelto hoy a Venecia, pero la chusma rebelada no ha dejado huellas. Eso sucede de vez en cuando. Siempre ha ocurrido. Pero si esto continúa al ritmo actual, nuestra marina de guerra no podrá moverse ya del Arsenal a falta de remeros. En el pasado, solían amotinarse por la mala comida. Ahora el motivo es muy diferente: los agentes turcos provocan estos levantamientos. Y, sin flota, Venecia no será ya nada. Ni siquiera merecerá la pena declararle ya la guerra. Me han dicho hace poco que el Dux se ha alarmado un poco más que de costumbre y que va a reunir esta noche el Gran Consejo. Como usted sabe, el Dux se ve obligado a tomar actitudes que no representan su propia opinión. Es un juguete en manos de otros intereses superiores a los de la patria: los intereses de la aristocracia y de los grandes comerciantes, que no quieren la guerra porque ésta significa el fin de su prosperidad personal. ¿Para qué reunirse si no se llegará a la declaración de guerra? Mientras que nosotros hacemos todo lo posible por respetar los tratados firmados por los turcos, ellos nos minan por la retaguardia. Nos ayudan a pudrirnos. La gente de la calle murmura: «¡Todo, con tal de que no haya guerra!». Y nada podemos contra este desastre. Mis amigos no se atreven ya a hablar alto, pues los detendrían a todos en una sola noche y los encerrarían en mazmorras como ladrones o asesinos.

»El enemigo de los turcos es el enemigo de Venecia; he ahí lo primero que ha aprendido Vuestra Alteza al pisar nuestro territorio. Muchas veces me pregunto qué esperan para atacarnos, pues

estamos maduros ya para la esclavitud, maduros como higos en agosto. ¡Y sería tan fácil cambiarlo todo! La batalla de Lepanto ha demostrado que los turcos son vulnerables por mar y que una gran alianza de los países cristianos sería fatal para ellos. Y yo pregunto: ¿para qué ha servido Lepanto? Son menos fuertes de lo que pensamos, pero saben aprovecharse de nuestras vacilaciones, de nuestras disputas, de nuestro absurdo deseo de tener la paz a cualquier precio.

El pintor hablaba con rapidez. Radu-Negru lo entendía con dificultad. Había venido confiando en la fuerza de Venecia y de Occidente y se encontraba en una situación sin salida.

Allí nadie quería la guerra, y el Dux menos que los demás. Más valía abandonarlo todo. Marchar a Roma, intentar hablar con el Papa y convencerlo. Pero aquello le pareció de pronto una tarea muy por encima de sus energías. ¿Cómo lograr con unas pobres palabras desviar la dirección de la caída? ¿Cómo conseguir la coalición de fuerzas que por sí mismas tendían hacia la desintegración?

—Me marcharé de Veneciadijo—. Mi presencia aquí es inútil. Los míos no pueden esperar.

—¿Marcharse? ¿Y a dónde? Además, Vuestra Alteza debe pensar que en este momento es para nosotros una oportunidad única. Podrá decirle al Dux lo que nosotros nunca nos atreveríamos a revelarle. Mis amigos, no lo olvidéis, trabajan para Vuestra Alteza. Por lo menos, podrán conseguirle una audiencia. Una vez se haya celebrado, podrá decidir Vuestra Alteza.

—Sí, después decidiré.



No necesitaba esforzarse mucho para convencerle de que debía quedarse. Marcharse era abandonar esta ciudad y todos sus proyectos. También le retenía en Venecia el recuerdo de su padre, pues allí un pecado más nada añadía a la podredumbre ni al castigo. En Venecia se sentía tan culpable como los demás, y una multitud fraternal lo rodeaba día y noche y le impedía el remordimiento. Permanecer en Venecia era olvidar. Allí, María-Domna, Miguel, la anciana que su padre había querido tanto, los soldados, todos aquellos, en fin, que confiaban en su glorioso regreso, lo olvidarían pronto creyendo que los turcos lo habían matado al tratar de penetrar de nuevo en el fabuloso territorio del mundo libre. Pero no perderían la esperanza en absoluto. En cambio, si volvía, ¿cómo contarles su derrota, cómo lograr que aquellos hombres aceptasen la imagen de una Venecia acurrucada entre sus aguas y negándose decididamente a combatir?

Además: aquella lengua que se parecía tanto a la suya, un idioma que podía aprenderse con toda facilidad, le abría un mundo embriagador de insospechada belleza. Cada nueva palabra que aprendía le aclaraba más el ritmo de los palacios, el sentido de los cuadros y de los frescos, le enseñaba una belleza que formaba parte del hombre, pero que los suyos ignoraban. Pronto nuevas palabras le enseñarían otros misterios, y, siguiendo esta pista deslumbrante, se encontraría algún día, por fin, ante la verdad que buscaba desde hacía tanto tiempo. Entonces estaría en condiciones de luchar con armas cuyos familiares destellos presentía ya.

—Creo que ha llegado la hora —dijo Aloisio Loredan dejando el tenedor en el borde del plato donde nada quedaba del montón de *frutta di orare* que el hostelero les había servido. Vacío su vaso y sonrió—. La noche es larga, pero pasará como un instante. Así es la felicidad. La deseamos sin prestar atención alguna al peligro que acarrea: mata al tiempo más pronto que el dolor, que la indiferencia por las cosas, e incluso lo mata antes que el miedo. Buscar la felicidad, es suicidarse poco a poco. ¿Qué piensa de esto Vuestra Alteza?

—He conocido épocas de infortunio tan devastadoras del tiempo como la más sutil felicidad. Por mucho que trate de impedirlo, el tiempo transcurre con excesiva rapidez. Procuro seguir siendo fiel... —y se interrumpió soñador.

—¿Fiel a quién?

—A todo lo que ha pasado ya. Es la única felicidad que escapa al suicidio. Sólo morirá con nosotros. Tu pasado sobrevivirá en esos lienzos que pintas. Tienes buena suerte. Yo, en cambio, nada tengo que oponer a la muerte.

—Vuestra Alteza está triste. Además, es injusto esta noche. Los príncipes nunca mueren. Sobreviven en la memoria de su pueblo.

—Si lo merecen. Hay que cometer muchos crímenes, muchas injusticias, o hacer felices a muchos millares de personas, para merecer el recuerdo imborrable de la posteridad. Yo, en cambio, no he sido ni bueno ni malo. ¿Cómo sobrevivir cuando ha elegido uno alejarse de los suyos?

—Algún día regresará Vuestra Alteza.

—*Chi lo sa?*

Se levantó y Aloisio lo siguió. Tomaron por una calle que iba hasta San Juan Crisóstomo, donde se hallaba la casa de Verónica Trevisan. Había caído la noche, pero las ventanas abiertas sobre la dulzura de la primavera hacían brillar los canales y difundían por la calle una luz de interior, una luz húmeda y tibia. La ciudad entera parecía una sola casa de tan inmóvil y cosquilleante como estaba el aire. Al cruzar el barrio de las cortesanas, unas mujeres les chistaron. Estaban sentadas en el borde de las ventanas, con los pies fuera y los senos desnudos y blancos expuestos a las miradas de los transeúntes. El vicio contra natura estaba tan extendido entre los hombres, que un decreto especial autorizaba a las mujeres públicas a adoptar esta postura provocativa e impúdica por si podían así atraer a los invertidos y llevarlos por el buen camino...

Unos marineros extranjeros se paseaban en grupos hablando muy fuerte y ya borrachos. No había turcos entre ellos, pues una ley prohibía a las cortesanas toda relación con los infieles. Una vieja se acercó a los dos amigos ofreciéndoles un librito cuidadosamente encuadernado.

—Compradlo, señor mío. Aquí encontraréis direcciones muy interesantes. Con los precios correspondientes.

Radu-Negru depositó un escudo en la mano tendida de la vieja, abrió el libro y leyó en alta voz: *Catalogo di tutte le principal piu honorate cortigiane di Venezia.*

Había de todos los precios. *Il numero di queste signore é di 215 e chi vol avere amicitia de tutte bisogna pagar scudi d'oro 1.200.* El precio de una sola, la más cara, era de treinta escudos de oro. *Adrianna Schiavonetta, a Santa Fosca, donna maridada. La Stellina de quindici anni, d'agli occhi assassini.*

Radu-Negru rompió a reír:

—Esto de los «ojos asesinos» no está de acuerdo con el título del librito. Una *honorata* no puede tener ojos asesinos.

—Este libro y otros del mismo género, son obra de Paolo Erratino y de sus discípulos. Venden centenares de ejemplares cada mes y llaman a esto «la poesía de la carne». Ahí encontrará Vuestra Alteza una *Inella dall'aspetto dolce e amoroso*, una *Tullia dalle chiome rubate al sole*. Y algunas desde luego se merecen su precio. Yo he hecho el retrato de la Stellina, cuyos ojos son hermosísimos, pero nada de asesinos. El día en que acabé su retrato me dijo al examinar sus propios ojos en el lienzo: «Me dan ganas de llorar al mirarlos. ¿Qué miedo es ese que me ha puesto usted en los ojos? Venga, lo voy a curar, por lo menos por hoy». Y cumplió su promesa. Las hay muy cultas, que escriben versos o componen música. A mediados del siglo pasado había una cuya fama llegó a Roma y a París. Cuando Enrique III vino a Venecia quiso verla y pasar una noche en su cama y, según parece, fue una noche inolvidable pues mandó hacer un retrato de la cortesana y se lo llevó a París con su equipaje. Se llamaba Verónica —como nuestra amiga— y cantó en un bello poema las proezas amoratorias de su real visitante. Aún recuerdo uno de los versos: *In armi e in pace a mille prove esperto*. De vez en cuando he releído las rimas de aquella mujer y todavía se imprimen nuevas ediciones. Hoy las auténticas *honorate* son inaccesibles para la gente vulgar. Es necesario ser persona importante para tener acceso a sus palacios, y sus nombres no figuran en las «guías» de Erratino. Son tesoros secretos, prohibidos a los mediocres.

Pasaban por una calle estrecha y sombría. Allí terminaba el barrio de las cortesanas. En las encrucijadas peligrosas los gondoleros gritaban en la sombra.

—Entre esas mujeres las hay que venden secretos de Estado a los agentes extranjeros, incluso a los agentes turcos. Pero otras, en cambio, lo hacen por diversión y lo pasan muy bien desenmascarando a los traidores y espías. Todavía se habla en Venecia de Laura Troilo, que pasaba las noches en brazos de Antonio Landi, secretario de Estado, el cual solía citarse en casa de ella con

el emisario del duque de Mantua. Estos dos conversaban en latín. Intrigada, Laura los denunció a la policía. Un esbirro que sabía latín se ocultó una noche detrás de una cortina y pudo oír la conversación. Antonio Landi comunicaba al emisario mantuano el código secreto del Senado. Fue condenado a muerte y Laura recibió una recompensa de diez escudos. El precio de la recompensa fue considerado demasiado bajo por las *honorate*, que desde entonces se dedican a proporcionar informaciones a los infieles, que pagan mucho mejor. Ya ve Vuestra Alteza cómo estimula la Serenísima el tráfico de los secretos, pues cae en el error de valorar en mucho menos de lo que valen los servicios de una cortesana patriota y provoca así el comadreo de las almas débiles.

—¿Y Verónica es de las vuestras? ¿Disfruta de tu confianza?

—Vuestra Alteza no debe preguntarle eso jamás a un veneciano. Hace mucho tiempo que esa palabra no suena ya en mis oídos. Vivimos fuera de toda confianza. Y en cuanto a Verónica concretamente, puedo decir que no es de las nuestras. En realidad, no es de nadie. Se encuentra en el centro, no en el terreno de la indiferencia, pero en el mejor terreno para recibir la consideración y los beneficios de ambos partidos. Nosotros la utilizamos para transmitirle al otro bando falsas informaciones y obtenerlas buenas. El juego de Verónica es sutil y peligroso. No llegará a vieja, salvo si en el momento en que su belleza empieza a desvanecerse, se decide a retirarse al convento. Ésta es una tradición en las mujeres de su clase. Pero por lo pronto, Verónica es una de las instituciones de la Serenísima, sin duda tan importante como el Consejo de los Diez. Pero como acabo de decir, lo único que la salva del puñal y del veneno es su belleza.

La fiesta había comenzado cuando traspasaron el umbral de la casa. Un criado moro les ayudó a librarse de sus espadas. Subieron unas escaleras de mármol rosa iluminado por antorchas, y penetraron en un salón de techos pintados al fresco, que refulgía con los reflejos de las velas encendidas por todas partes, se sentaron en un blando sofá y guardaron silencio.

En medio del salón cantaba Verónica acompañándose ella misma con el arpa. Radu-Negru retuvo algunos versos, pero pronto la belleza de la mujer y el encanto de la melodía que cantaba a media voz le hicieron perder el hilo de las palabras.

*Sento nel cuore
certo dolore
Che la mia pace
turbando va.*

La música sencilla y monótona rebotaba de una tristeza infinita que hablaba, mejor que ninguna otra cosa, de la auténtica vida de la ciudad, la vida oculta de esta ciudad.

El miedo de los personajes pintados por Aloisio Loredan, se había transformado en música y la voz de la joven la transmitía en ese momento a los diez o doce hombres que la escuchaban. Era la única mujer en el salón. En los rostros de los oyentes se notaba la fatiga y las preocupaciones del día, y las facciones de los más jóvenes parecían marchitadas prematuramente. Las luces reflejadas por los espejos rodeados por gruesos marcos de oro, hacían mover sombras en las comisuras de las bocas. Estos hombres habían dejado de representar su papel; se les habían caído las máscaras bajo la magia musical, y durante unos instantes, relajados con el embrujo de la melodía, traslucían sus caras el terror inconfesado y quizá inexpresable que los embargaba a todos ellos.

No les tenían miedo a los turcos. Se trataba de un sentimiento oscuro y misterioso que nacía en los sueños y que crecía poco a poco en el alma de las viejas ciudades a punto de hundirse en el silencio después de siglos de bullicio y de gloria. Estos hombres, cuyos antepasados habían luchado en todos los mares, temían, sin saberlo, una muerte próxima, pero que no los amenazaba directa y personalmente: era quizá la muerte de su ciudad o de otra realidad que Radu-Negru no lograba captar.

La canción de Verónica hablaba de amor, pero su dulce tristeza expresaba un sentimiento mucho más profundo, cuyo nombre, si alguien lo hubiera pronunciado, les habría hecho llorar de desesperación.

La voz se extinguió, y el arpa esbozó un final casi alegre, pero el ritmo del dolor flotó aún

durante unos momentos en el aire tembloroso. El silencio inmovilizó las llamas y fue como si, con el fin de la melodía, naufragase todo en un final definitivo. Entonces, como espantados, aplaudieron todos a la vez, maravillados de encontrarse todavía con sus formas habituales y se levantaron para besarle la mano a la cantante. Radu-Negru se acercó también; Verónica lo retuvo.

—No os vayáis antes del final de la velada. Tengo que daros una buena noticia.

La mujer se inclinó y salió. Unos moritos entraron, ricamente ataviados, portadores de unas copas llenas, en bandejas de plata. Uno de los presentes se sentó en una especie de trono que había en medio del salón. Radu-Negru volvió al sofá junto a Aloisio.

—El que habla en estos momentos —dijo el pintor—, es Giovanni Veniero, un poeta. Será el árbitro de la discusión sobre la mujer perfecta. El invitado al que acaba de designar como primer orador es Messer Giacomo Barbaro, que pertenece a una ilustre familia, uno de cuyos miembros más conocidos fue embajador en Constantinopla.

Giacomo Barbaro era joven. Empleaba muchas palabras que Radu-Negru no conocía, pero de todos modos entendió el sentido de su discurso. El orador elogiaba los cabellos, el adorno más precioso y característico de una mujer hermosa. Citó a Ovidio, Dante, Petrarca y Ariosto, los dioses del Olimpo pagano, y las cabelleras más ilustres de la historia, de las cuales jamás había oído hablar Radu-Negru. Consiguió entender que la mujer perfecta tenía los cabellos rubios y recordó las trenzas de pelo castaño de María-Domna y aquella noche delante del fuego, en el invierno pasado, cuando todo el país temblaba de frío con el viento helado y agonizaba de hambre. Ahora estaba en una ciudad que nunca había conocido el frío ni el hambre, pero cuyos habitantes no eran por cierto más felices que los del bosque. ¿Cuál sería la buena noticia que Verónica le había anunciado?

Otro orador ocupó el puesto del primero.

—Es el médico Vincenzo Rangone —le dijo al oído el pintor.

Era un hombre maduro y llevaba barba. Sostenía que una mujer sin una buena nariz no era una mujer.

—Los egipcios le cortaban la nariz a la mujer adúltera para privarla así del adorno más atractivo de su rostro y hacerla inaccesible a la tentación.

Citó a Homero, Ovidio, Cleopatra y también a Dante y Petrarca, cuyos versos fluían melodiosamente de sus labios. El auditorio aplaudió con entusiasmo aquella apasionada defensa que parecía haberlos convencido a todos cuando un joven se levantó para contradecirle. Según él, solamente los senos y los brazos distinguían a una mujer hermosa de otra fea. Habló de la blancura del mármol, de las nieves, de los pétalos, y citó a su favor a los mismos poetas que los oradores precedentes habían citado. Radu-Negru cerró los ojos. En la palma de su mano palpitaron los senos de María-Domna. Nunca los había visto. Las mujeres del bosque nunca dejaban ver el pecho desnudo. María-Domna y Radu-Negru sólo se habían amado en las tinieblas, pero él sabía que la piel de su amante era lisa y caliente, mientras que aquí la desnudez no era una vergüenza. Había por todas partes estatuas desnudas, incluso en las iglesias.

—Los senos no deben ser demasiado grandes ni demasiado pequeños, sino más bien duros y lascivos...

El orador los comparó con la bóveda celeste, con una copa invertida, con las manzanas, y citó a dos poetas para demostrar que sólo se podía juzgar la perfección de una mujer por los senos y por la forma de los brazos, respecto a los cuales empleó de nuevo la palabra «lascivo».

Después le correspondió el turno a un cierto Sperone Speroni, escritor, que elogió la boca y los dientes. La erudición de éste parecía más amplia que la de los anteriores, pues no sólo habló de las mujeres griegas y romanas, sino también de las francesas, cuya costumbre al saludar a un hombre, aunque se lo acabasen de presentar, era besarle en la boca, costumbre prohibida desde hacía mucho tiempo en Venecia, tanto tiempo que nadie lo recordaba. Y Speroni sostenía, en definitiva, que las francesas habían conservado intacta su castidad y que un beso en la boca, considerado en Venecia como una introducción obligatoria para el amor carnal, no representaba en Francia más que un saludo sin consecuencias. Comparó la boca de la mujer perfecta con el coral, con las cerezas y los rubíes, estableciendo una sutil diferencia entre el beso de una mujer y el de una muchacha, y aludió al «beso sabio» de las mujeres de Bolonia, lo cual provocó la risa de los oyentes, y Radu-Negru no

comprendió a qué se refería. Preguntó con la mirada al pintor.

—Pregúnteselo a Verónica —le dijo Aloisio sonriendo— pues ella se lo explicará mejor que yo.

El orador siguiente dedicaba un culto especial a las piernas y elogió a la Eva que había pintado un pintor alemán llamado Cranach.

—Sus piernas son largas y esbeltas como dos columnas, quizá demasiado finas y delgadas para nuestro gusto, pero son unas piernas puras y paradisiacas que simbolizan la inocencia antes del pecado. Sostienen con gracia las alas plegadas y rubias de una paloma que aún no ha emprendido su vuelo. Las piernas de las mujeres venecianas son, por el contrario, cortas y carnosas, hechas para sostener una paloma negra, cargada de pecados y de dulces promesas. Podemos decirlo todo de una mujer sólo con mirar sus piernas y su manera de andar. Con una ojeada nos basta para saber si esa mujer es voluptuosa o frígida, y el estilo de su andar será seguramente el de su amor. De pie o acostada, son las piernas lo que la descubren y la definen, y basta mirar sus tobillos para saber de antemano si es tonta o violenta, inteligente o apasionada, si os hará felices o si lamentaréis el tiempo pasado con ella. Las piernas de Helena...

Y se sumergió en un largo discurso sobre la guerra de Troya.

El último que tomó la palabra, un hombre maduro, cercano a la vejez, un tal Ippolito Cornaro, empezó sosteniendo que lo único que señalaba la verdadera diferencia entre el hombre y la mujer era la paloma, rubia o morena, de la que había hablado con tanta discreción el orador que siguió a Speroni y que, en cuanto se refiriese al amor y la perfección, no se podía desdeñar lo esencial. La palabra «lascivo» volvió varias veces a sus labios. Recordó a los invitados el higo que Rafael había pintado en los muros de una villa de Roma y comparó la forma y la dulzura de esta fruta con el tema de su discurso.

Radu-Negru escuchaba todo esto asqueado y al mismo tiempo embriagado. Las palabras de Ippolito lo turbaban a pesar de los esfuerzos que hacía para no escucharlo. La gente del bosque nunca hablaba de estas cosas. El amor era para ellos un breve instante de felicidad y olvido, y también un deber colocado entre una batalla y una preocupación. ¡Qué complicada y sutil era la vida en estas ciudades de Occidente, donde largos ocios hacían sensibles a los hombres para estos detalles que en su país perdían toda importancia! Aquí se convertían las piernas en columnas, el sexo en una paloma o en un higo, y los ojos y los dientes en piedras preciosas.

Todo se transformaba en poesía en este lugar donde el tiempo se deslizaba como una leve brisa favorable a las más insospechadas expansiones. Las flores crecían en libertad, y en el bosque el tiempo transcurría, en cambio, como una tempestad. Hombres y mujeres se ocultaban para vivir en el fondo de sí mismos y el amor seguía ese ritmo tormentoso que desfloraba las corolas. Muy raras veces, algún alma herida elevaba al cielo los ojos y lanzaba un grito de desesperación contenido desde hacía mucho tiempo o se preguntaba, como lo hizo María-Domna aquella noche de invierno: «¿Por qué hemos nacido? ¿Por qué hemos nacido aquí?».

Aloisio le dio con el codo.

—Ahora le corresponde hablar a Vuestra Alteza.

Todas las miradas convergieron hacia él. Habló sin dificultad pero se disculpó por el deficiente italiano que empleaba y que no le permitiría expresar exactamente sus ideas.

—Tengo poco que decir, pues el amor en mi país se hace sin comentarios y nunca tenemos tiempo para imaginarnos a la mujer perfecta. Sin embargo, pienso que una mujer es perfecta más allá de sus cabellos, de su boca o de sus piernas. Pues no se pueden separar ni su cuerpo de su alma, ni las diferentes partes de su cuerpo en fragmentos aislados. Creo que será perfecta en cuanto mujer, y entre nosotros solemos decir que la mujer es bella cuando todo es bello en ella, su mirada y sus brazos, su pecho y su cintura... No podría amar una boca, una pierna, o tan sólo la sombra de una paloma. Y si pensara en veneciano, es decir, como hombre sutil y profundo a la vez, como artista enamorado de la belleza de las formas, diría que la mujer perfecta lo es de los pies a la cabeza, entera, presa sin defectos para mis miradas, así como para mi pasión. Del mismo modo, podría sostener que el mundo es bello y perfecto, no aisladamente en una flor, en un árbol o en una montaña, sino en su conjunto, lo mismo que una mujer desnuda, estatua de mármol o de carne, hecha para ser admirada o poseída desde el oro de sus cabellos hasta el mármol fino de sus tobillos.

Seguramente me he expresado mal y os pido perdón por ello, pero eso es cuanto tenía que decir.

Lo aplaudieron con entusiasmo. Giovanni Veniero se levantó para felicitar a Radu-Negru en nombre de todos y para colocarle en la cabeza una corona de falso laurel, cuyas hojas doradas, duras y metálicas, le oprimieron la frente. El príncipe dio las gracias a todos con una inclinación. Aloisio sonreía satisfecho por el éxito obtenido por su joven amigo.

—Yo no podría haber hablado mejor —dijo—. Vuestra Alteza ha expresado mi punto de vista y el de todos los artistas de Venecia. Jamás olvidaré esas palabras.

Los invitados, después de haberle estrechado la mano a Radu-Negru, volvieron a ocupar sus sitios.

—Esta noche nos han reservado una grata sorpresa —dijo el presidente—. El objeto del que cada uno de los oradores ha hecho un sabio y poético elogio, se presentará pronto ante nosotros, exactamente en la forma o en el aspecto en que ha sido alabado por cada uno. Se le concederá la corona de laurel a la parte que consideremos más próxima a la perfección,

Dio unas palmadas; se abrió la puerta y penetró en el salón, como una sombra, una figura extraña, una especie de fantasma cubierto de negro. Le cubría el rostro una careta y su cuerpo desaparecía bajo una amplia túnica de terciopelo. Solamente quedaban visibles los cabellos rubios y abundantes, que contrastaban violenta pero agradablemente con la careta y la túnica negras. La espléndida cabellera, que flotaba en libertad sobre los hombros del atractivo fantasma, era a la vez espesa y aérea, y tomaba cambiantes matices bajo la luz ondulante de las velas. Entre los mechones relucían unos hilos de oro.

Ondulada, fresca, y voluptuosa como un claro de luna, la misteriosa aparición que simbolizaba la fuerza y la dulzura de la mujer y que sugería a la vez sus formas visibles y sus más ocultos secretos, era de una gran belleza. Giacommo Barbaro, el primero que había hablado y que elogió tan elocuentemente los cabellos de la mujer, sonreía satisfecho, seguro de su victoria. Los invitados aplaudieron, conquistados por aquel encanto tan expresivo como discreto. La mujer enmascarada se inclinó profundamente y, con un movimiento de cabeza, impulsó hacia adelante su cabellera, que se esparció por la alfombra como un espejeante abanico de oro. Permaneció inmóvil, en aquella actitud de final de danza mientras los hombres la aplaudían, subyugados por una gracia tan viva que evocaba deliciosos recuerdos en todos ellos y encendía en sus cuerpos el fuego del deseo. La mujer se irguió en un salto de animal joven, seguro de sus movimientos, con lo cual volvieron los cabellos a resbalar sobre la nuca y los hombros, y salió por la puerta por donde había entrado.

Apareció otra silueta en seda azul; una capucha azul le tapaba los cabellos y el rostro. La luz le daba de lleno en el pecho desnudo y en los brazos, que eran de una blancura de nieve recién caída. De mediana estatura, esta mujer andaba con seguridad y nobleza y le temblaban los senos levemente al ritmo ondulante de sus pasos. Era como un mascarón de proa que hendiese el tiempo de la noche y prometiera un interminable y voluptuoso viaje hacia la playa de la felicidad, donde el placer se confundía con el olvido. La mujer se detuvo ante el individuo que había alabado los senos. Cesaron los aplausos y un gran silencio de expectación paralizó a la sala. El joven se había levantado, con los ojos chispeantes. La mujer avanzó aún más. Su pecho casi tocaba el del hombre. Éste intentó abrazarla, único gesto que le inspiró la turbadora presencia.

Ella se zafó de un salto pero volvió enseguida junto a él, provocativa e imperiosa. ¿Qué pretendía? Levantó los brazos, giró sobre sí misma, colocó la mano en la boca del joven y la retiró enseguida para posarla en la blancura de su pecho. El joven comprendió la insinuación, se levantó y besó reverentemente ambos senos, con lo cual rendía homenaje al objeto de su devoción. La mujer se estremeció, dio media vuelta y escapó en el remolino azul de su vestido.

Radu-Negru se enjugó la frente. La tortura continuaba.

Entró otra mujer a la que sólo se le veían las piernas, largas y carnosas, de una blancura rosada, unas piernas que los altos *calcagnetti* de los zapatos tensaban impertinentemente. Todo el resto de su cuerpo iba cubierto con una corta camisa griega, blanca y temblorosa, que sólo dejaba ver las perfectas columnas de las que uno de los invitados había hablado con tanta elocuencia, invocando la guerra de Troya, los poetas y los dioses. Le ocultaba la cabeza una capucha igualmente blanca.

—Esto es lo mejor que nos puede ofrecer Venecia en piernas hermosas —le dijo Aloisio a Radu-

Negru—. Bien vale la pena conservarla en el fondo más discreto de la memoria.

Luego fue el turno de una nariz, una boca y un par de ojos negros y refulgentes que desfilaron con lentitud, deteniéndose delante de cada uno de los jueces para dejarse ver con calma y hacerse admirar como merecían. Por fin, apareció la paloma negra, realzada por el contraste de los velos blancos que la descubrían a cada paso para ocultarla enseguida bajo la muselina invasora y descubrirla de nuevo al momento siguiente. Todo el resto del cuerpo quedaba oculto.

Los hombres sonreían, embrujados y en el límite de la paciencia. Speroni se levantó bruscamente, cogió una copa y la vació de un trago. La mujer lanzó una carcajada que hizo temblar la llama de las velas. Una risa que parecía gobernar al mundo como una fórmula mágica hecha música y que concentraba en ella el secreto de todas las cosas. Giró sobre sus talones y desapareció. Por un instante, se oyó el tintineo nervioso de la copa que Speroni depositaba en la bandeja.

—Creo que ya han dejado de torturarnos —dijo y volvió a sentarse sonriendo azorado.

Verónica Trevisan surgió, completamente desnuda, en el marco oscuro de la puerta. Llevaba una fina cadenita de oro en torno a un tobillo. Unos hilos de oro y unas perlas brillaban en la cabellera suelta que le caía por la espalda. Marcó unos pasos de danza, volvió lentamente al centro del salón y tocó al pasar las cuerdas del arpa, que suspiraron con la caricia de sus dedos sin anillos. Emanaba de ella un perfume suave pero penetrante, como si brotase de una flor recién abierta, mecida por el viento. Quizá tuviera los senos un poco agresivos, sus caderas demasiado arqueadas, la cintura excesivamente estrecha, la parte alta de sus brazos y sus hombros más carnosos de lo conveniente, y quizá resultaran sus piernas un poco cortas y demasiado blancas, y sus labios demasiado sensuales. Sin embargo, era la imagen de la mujer hecha para el amor, ofrecida menos a las miradas que a los demás sentidos reunidos. Nada podía ser más hermoso que este cuerpo completo evocado por Radu-Negru en su apasionada defensa de la unidad de la perfección y que avanzaba desde el fondo de los tiempos para conducir al hombre por caminos que renegaban de la razón, de los principios y de las leyes y de todo lo que el hombre había pensado y establecido cuando estaba libre del influjo de la noche y de la pasión. Parecía una invitación a regresar al momento en que el primer ser humano se había perdido al escuchar este mudo mensaje. También era una invitación para el futuro, para la posibilidad de poseerlo todo, de abrazarlo todo, de comprenderlo y olvidarlo todo en un gesto real de renuncia que simbolizaba la suprema sabiduría. La luz que se desprendía de esta carne podía muy bien estar hecha con la esencia de la noche. La fina cadenita de oro quería decir: «Soy una esclava». El resto de su cuerpo gritaba: «Soy tu dueña».

Se acercó a Radu-Negru, se arrodilló ante él y levantando los brazos, le quitó la corona de falso laurel y se la puso en su cabeza. Los hombres aplaudían histéricos, con toda su fuerza. Las demás mujeres, que conservaban aún sus atavíos y sus caretas, entraron en grupo en el salón y cada una fue a sentarse junto a su caballero. Terminaba la fiesta y empezaba la orgía. Se apagaron las luces. La oscuridad total ahogó los gritos. Luego, poco a poco, empezaron a bailar sobre el techo los reflejos plateados de la laguna.

—Ven, príncipe mío.

Llevándolo de la mano, lo condujo fuera del salón a través de habitaciones en penumbra, hasta una alcoba donde un candelabro iluminaba un amplio lecho cubierto con sábanas rojas. Le obligó a tenderse en la cama, lo cubrió con el peso de su cuerpo desnudo y lo besó en la boca. Con gestos febriles, pero hábiles y precisos, empezó a desvestirlo. Radu-Negru se sumergía lentamente en una noche que disolvía su voluntad como un fuego líquido. Los labios de la mujer abandonaron su boca y fueron descendiendo por su cuello y luego por el pecho. Todo su cuerpo fue presa de esta boca movediza que lo enlazaba. De pronto gritó tratando de desprenderse, pero ya no le quedaba energía sino para esbozar los gestos deseados por la mujer. Se le curvó la espalda y expiró dulcemente bajo la caricia. La cabeza de Verónica se apoyó nuevamente bajo sus mejillas. Radu-Negru abrió los ojos. Las llamas de los candelabros dibujaban unas telarañas a través de los cabellos dorados que le cubrían las miradas de ella.

—Te amo —murmuró Verónica.

La abrazó fuertemente, dueño por fin de aquel cuerpo que lo había dominado hasta entonces. La mujer susurraba a su oído palabras que él no comprendía; luego, la voz fue sustituida por un rabioso

jadeo que señalaba el camino de la caída. Todo el cuerpo, tal como él lo había adivinado y cantado, le daba pruebas de su existencia y de su perfección. Ya no era un juego sino la entrada en la vida, en la verdadera.



Dos días después, fue recibido por el Dux. Ésa era la buena noticia que deseaba anunciarle Verónica la noche de la fiesta. Vibraba la tarde de sol y de palomas cuando Radu-Negru entró en el palacio ducal acompañado por Della Porta. Fueron recibidos enseguida. El Dux, un anciano simpático y con aire de buena persona, le tendió la mano sonriendo y le dio la bienvenida. No hizo alusión alguna a las largas semanas que habían transcurrido ni se disculpó por el retraso que le había impuesto. Tampoco se citó la cárcel de Spalato. Saludó a Della Porta, a quien llamó «mi viejo amigo» y se interesó por la salud y la estancia en Venecia de ambos.

La entrevista se desarrolló sin testigos, en una estancia lujosa pero íntima y confortable, que parecía subrayar el carácter privado de la visita. Radu-Negru le habló de la resistencia en el bosque, de la esperanza de los suyos, de la urgencia de una intervención cuya finalidad sería la liberación de todos los países cristianos subyugados por los turcos... Le relató con todo detalle el encuentro que habían tenido con el ejército turco que avanzaba hacia el norte.

—Es necesaria una nueva cruzada —dijo como conclusión— para salvar, no sólo a mi país, sino a todo el Occidente, que está amenazado por el incesante avance de los infieles.

El Dux lo escuchaba con atención, pero sin mirarlo. Después de unos instantes de meditación, respondió:

—Ya ha pasado el tiempo de las cruzadas, Alteza. Además, como sabéis, las cruzadas no han dado buen resultado. Fueron posibles en el tiempo en que los países cristianos se hallaban unidos por la fe. Ahora, en cambio, nos encontramos más divididos que nunca, y cada uno se defiende como puede, empleando por turno la astucia y la fuerza. Nuestra flota nos protege contra toda sorpresa. Sólo tenéis que echar una ojeada al Arsenal y os daréis plena cuenta de ello. Pero, ¿cómo vamos a intervenir a favor de Valaquia con una flota? Los estrechos están bloqueados por los infieles y vuestro país no posee flota alguna. Además, los turcos han dado prueba de su buena fe firmando con nosotros un tratado que respetan al pie de la letra. Ya no representan un peligro para nosotros. Su potencia de choque está muy disminuida en estos momentos por la inmensidad de sus conquistas. Durante los años próximos, se agotarán en los límites demasiado extendidos de su Imperio. Si cometieran la locura de atacarnos, sabríamos responderles de un modo contundente. ¿Para qué, pues, precipitar o provocar ese ataque? Mientras más tiempo transcurra, más se debilitarán. Sí... el tiempo es el peor enemigo de los turcos.

—Esa debilitación puede durar siglos —replicó Radu-Negru—. Nuestros pueblos perecerán con esa esperanza que Vuestra Alteza Serenísima ha formulado tan bien, pero que no es nuestra esperanza. Y si atacan hoy y no mañana, los divididos pueblos de Occidente serán vencidos y tragados uno a uno, y la agonía del Imperio turco se producirá probablemente cuando todos hayamos muerto, en un tiempo duro en que todo el mundo será turco. Si no es con una cruzada, no hay esperanza para nosotros. Mi padre solía decir que nuestro pueblo está llamado a cumplir una misión y que, en una nueva perspectiva del mundo y de la historia, salvará al género humano. Si esta oportunidad se halla oculta en nuestros bosques, ¿por qué dejar que los turcos la anulen? No se trata sólo de nuestra existencia, de nuestro porvenir, sino del porvenir y de la existencia de todos los pueblos.

—No niego lo que decís, Alteza. Sin duda tenéis razón y vuestro augusto padre, que ha sido uno de los grandes príncipes de la Cristiandad, sabía seguramente lo que decía. Pero ¿cómo transformar vuestros argumentos en una fuerza operante? ¿Cómo declararles la guerra a los turcos? O, sencillamente, ¿cómo nos arreglaremos para ayudarlos a que la hagáis vos? ¡Si, por lo menos, tuviéramos fronteras comunes! Por otra parte, aun suponiendo que yo esté tan decidido como vos a entrar inmediatamente en acción y a asumir toda la responsabilidad y todos los peligros que implicaría

semejante decisión, ¿cómo vamos a convencer a los venecianos para que empuñen las armas? Habéis visto Venecia, Alteza, habéis podido contemplar la felicidad colectiva que os rodea, habéis tocado con vuestras manos el encanto de esta vida conquistada después de siglos de duros esfuerzos. ¿Cómo renunciar a todo esto? ¿Decidme si es posible trasladar a mis venecianos desde la plaza de San Marcos al campo de batalla, desde el lecho de sus amantes a las terribles fosas donde habrían de ser sepultados? Todo lo que se encuentra más allá de Venecia equivale para nosotros a salvajismo y muerte. ¿Quién podría convencer a mis súbditos de lo contrario?

El anciano parecía agotado por aquella conversación que le obligaba a salir de las frases cotidianas y a aventurarse en un terreno que habría preferido no abordar jamás. Se le cerraron los ojos, como si hubiera recibido en ellos, de repente, una luz demasiado viva, y estuvo como adormilado durante unos momentos. Levantó bruscamente la cabeza y prosiguió su discurso en un tono más apagado:

—No os desaniméis, Alteza. He tenido demasiada estimación por vuestro augusto padre y aprecio demasiado el combate de vuestro pueblo contra los infieles para no intentar daros, por lo menos, un poco de esperanza. Os ruego que aceptéis la invitación que os hago para que permanezcáis otro mes con nosotros. Dentro de unas semanas, os podré dar una respuesta definitiva. Tantearé el terreno, para vos, en Roma, en Madrid e incluso en París, en Viena y en Londres. Escribiré a nuestros embajadores. Las cosas cambian rápidamente en política. Bien pudiera ser que vuestro viaje no fuese inútil. Pero hay que tener paciencia.

—Esperaré, Alteza Serenísima. Dispongo de ese mes. Luego, si vuestra respuesta no es favorable, volveré solo y seguiremos combatiendo sin la ayuda de los que deberían apoyarnos. Agradezco a Vuestra Alteza Serenísima su bondad y la hospitalidad, tan generosa, que ha tenido a bien concederme...

El anciano Dux inclinaba la cabeza afirmativamente a cada una de las frases de su interlocutor, cerrando los ojos y volviéndolos a abrir para recobrar el hilo de esta pantomima que parecía destinada a no tener fin. Luego se le inmovilizó la cabeza y los ojos cesaron de abrirse. Le caía un poco de saliva por la comisura izquierda de su boca. Se había dormido en serio. En el profundo silencio que llenaba la sala se oía un tranquilo ronquido. Radu-Negru miró a Della Porta sin decir palabra. El médico le devolvió a su vez una mirada de desengaño.

¡Qué emocionante era combatir por causas perdidas! Él había hecho todo lo humanamente posible. Nadie podía haber defendido una causa con más entusiasmo. Ningún remordimiento turbaba su alma. ¿Para qué regresar al cabo de ese mes prometido por el Dux, si Miguel estaba dispuesto a proseguir la lucha y lo haría mejor que él? El destino lo había preparado todo sin contar para nada con su voluntad. Verónica había aparecido en su vida y lo estaba cambiando todo en el interior de él. La memoria cedía ante la noche profunda y tranquila que le esperaba. Le parecían inútiles los recuerdos. Sí, todo aquel mundo recordado, agonizaba ya en él y nada en el mundo —ni siquiera un imperio o una victoria— valía lo que el cuerpo de una mujer capaz de iniciarnos en la suprema sabiduría: la del olvido.

Una campana dio la hora en la torre. El Dux se sobresaltó. Lanzó un ronquido final y sus ojos pesados guiñaron, se abrieron, hizo un gran esfuerzo para reconocer a los dos hombres que se hallaban ante él y para poner en orden sus recuerdos más recientes. Por fin dijo:

—Tened paciencia y todo se arreglará. Venecia es joven y fuerte; y hemos desterrado a la desesperación.

Se rió, satisfecho de sí mismo y de los suyos. Radu-Negru recordó el miedo que Aloisio Loredan sabía pintar en el fondo de los ojos de sus modelos. Ese miedo vivía en este momento en la mirada cansadísima del Dux, una mirada más fuerte y elocuente que su sonrisa. Habría querido hablarle de ella pero se abstuvo, pues todo quedaba dicho entre ellos y nada podría haber cambiado su destino.

Se levantaron los dos visitantes. Un secretario entró en la estancia. Había terminado la audiencia.

El secretario los acompañó hasta la salida, donde entregó a Radu-Negru un salvoconducto que le daba entrada libre en el Arsenal. Todo había estado bien calculado y decidido de antemano. Parecía tener el camino libre y claro ante él. Al salir a la plaza, respiró con satisfacción el aire aromático del mar que las palomas parecían sopesar con sus alas. Della Porta lo miró sorprendido.



El monje gritaba cada vez más fuerte. Con sus mangas, que batían el aire en torno a su cabeza como pájaros de mal agüero, subrayaba sus párrafos desordenados que espantaban a los fieles. La iglesia estaba casi vacía; unas mujeres arrodilladas rezaban delante de los altares laterales, sin hacer el menor caso de aquella voz viril y profunda que despertaba sombríos ecos bajo las bóvedas. Todo era malo en este mundo, en el cual había establecido su reino Satán. Los príncipes y los humildes despreciaban las enseñanzas de Cristo, y el fin del mundo estaba muy cerca. El cielo se oscurecería a fines de aquel mismo mes, unos planetas portadores de las más horribles enfermedades se estrellarían contra la tierra, el sol se pondría negro como la peste, los bosques se incendiarían bajo una lluvia de meteoros ígneos, los mares se secarían con los vientos de fuego enviados por el alma de los desiertos, y la especie humana perecería sin dejar rastro en los caminos del universo. El Infierno se preparaba a recibir a la humanidad y pocos mortales irían al Paraíso, pues el mal se había apoderado de todas las almas como una incurable gangrena. Lo que aún podía calmar la ira de Dios era la penitencia. «¡Abandonad vuestras casas, desprendeos de vuestros bienes, concentraos alrededor de los conventos y rezad, rezad mucho! ¡Sólo se salvarán los que aún se acuerdan del camino de la plegaria! Porque todos los demás caminos os conducirán al Infierno».

Unos chicos apenas podían contener la risa y se daban con el codo. Entraban y salían mujeres como si aquello fuera la plaza pública. Era evidente que los profetas de la desgracia no tenían éxito en Venecia. Y tampoco Radu-Negru creía en las palabras del predicador. Sabía que el fin del mundo no estaba próximo y que este mundo no había alcanzado aún los límites del sufrimiento y de la abyección. Siempre era posible el fin del mundo para los que vivían fuera del mundo civilizado, en las fronteras de la desesperación, en los Cárpatos, en los Balcanes y dondequiera que los turcos hacían sentir a los pequeños pueblos el sabor anticipado de un juicio final parcial y tenebroso. Pero, la ilusión duraría para todos los demás hasta el fin de los tiempos, ya que las oportunidades del pecado eran tan inagotables como la vida misma. Si Venecia caía en poder de los turcos, o si cualquier día se la tragaba el mar, otras Venecias ocuparían su lugar para que el pecado pudiese madurar en paz y corromper hasta la médula el cuerpo de los mortales. Sólo cuando la podredumbre hubiese llegado al punto máximo sonaría la campana final sobre la tierra y entonces habría terminado todo sin prórroga posible.

Radu-Negru no sabía ya si estos pensamientos nacían en él mismo o si se los había inspirado el monje predicador, pues aquel anciano, rodeado por el nimbo movedizo y monstruoso de sus mangas, se contradecía a cada instante. Era tan variable, tan sorprendente e ilógico como la propia verdad, la cual es polifacética, o parece múltiple y absurda a nuestra mentalidad razonadora. El príncipe se vio durante unos instantes a sí mismo con las facciones del fraile, predicando una verdad que nadie comprendía bajo aquellas bóvedas indiferentes y anunciando un fin del mundo que a nadie asustaba porque nadie creía en él.

Esta identificación le molestó y dejó de mirar al fraile, procurando pensar en otra cosa. Pero le bastaba oír aquella voz para que el parecido fuese perfecto. Moviò la cabeza, se tapó los oídos y trató de evocar imágenes de su pasado, pero todos estos decorados inventados o vividos se le llenaban enseguida con los mesiánicos gestos del fraile que era él mismo y que invocaba una justicia de la cual nadie quería saber nada.

La furia del predicador continuaba tronando en la iglesia vacía cuando las campanadas de un reloj le recordaron a Radu-Negru la hora. Salió rápido, mareado de tanta amenaza y tanto reproche. Aquella tarde de primavera era asfixiante; el aire parecía una piedra transparente cuya dureza impedía volar a las palomas. Se dirigió hacia el embarcadero donde le esperaba ya la góndola de Verónica. La blancura del Palacio de los Dux le hirió los ojos. Al apartar con la mano la cortina roja, descubrió un rostro pálido y radiante, bañado por la gracia de la sonrisa. Se hundió en los cojines junto a ella, agotado por el calor sofocante. La mano fría de la mujer le enjugaba su frente sudorosa. La góndola se deslizaba con pequeñas sacudidas por una mar inmóvil y dejaba tras ella

una ondulación espejeante.

—Si te marchas algún día, me llevarás contigo.

—No me marcharé —dijo Radu-Negru.

—Sí, sí; te irás.

Abrió los ojos, impresionado por la firmeza de sus palabras. Verónica estaba más bella que nunca. Una curiosa tristeza cubría sus ojos de sombra y deseo. ¿Cómo saber exactamente lo que sucedía detrás de esa mirada que sabía expresar tan admirablemente el amor? ¿Era una costumbre o acaso una expresión sincera inspirada por un auténtico amor, el amor que Verónica sentía por él? No había manera de responder a estas preguntas; así, ¿para qué hacérselas? Estaba ya decidido: no se marcharía de Venecia. Allí estaba su sitio, en el corazón del pecado, el lugar que desde hacía mucho tiempo le tenía preparado la blasfemia del Viejo.

—Te irás —repetía Verónica, y sus labios le impidieron mentir o decir la verdad.

Llegaron a Torcello a última hora de la tarde, bajo un cielo de plomo fundido.

—*Signora* —dijo el gondolero—, tendremos una tormenta antes de la noche.

—No tardaremos.

Las calles parecían desiertas. Cruzaron la plaza donde las dos iglesias, la catedral y Santa Fosca, estaban juntas desde hacía varios siglos. Caminaron a lo largo de una huerta donde un viejo regaba unas lechugas y unas matas de hinojo, entraron por una callejuela entre casas bajas verdeantes de humedad y de moho y se detuvieron ante una puerta de madera en la que llamó Verónica con un martillo de hierro que estaba atado en ella. El propio mago salió a abrirles y les sonrió bajo su barba gris y enmarañada. Sus ojillos vivaces examinaron a Radu-Negru con un respeto mezclado con ironía. Subieron los escalones de piedra de una escalera de caracol que les condujo a una habitación de techo bajo y abovedado cuya única ventana daba a la laguna. Un intenso olor a gato y azufre hacía irrespirable el aire.

—Venís de Oriente, Alteza —dijo el mago—, y allí ha nacido toda sabiduría. Dadme vuestra mano izquierda. ¿Lo veis? Habéis nacido bajo el signo del Sol, pero Venus y Marte han presidido también vuestro nacimiento. Veo que vuestra vida será bastante larga, pero acabará con muerte violenta —vaciló unos instantes, teatralmente turbado—. Una vida larga, sí, y una muerte de héroe. Antes de morir conoceréis el amor y la verdad, lo que es dado a pocos mortales. Tenéis una mano inteligente y dura, una mano de príncipe. Además, mirad la estrella que está en el Monte Júpiter. Una estrella que cumplirá su promesa de gloria y quizás os salve de la muerte violenta si sabéis cambiar de camino en el momento preciso elegido por el destino. Pensad bien en lo que acabo de deciros: abandonad a Marte, Alteza, y dejaos guiar por lo que Venus y Mercurio os han dado de sabiduría y prudencia. El mundo se dirige hacia un largo período de paz; los signos de las estrellas no pueden engañarnos sobre esto. Olvidad, pues, las enseñanzas de Marte y preparaos para una larga vida de felicidad. Desconfiad de los regresos, de volver a lo de antes; esos retrocesos son peligrosos para hombres como vos, Alteza.

—¿Qué quiere decir eso de «los hombres como yo»?

—Me refiero a los fanáticos tranquilos y silenciosos. ¿Conocéis ese verso de Maquiavelo que dice: *Io ardo e l'arsion non par di fuori*? Me quemo y la llama no se ve por fuera. Vuestras dudas sólo son apariencias, pues en el fondo de vuestra conciencia perseguís una finalidad inscrita desde vuestro nacimiento en el fondo de vuestra conciencia, un objetivo que no veis siempre con claridad, pero que os domina por completo. Sois el oculto dueño de vuestro destino. Si elegís la meditación y desecháis la acción, evitaréis la muerte violenta y la desgracia de vuestros prójimos. Además, nunca debéis despreciar el consejo de las mujeres. El amor es vuestro gran aliado. Domina vuestra vida.

Verónica le sonreía, pero, al verse colocado bruscamente ante su destino, Radu-Negru pensaba en María-Domna. El mago le enseñaba pocas cosas que él no supiera, 'pero le ponía de nuevo en plena encrucijada. ¿Qué debía elegir? ¿La meditación y la muerte en su lecho, o la violencia, es decir, una peligrosa vuelta atrás? Nada nuevo había aprendido, pero la entrevista estaba tan sólo empezando. En el fondo, lo que había venido a buscar allí era otra cosa.

—Perteneceis a un espacio muy selecto —prosiguió el viejo— donde ha nacido la verdadera sabiduría y donde continúa la luz a pesar de las tinieblas con que Roma ha envuelto al mundo. El

bien y el mal siguen aún combatiendo en el cielo y en la tierra, no lo olvidéis, Alteza. La doctrina de Mani ha brillado con un nuevo fulgor cerca de la tierra donde habéis nacido y desde allí se ha extendido de nuevo hacia Occidente. Los cátaros han sido vuestros vecinos y Roma los ha quemado vivos. Pero, bajo una forma u otra, siguen luchando contra Roma. Vuestro lugar, Alteza, está junto a ellos. Los turcos dejan vivir en paz lo que Roma ha condenado a la hoguera.

Su voz tembló bajo la mirada inquieta de Radu-Negru.

—No estáis aquí para escuchar a un profeta. Sólo soy un pobre viejo dedicado a la pesquisa de la verdad. Me llamo Fiorentino di Concoresso. ¿No os dice algo este nombre? ¿No? Más tarde os lo aclararé, cuando mis palabras hayan germinado en vos. ¿Estáis de acuerdo con lo que os he dicho hace poco?

—No. No me gustan esos cátaros; prefiero el honrado tajo de mi violencia.

—No juguéis con las estrellas, Alteza.

—A mí las estrellas me traen sin cuidado. Están demasiado lejos de nosotros. Un buen día, cuando se haya perfeccionado la enseñanza que lleva al mundo hacia la luz, esas estrellas se convertirán en campos de trigo al servicio de los mortales. El hombre será entonces el dueño de todo lo que le rodea y las estrellas acabarán obedeciéndole. Será el hombre quien decidirá del destino de ellas. ¿No crees en Dios, maestro Fiorentino?

—¿A cuál de los dioses os referís, Alteza, al del bien, o al del mal?

—Sólo hay un Dios.

El anciano se levantó sin responder. Se dirigió al rincón más oscuro de la estancia. Brotó una gran llamarada que barrió en un instante las tinieblas. Verónica lanzó un grito de terror. Lo que había surgido tan inesperadamente en aquel rincón era un horno de alquimista. Por todas partes brillaron probetas, retortas, alambiques...

—Acercaos —dijo el mago.

Verónica y Radu-Negru se levantaron y se colocaron junto al fuego. En una pequeña marmita negra hervía plomo fundido.

—No respiréis estos vapores; son venenosos. Mirad. La materia opaca y mala se transforma en líquida y luego en luz, en luz sana como la del sol. ¡Mirad con atención!

Fiorentino de Concoresso vertió el plomo en un recipiente y, poco a poco, a medida que desaparecía la masa venenosa brillaban en el fondo de la marmita unas escamas doradas. Luego quedó sólo el oro, macizo y tiránico, que atrajo sus miradas con su peligrosa luminosidad humana.

—¿Veis? Esto es lo mismo que sucede en el fondo de nosotros, los seres humanos, si sabemos dejarnos moldear y fundir por la llama. El cuerpo humano es de plomo. Está sometido al dios Ahrimán. Si lo ponéis a arder al fuego del espíritu, Ormuzd se nos aparecerá. El oro es el símbolo del bien eterno que todos nosotros ocultamos en nuestro interior.

—¿Transformas con frecuencia el plomo en oro?

—Siempre que lo deseo.

—Entonces, podrás convertirte en el dueño absoluto de este mundo.

—Eso no me interesa, Alteza.

—Entonces, ¿qué te interesa, maestro Fiorentino?

—La vida eterna.

—A eso estamos llamados todos de un modo o de otro.

—Sí, pero os referís al otro mundo. Yo estoy hablando de la vida eterna aquí abajo. ¿Qué edad me calculáis?

—Pues yo diría unos sesenta años.

Fiorentino de Concoresso sonrió con superioridad.

—He cumplido doscientos quince años el día doce del mes pasado.

Radu-Negru lo miró entre sorprendido y espantado.

—¿Acaso has descubierto el secreto?

—No, no lo he descubierto yo: lo he aprendido.

—¿Y te lo guardas para ti solo?

—No. Estaría dispuesto a transmitirlo.

—¿En qué condiciones?

—Ya hablaremos de eso en otra ocasión. Nos sobra tiempo, Alteza.

—Se acerca la tormenta —dijo Verónica—. Debemos volver enseguida a Venecia.

Fiorentino ni siquiera la miró.

Se alejó de ellos, encendió el fuego bajo una retorta que inmediatamente empezó a hervir ruidosamente. Por la habitación se extendieron unos vapores rosas que olían bien. El mago cerró la ventana. La estancia sólo quedaba iluminada por las dos llamas, la que ardía en el horno y la que danzaba, minúscula, bajo la retorta hirviente. Fiorentino vertió en ella el contenido de dos pequeños frascos, uno verde y otro blanco. La retorta se calmó, pero no tardó en comenzar de nuevo a hervir. Ya no había buen olor. Por fin apartó del fuego la retorta y echó su contenido con movimientos precisos en un largo vaso de Murano, de colores cambiantes, y lo puso a enfriar en un baño de agua fría. Los vahos desaparecieron poco a poco, pero toda la habitación quedó impregnada de ellos. Radu-Negru tenía ganas de sonreír. ¿Era eso lo que había venido a buscar? ¿El filtro de la vida inacabable? Y si lo bebía y el filtro era verdaderamente eficaz, ¿qué muerte violenta podía amenazarlo? Era evidente que la predicción del mago y su bebida milagrosa se contradecían. La verdad era que aquel viejo...

—Bebed, Alteza —dijo Fiorentino tendiéndole el vaso—. Éste es sólo el primero, el de la iniciación. Vendréis todos los viernes y, durante tres meses seguidos beberéis este filtro. Os hará inmortal.

—Me contento con tus dos siglos, maestro. ¿Cuál es el precio?

—Algún día os lo diré.

—Puedo esperar mucho tiempo, muchísimo tiempo, para comprobar los efectos de tu filtro mágico.

—Yo también puedo esperar, Alteza.

Radu-Negru aproximó lentamente a sus labios el vaso aún caliente. Furiosa, Verónica le dio un golpe en la mano. Una parte del líquido le salpicó el jubón mientras que el vaso se rompía en mil pedazos en las losas de piedra.

—¿Qué has hecho, desgraciada? —gritó el mago, que se había puesto intensamente pálido. No se movió, pero le brillaron los ojos, que de repente se le habían llenado de odio y amenaza.

—¡Quítate pronto el jubón!

Verónica le ayudó a quitárselo. Habían aparecido en el tejido unas manchas verdes que aumentaban sin cesar. Toda la parte manchada, devorada por la violencia del veneno, se disolvía rápidamente y de ella se desprendía un olor a cáñamo podrido y a desconocidos ácidos.

El mago Fiorentino se lanzó hacia la puerta y la abrió gritando:

—*Salite, ragazzi!*

Sonaron unos pasos en la escalera e irrumpieron tres hombres armados.

—¡No lo matéis! Lo necesitamos vivo. Nos lo pagarán a precio de oro.

Radu-Negru desenvainó su espada. Con frecuencia se había encontrado ante enemigos más peligrosos que estos pocos mercenarios de barrio. La espada del que lo había atacado primero voló como un relámpago y cayó al otro extremo de la habitación después de destrozarse toda una fila de retortas. Con asco, el príncipe hundió su arma en el vientre de su adversario, que se cayó al suelo dando alaridos. Los otros dos se precipitaron contra el príncipe de un solo impulso. El más pequeño y más rápido saltó por encima de una mesa y se encontró detrás de él. Radu-Negru se vio cogido entre dos espadas. Verónica gritó. Y también gritó el mago, pero éste para dar órdenes. Quería dirigir aquel combate aunque no participase directamente en él, como un general vencido que toma su revancha. Levantando su brazo derecho, *messer* Fiorentino dio la señal.

—Uno, dos, tres. ¡Ahora!

Dando un salto rápido hacia atrás, después de haber fingido esa inmovilidad que inspira la sorpresa y el miedo, Radu-Negru evitó por los pelos las dos espadas que iban a atravesarle a la vez el pecho y la espalda y que se hundieron mutuamente en el pecho de cada uno de los atacantes. Los dos espadachines cayeron llevados, los dos, por el mismo impulso que les había lanzado en contra del príncipe extranjero. Podrían haber sido considerados como víctimas, no de la política, sino de la

magia negra.

Con su espada levantada, Radu-Negru se acercó al mago. Fiorentino de Concoresso había perdido la voz. Miraba, como hipnotizado, los cambiantes reflejos del fuego sobre la hoja destelleante de la espada. Unas gruesas gotas de sudor perlaban su frente, una amplia frente maligna que hacía pensar en un gran escudo inútil. El príncipe esbozó el gesto del verdugo, pero sin llegar a tocar el cuello de la víctima, que se cayó al suelo fulminado por la amenaza.

—Ven rápido —dijo Verónica—. Tenemos que regresar a Venecia enseguida a cualquier precio. Por aquí no estamos seguros. Perdóname, porque me he portado como una tonta. Habría debido figurarme lo que iba a pasar.

Tomaron por la primera calle que se abría ante ellos y huyeron a todo correr con la esperanza de encontrar lo más pronto posible al gondolero. Llegaron pronto a un embarcadero que no era aquel en que les esperaba su góndola y saltaron a la primera barca que vieron. Radu-Negru cogió los remos y se alejaron en la noche. No tardó en empezar a llover. Las ráfagas de lluvia abofetearon sus rostros. El viento se había calmado repentinamente. No sabían dónde estaban ni tenían probabilidad alguna de orientarse. Radu-Negru levantó los ojos al cielo y gritó:

—¡Lluvia, te odio! ¡Viento, te odio! ¡Cielo...!

La mujer se arrojó sobre él rodeándole las rodillas con sus brazos mojados.

—¡No blasfemes! ¡No blasfemes! La lluvia es buena, el viento es misericordioso. Ten cuidado con lo que dices. Tiritaba de frío y de miedo, pero no soltaba a Radu-Negru.

—¡Lluvia, te odio! —volvió a gritar el príncipe con todas sus fuerzas—. ¡Viento, te odio! Nada podéis contra mí, pues no existo para vosotros. Soy menos fuerte que vosotros, pero os desprecio. ¡Maldigo vuestra indiferencia, así como la de las estrellas, esas putas! ¡Y todo lo que existe y me hace daño sin darse cuenta!

La mujer lloraba abrazando sus rodillas, pero no hablaba. Radu-Negru soltó los remos y cogió a Verónica para darle calor. Las corrientes empujaban a la barca mar adentro. Buscó su boca y la besó. Luego la extendió en el fondo de la barca, en una charca de agua que hedía a pescado y alquitrán y la poseyó con un placer que nunca había sentido. Estaba caliente y movediza, y el calor de sus entrañas prendió en él como una llamarada. El beso de Verónica era interminable e impregnado de lágrimas y gemidos. La lluvia caía en la espalda de Radu-Negru, pero él la rechazaba con ese gesto insolente y humano del amor que los separaba de la tempestad.

La barca no se movía, como anclada a una estrella. Había tocado un fondo de arena, seguramente la orilla. El viento ululaba por encima de las olas y de nuevo había cesado la lluvia primaveral. Unas estrellas titilaban por entre las nubes negras y unas luces perforaban la noche directamente ante ellos.

—¿Dónde estamos?

—No sé. Sólo sé que querría morirme. Me das miedo, pero ningún hombre me ha hecho tan feliz.

—Entonces, ¿para qué morir? Busquemos un refugio. La noche es larga.

Saltaron al agua, que les llegaba hasta los muslos y se dirigieron hacia las luces. La espuma blanca que les envolvía las piernas les anunciaba que habían llegado a una playa, quizá la de una isla o tierra firme, al norte de Venecia. Todo estaba húmedo, frío y solitario, excepto sus cuerpos. Enlazó a Verónica por la cintura y, después de dar algunos pasos por la arena, llamó a una ventana, que se abrió enseguida. Apareció una cabeza de mujer en el marco.

—¿Quién está ahí? ¿Eres tú, Antonio?

—No es Antonio, somos nosotros —respondió Verónica como si ese «nosotros» pudiera servir de recomendación—. ¿Dónde estamos, buena mujer?

—Dios mío, están ustedes calados; entren, entren. Antonio no tardará ya. Entren para secarse al fuego. Están ustedes cerca de Treporti, si es que este nombre les dice algo. Pero no está tan cerca para ir de noche.

Desapareció de la ventana para abrirles la puerta.

—*Dio mio, signora. Lei è tutta bagnata.*

Llenaba la habitación un olor a sopa de pescado. Ardía el fuego en el atrio de la chimenea bajo

una cacerola. Aquel idioma tan dulce y humano, el apetitoso aroma tan lleno de promesas, la lumbre cordial, la mujer que los había acogido sin preguntarles quiénes eran, todo ello los reconciliaba con el mundo. Para Radu-Negru, era como si no hubiera salido de su país; sentíase libre y feliz y prolongaba una dicha nunca interrumpida. Miró a Verónica y rompió a reír. Verónica lo miró a su vez asustada, temiendo una nueva crisis, pero al instante comprendió su alegría y rió también. Unas lágrimas resbalaban por las mejillas de los dos. La trampa de la farsa «mágica», las estupideces metafísicas de *messer* Fiorentino, la pelea y la huida, todo esto parecía de pronto ridículo ante este fuego de hogar y aquel olor que le devolvían al mundo su verdadero rostro de paz, de razonable continuidad. Abrazó a Verónica y la besó. Se había abierto la puerta detrás de ellos, pero no se movieron. Alguien, sin hablar, había entrado. Radu-Negru oyó la voz de la mujer que se dirigía al recién llegado:

—*Guarda, Antonio, degli sposini. Guarda come si vogliono bene. Dio mio, Dio mio.* —Y después de unos instantes, añadió—: *Guarda e apprendi, stupido.*



Era evidente que alguien quería acabar con él. Nadie le pidió cuentas por la muerte de los tres mercenarios. Quizá ni siquiera hubiesen muerto. ¿Los habría curado o resucitado el mago con sus filtros? De todos modos, alguien sabía lo sucedido en Torcello y esperaba otra ocasión para tenderle una emboscada.

Aloisio lo creía también así.

—¿El partido de los turcos?

—Sin duda, Alteza. Con toda seguridad se han enterado de vuestra entrevista con el Dux. Quieren impedirlos que regreséis a Valaquia.

—¿Y no saben que no me apetece volver?

El pintor sonrió sin responder. El oficial ojeó el salvoconducto y los hizo pasar. El Arsenal, como un extenso valle inesperado que de pronto contemplamos desde lo alto de una colina, desplegaba ante ellos sus misterios. Centenares de barcos de guerra con las velas plegadas, inmóviles en el agua tranquila, parecían dormir al resguardo de las altas murallas que rodeaban este golfo artificial. Era como una inmensa fortaleza, la obra más audaz y deslumbrante que había creado hasta entonces el ingenio bélico. Y al mismo tiempo era un espectáculo bello y grandioso del que se desprendía una impresión de fuerza y de elegancia mezcladas. Aquel conjunto armado parecía una viva respuesta a las antiguas palabras: *Si vis pacem para bellum*. ¿Cómo temer a nadie disponiendo de semejante flota con treinta mil marineros bien entrenados y vigilantes, dispuestos a entrar en combate a la primera señal de alarma? Allí estaba Venecia, luciendo su talento y su valor, aquella Venecia que había sabido dominar los mares, conquistar las orillas del mundo conocido y acumular una riqueza que esta flota vigilaba con su sola presencia gigantesca y amenazadora. Siguiendo el camino a lo largo del Arsenal por la cresta de las murallas del recinto, llegaron encima de los talleres donde millares de obreros construían nuevos barcos.

—Aquél —dijo el oficial que los acompañaba, señalando la silueta inacabada de un buque de tres palos— es un encargo del rey de Inglaterra. El otro barco, un poco más allá, está destinado a la flota del sultán. Y ese de ahí, a la flota papal.

La marina veneciana habría bastado para hundir a todas las escuadras del mundo, abatir a los turcos, atravesar los estrechos y penetrar en el Mar Negro para liberar a los pueblos cristianos y asegurarles para siempre la paz y la libertad. Si el Dux hubiese querido, habría impuesto su política a Europa y a los demás continentes; habría podido, por lo menos, devolver la independencia a los países subyugados aniquilando a los infieles y obligándoles a volver al fondo de Asia donde había nacido toda sabiduría, como decía el mago Fiorentino, uno de los peones turcos en Venecia. Pero el Dux no se movía. La flota reposaba, inútil, al abrigo de las murallas que la protegían contra todas las sorpresas y la aislaban del mundo. Allí estaba aquella fuerza formidable como un tesoro escondido e inútil. Subían hasta ellos los ruidos de los martillos de docenas de fraguas cuyos humos

ascendían en finas columnas onduladas en el cielo impasible. ¿A qué se debía aquella calma? ¿A qué obedecía esta peligrosa prudencia que estimulaba a la injusticia? ¿Qué palabras habría que emplear para romper ese falso embrujo y liberar a aquellos barcos de guerra que reposaban en una paz vergonzosa? Las palabras de Radu-Negru habían errado su meta. Había que inventar un nuevo lenguaje de los esclavos capaz de despertar a los hombres y lanzarlos a la justa lucha liberadora. ¿Cuál sería hoy el aspecto de Europa si los turcos no fueran ya una amenaza para todos?, se preguntaba el príncipe. Por lo pronto, él estaría ahora reinando sobre un pueblo dichoso. Sin duda alguna, no habría realizado este viaje a Venecia y Verónica no habría sido su amante. Sobre todo, ningún truhán se habría atrevido a mentirle revelándole lo falso de sus ilusiones. Había un consuelo en el fondo de esa injusticia que invadía el mundo protegida por la inacción de aquella flota inmóvil que permitía que se convirtieran en realidad unos propósitos que escapaban a la razón de los políticos y de los filósofos. La flota que se balanceaba majestuosa ante él, era la imagen de esa impotencia humana que hacía posible a la historia mucho más allá de las victorias y las profecías, de los desastres y la desesperación. Los más fuertes se consumían en el fuego de su propia maldad, pero así podían seguir las cosas hasta el día en que la rueda del tiempo elevase a la superficie a los débiles y los justos, los oprimidos de hoy. El pueblo de Radu-Negru tendría que esperar la llegada de ese momento. ¿Sería capaz de esperar? Por ahora, era lo único que se podía pedir.

La voz del oficial seguía enumerando los encargos que se realizaban en el Arsenal para las potencias extranjeras.

—¿Construyen ustedes con el mismo cuidado un barco destinado a los turcos que otro para la flota veneciana? —le preguntó Radu-Negru.

—Desde luego, Alteza. Comerciamos desde hace siglos. Nadie en el mundo es capaz de construir tan buenos barcos como nosotros.

—Pero con los barcos que compran a Venecia podrán atacarla y destruirla algún día.

—Seremos prudentes. Por ahora, no hay escuadra alguna que pueda hacerle frente a la nuestra.

—¿Y los turcos? Están ahí, a las puertas de Venecia.

—Sí, pero nunca podrán entrar por esas puertas. Además, han firmado con nosotros un pacto de amistad que les impide atacarnos. Lo importante para nosotros es construir barcos, venderlos cuando se presenta un buen cliente y, en fin, ganar mucho dinero comprando y vendiendo.

—Hay pueblos que no pueden vivir por culpa de ese aliado de Venecia.

—Esos pueblos están muy lejos. Han tenido mala suerte, lo reconozco; pero también es verdad que no somos nosotros los culpables. Lo esencial es que dormimos tranquilos. Venecia no es Dios.

Descendieron hacia las fraguas por una larga escalera en el interior de un castillejo. Los escalones de piedra habían sido admirablemente labrados por verdaderos artistas. Aquella masa de piedra parecía una catedral de la que se hubiera apoderado Mercurio después de haber expulsado de allí al espíritu del evangelista Marcos.



Solía comer en casa de Verónica o con Aloisio y pocas veces volvía a su casa a no ser por la noche a última hora, para dormir, y entonces dejaba la espada a la cabecera de la cama después de haber cerrado la puerta con cerrojo. Venenos y espadas le acechaban por las calles y en casas de la ciudad, lo sabía de sobra; pero le era imposible abandonar Venecia. Llegó a pensar alojarse en Padua, en casa de Della Porta, que lo habría recibido con gran contento, o pasar unas semanas en Roma, pero Verónica no podía acompañarlo en ninguno de los dos casos. En todas partes podía morirse uno, y si quería vivir era sólo por un motivo: sentir sobre él la mano de Verónica y su boca, respirar su cuerpo y olvidar junto a ella su pasado carente de sentido.

Renunció a fraguar proyectos. Todo le era igual: las noticias que el Dux le había prometido, el problema de su regreso, la búsqueda de la verdad que le había impulsado a emprender este viaje que había naufragado tan penosamente bajo las mentiras de Fiorentino, en Torcello. Había pagado la deuda de Udina Burbur a los mercedarios; nada le debía a nadie, salvo a su cuerpo que le había

descubierto el horizonte infinito del placer. ¿Acaso ahora no era ésta la filosofía suprema y la única verdad que el hombre puede controlar? Sin duda tenía razón el oficial del Arsenal. Los suyos, los del bosque, habían tenido mala suerte y a nadie se podía culpar de ello. Sí; su pueblo estaba muy lejos, tanto en su recuerdo como en el espacio.

Se despertó una noche asustado por un ensueño. Había regresado a su país, que todavía se encontraba bajo el dominio de los turcos aunque habían pasado muchos años. Nadie lo reconocía mientras se paseaba por las apacibles calles de la capital. La catedral estaba cerrada y sus torres en estado ruinoso. Por encima del palacio principesco ondulaba en el viento la bandera verde del profeta y unos jenízaros montaban guardia ante la puerta. Todos los que transitaban por allí eran viejos, gente triste, con los ojos hundidos en las órbitas, vestidos de harapos y los pies envueltos en paja amarilla atada en torno a los tobillos. Al caminar se les desprendían briznas de paja y todas las calles estaban llenas de ellas como si hubiera caído sobre la ciudad una nevada amarilla.

Temía que lo reconociesen, lo detuvieran y lo encarcelasen o lo deportasen a Estambul. ¿Qué había ido a hacer allí? ¿Por qué había abandonado a Venecia y a Verónica metiéndose él solo en la boca del lobo? ¿Cómo arreglárselas para marcharse de nuevo, recobrar la paz y el placer? ¿Cómo cruzar otra vez el territorio que lo separaba del mundo libre? El Dux habría podido enviarle su poderosa flota. Las naves venecianas habrían subido por el Danubio y luego por el Ordesuss y nadie habría osado impedirselo. Entonces él podría haberse embarcado para Venecia. Un jenízaro, colocándole sobre el pecho la punta de su largo yatagán, lo detuvo en la plaza y le gritó: «¿Quién eres?».

Entonces se despertó empapado de sudor. Verónica dormía a su lado, pero no la tocó. Se sintió feliz, aunque el corazón le latía aún con el terror de la pesadilla, pero ¡qué alegría encontrarse en este lecho y en esta ciudad donde los turcos no representaban más que un peligro lejano y exagerado por su miedo de valaquio perseguido!

En la noche no se oía más que el chapoteo del mar, que mecía suavemente a las casas como un gran seno materno y apaciguante. Lo mismo que el cuerpo de Venus, los buenos pensamientos nacen con frecuencia del mar. Por eso pensaba él ahora comprar a sus enemigos, transformarlos en aliados siguiendo el ejemplo de Venecia, que había sabido comprarles a los turcos la paz. Con el dinero que poseía podía desarmar a todos los agentes turcos de la ciudad y darse el lujo de sobrevivir. Esta idea le pareció lógica y realizable. Ya que había elegido no regresar, ¿para qué continuar por un camino inútilmente peligroso? Debía ponerse en relación con los que se encarnizaban contra él convencidos de que estaba preparando la guerra, la cruzada, su regreso como héroe salvador. Tomar esa actitud significaría para él romper con Aloisio y su partido y buscar la amistad de los otros.

Pero a la luz del día, esos pensamientos le parecieron vergonzosos e irrealizables. De todos modos, su proyecto no dejaba de tentarle. No se atrevió a confiárselo a Verónica y continuó sus relaciones con el pintor, aunque en el fondo de su alma tenía la impresión de haber traicionado a sus amigos y a sí mismo.

Una noche, al regresar a su casa, encontró una carta. Decía: «Marchaos de Venecia. Vuestra vida está en peligro». No había firma. La letra recordaba extrañamente el rostro del mago Fiorentino di Concoresso, pues era una escritura torva y apresurada que trataba de ocultar bajo grandes rasgos de sincera apariencia, una falsedad dedicada a la destrucción del género humano.

A partir de entonces recibía un nuevo anónimo cada noche, conteniendo amenazas cada vez más terribles. Lo apuñalarían y arrojarían a un canal con una piedra atada al cuello; sería envenenado y terminaría su vida, como Nesso, con dolores atroces. «¿Habéis oído hablar en vuestro país salvaje y atrasado, del famoso veneno de los Borgia? Pues bien, lo probaréis dentro de unos días». Otra carta decía «Partid *mañana*». Pero mañana llegó y las amenazas fueron tan mentirosas como las anteriores. ¿Se trataba de una broma de mal gusto inventada como un último y pobre recurso por unos enemigos impotentes? Pensó ir de nuevo a Torcello y darle una buena paliza al mago. Pero no tenía tiempo. Vivía sumido en las gracias de su amante, en una embriaguez infinita ante la cual cualquier pensamiento, cualquier esfuerzo le parecía inútil o peligroso, como si fuera una trampa destinada a asfixiar su felicidad. Junto a Verónica, se desvanecía todo temor; el mundo entero

desaparecía bajo las caricias de aquella mujer: el pasado con los remordimientos, el incierto futuro... y cuando volvía a la calle, la ciudad le rodeaba enseguida como un bosque desconocido y amenazador y miraba con frecuencia tras él, temeroso de que lo siguieran. Nunca había sentido el miedo, a no ser con motivo de los peligros rápidos e inmediatos del campo de batalla bajo la amenaza de alguna espada que siempre había sabido rechazar, puesto que aún se contaba entre los vivos. Era un miedo natural, el miedo de los valientes, el que se puede sentir sólo un instante al ver un relámpago. Ahora le invadía un miedo continuo, como un dolor crónico. Su único antídoto era Verónica, a cuyo lado permanecía el mayor tiempo posible.

Transcurrieron semanas felices y a la vez mordidas por la angustia. El Dux no daba señales de vida.

Tampoco tenía la menor noticia de su país. Era como si su pueblo hubiera desaparecido en masa, tragado por las insaciables fauces del Imperio. Y nadie se movía en el mundo para vengar esa muerte colectiva o para salvar a los sobrevivientes, si quedaban. Continuaba la historia detrás de ese telón que ocultaba la sangre derramada y ahogaba los gritos de los inocentes, un telón cuya presencia se aceptaba con cierto alivio, pues les ahorra a los hombres libres el fastidio del remordimiento. También Radu-Negru se sentía agradecido a esa barrera, pues el silencio le impedía recordar. Había que resolver un problema y con esta tarea le bastaba. Incluso había llegado a rumiar la idea de la traición, pues le parecía cada vez más aceptable e inofensiva. La paz podría comprarse como cualquier otra cosa; sí, lo mismo que una de esas mujeres cuyos encantos eran anunciados en la «guía» de Erratino.

Ya había llegado mayo cuando una noche lo llevó Verónica al teatro. El aire embalsamaba las rosas que pendían por encima de los muros de los jardines, como linternas rojas que iluminasen la ciudad y el cielo.

Ocuparon un palco donde nadie podía verlos salvo los actores. Representaban *La Commedia degli Zanni*. Los actores llevaban caretas, excepto los dos enamorados, que aparecían de vez en cuando en un balcón donde permanecían inmóviles, extasiados, mirándose a los ojos. Los cuatro Zanni eran servidores de *messer Pantalon*, un rico burgués cuya hija, Isabella, la enamorada del balcón, quería casarse con Lelio, el inmóvil enamorado. Los Zanni protegían a esta pareja y querían impedir a cualquier precio que su amo concediese la mano de su hija al médico del lugar, un personaje antipático y gordo cuyos remedios enviaban al otro mundo a los imprudentes que iban a su consulta. También había un capitán, orgulloso y fanfarrón, que suspiraba bajo el balcón de Isabella. Uno de los Zanni, con la misma careta, acompañaba a sus compadres con el laúd de música triste y lenta, como si con ella quisiera expresar que tras esas risas y alegres brincos persistía, implacable, la angustia humana, la que Aloisio sabía pintar tan bien y que no tenía nombre en la historia, pues nadie osaba nombrarla. A su vez, *messer Pantalon* quería conquistar, a fuerza de regalos y de sonetos, los encantos de una cortesana que vivía al otro lado de la calle.

Los Zanni cantaban, danzaban, corrían, realizaban las más variadas acrobacias, robaban a su amo, peleaban contra el capitán y contra los trucos mágicos del médico y, gracias a ellos, triunfaba por fin el amor. Los espectadores reían ruidosamente. El humazo de las velas llenaba la sala como una niebla y era frecuente que las carcajadas se transformasen en toses.

Al final del espectáculo, *messer Pantalon* arrojaba al público unas bolsas de dinero. Los que lograban atraparlas en la general algarabía sólo encontraban unos papelitos en que el autor de la obra se burlaba de ellos en versos hábiles. En el palco cayó una bolsa; Radu-Negru la abrió y sacó un papel en el que leyó: «Encontraos mañana por la noche ante San Bernabé. Os comunicarán noticias que os conciernen mucho. Allí estará una persona que se propone salvaros de un inminente peligro».

—No irás —le dijo Verónica.

—Iré. Es preferible hacerles frente. Quién sabe si no llegaremos a un acuerdo.

—¿Y si es una trampa?

—Sabré defenderme. ¿Temes por mi vida?

—Sé muy bien lo que esa clase de mensajes quieren decir en Venecia.

—Pues, ¿qué quieren decir?

—Dos cosas: una casta joven, o una puta, para separarte de mí, te puede ofrecer su amor eterno o su cama transitoria; o bien se trata de gentes que tú te figuras que desean separarte de este mundo. Esas dos posibilidades me inquietan por igual.

—Si es una joven, se va a desengañar inmediatamente. Si son mis enemigos, te aseguro que no les tengo miedo a los enemigos visibles. Lo que me saca de quicio es el misterio absurdo que me rodea. Estoy acostumbrado a vivir *all'aperto*, como decís por aquí.

—Haz que te acompañe alguien. Será más prudente.

—Iré solo.

Aquella noche, cuando regresó a casa, no le esperaba ninguna nueva carta.

A la noche siguiente fue él solo a San Bernabé. Un hombre bajito, más bien viejo, le esperaba ante la puerta de la iglesia. Abordó a Radu-Negru sin vacilar, como si ya lo conociese, y lo saludó ceremoniosamente, al estilo de los nobles venecianos. Vestía pobremente, pero enseguida se daba uno cuenta de que pertenecía a la aristocracia y que la pobreza era sólo accidental en él.

—¿Queréis acompañarme a mi casa, Alteza?

—Prefiero escucharle aquí. ¿Es usted el autor de esas cartas?

—De una sola, Alteza. La que habéis recibido anoche.

—¿Era usted el que hacía de *messer Pantalon*?

—No soy un saltimbanquí, Alteza. He sido rico y todo lo he perdido en mi juventud. Vivo en esta casa, junto a San Bernabé, la casa que el Dux mandó construir para alojar en ella a los nobles venidos a menos.

—¿Para qué me ha llamado?

—Soy amigo de vuestros amigos, Alteza. Y de vuestros enemigos.

—¿Cómo sabe quiénes son mis enemigos?

—Vuestra Alteza ha dejado huellas de sangre en cierta casa de Torcello.

—Me vi obligado a defenderme.

—Conozco a las personas que pagaron a vuestras víctimas.

—¿Es a esos a quienes llama usted mis enemigos?

—Sí, Alteza.

Radu-Negru trató de situarse, mientras hablaban, en el centro de la plaza. El viejecillo se dio cuenta de su maniobra.

—No temáis. Aquí no os atacarán. Nunca os atacarán en una calle. Y ésa es una de las cosas que deseaba deciros. Además, nadie se expondría a luchar contra vos abiertamente. Después de lo de Torcello, saben a qué atenerse.

Tenía los ojos grises y tristes cargados con recuerdos de miseria y de viejas humillaciones, unos ojos que no inspiraban aversión sino, por el contrario, una cierta confianza y también compasión. Lo que sí producía mal efecto era la frase halagüeña que acababa de pronunciar. Porque la frase quería decir que si aquella gente no se atrevía a atacarlo abiertamente, se preparaba en cambio para sorprenderlo desarmado y matarlo, precisamente en una calle.

—¿Y para decirme eso me ha hecho usted acudir aquí esta noche?

—No es más que una de las cosas que me propongo deciros.

—¿De quién es usted mensajero?

—De nadie, Alteza. Tengo relaciones por todas partes y deseo haceros un servicio. Mediante una buena recompensa, desde luego. La miseria me obliga a ello. No tomo partido por nadie. Mi información vale cincuenta escudos.

—De acuerdo. Hable.

A su vez, el viejo miró a todas partes. Estaba todo muy oscuro y el perfume de las rosas impregnaba el aire. Incluso borraba el olor del mar como si la ciudad hubiera cesado repentinamente de pertenecer a la laguna y se hubiese entregado a los vientos que la transportaban ahora en volandas al cielo con alas invisibles. Las rosas arrancaban a Venecia de sus orígenes. Era absurdo tener miedo en esta nueva dimensión que purificaba las pasiones y que sabía a ángel.

—El simple hecho de haberos escrito esa nota y de encontrarme ahora con vos, Alteza, pone en peligro mi vida. Nunca habría intervenido en este asunto si no necesitara el dinero. Vuestra Alteza

sabe perfectamente que en Venecia hay ciertas personas que desearían veros muy lejos de aquí. El porqué no me interesa saberlo. Detesto la política. He podido saber, Alteza, que pronto seréis invitado a una reunión, no sé dónde ni por quién e incluso si lo supiera me guardaría mucho de decíroslo. No vayáis a esa reunión. Sería vuestro fin.

—¿Me quieren muerto o vivo?

—No lo sé, e incluso si lo supiera...

—No tengo motivos para creer lo que me dice.

—Vuestra Alteza se jugaría la vida o la libertad si no me hiciera caso. Una vida vale de sobra esos cincuenta escudos.

—Me parece un precio excesivo por una simple mentira.

—Vuestra Alteza sabe a qué atenerse. Cada profesión implica unas reglas y cierta honradez, pues, de lo contrario, se pierden los clientes y el prestigio. Hace mucho tiempo que trabajo en esto y hasta ahora nadie se ha quejado. Además, Vuestra Alteza me inspira mucha simpatía. Al venderos esta información, tomo partido, sin quererlo, por una causa perdida. Pero esto pertenece a una tradición de nobleza que es también la de mi pasado y de mi familia.

—Explicaos mejor.

—La causa que defiende Vuestra Alteza es la de la libertad de su pueblo y de los demás pueblos sojuzgados por los turcos, y es una causa perdida como toda causa honrada y justa en este mundo. ¿Está claro?

—No es usted muy estimulante, *messer*. Lo que yo defiendo es la causa de la justicia y, algún día ha de triunfar. Mi vida pesa poco dentro de la inmensa maquinaria del mundo. Tan poco pesa que estoy dispuesto a abandonar esa causa concreta de que acaba usted de hablarme. Más pronto o más tarde, se impondrá, puesto que el bien triunfa siempre sobre el mal por encima de la voluntad de los hombres.

—He sido sincero con vos, Alteza. Debéis serlo también conmigo. Nunca abandonaréis esa causa. Es inútil que lo neguéis.

—¿Por qué lo cree usted así, *messer*?

El viejo le miró con sus ojos grises, que de pronto se habían vuelto severos. La larga vida que había vivido, su experiencia de la miseria, sus relaciones con los buenos y los malos, le daban de repente ese aire de sabiduría o de grandeza.

—Vuestra Alteza no es un traidor.

Vaciló antes de despedirse, como si tuviera aún algo que añadir, algo que no le fuese fácil decir o que fuera inadecuado para aquel furtivo encuentro. Sus ojos expresaron de pronto una audacia que le venía del pasado y que en cierto modo lo equiparaba a aquel príncipe extranjero.

—No creáis, príncipe, que todo lo que habéis presenciado hasta ahora tenga un valor simbólico. Lo que buscáis, lo que estáis decidido a encontrar, nada tiene que ver con vuestra aventura de Torcello.

—¿Debo interpretar esas palabras en el sentido de que todavía no he tenido buena suerte?

—Eso es aproximadamente. Algo que os sobrepasa —llamémosle vuestro destino— os obliga a seguir un camino que no conduce hasta la verdad. Ese camino que seguís a vuestro pesar es el de la política. Aquel pobre mago de Torcello no era más que un instrumento político. No representaba en absoluto la verdad, ni siquiera uno de los aspectos de esa verdad que os obsesiona. No era más que un maleante, una de esas vulgares trampas colocadas en el camino de todos los que conciben el mundo a través de la violencia y la pasión del poder. No juzguéis, pues, al mundo que os rodea sólo por ese primer indicio falso.

—¿Quién es usted en el fondo? ¿Cómo sabe que aspiro a otra cosa más allá de lo que parezco ir buscando?

—Los hombres, como las cosas, llevan unos signos que una cierta ciencia, o una experiencia, nos permiten descifrar. —Hizo una nueva reverencia—. Nada más tengo que deciros.

Tomó los cincuenta escudos, se los guardó sin contarlos y desapareció en la oscuridad hacia el hogar de los nobles venidos a menos.

Al llegar ante Ca-Foscari, Radu-Negru se dio cuenta de que lo seguían. Dobló rápidamente la

esquina del palacio y pegó la espalda al muro. El hombre que lo seguía llegó enseguida y se quedó desconcertado mirando a izquierda y derecha.

—No te muevas, no grites. Estás a merced de mi espada.

—Bendito sea Dios, Alteza. Temía haberos perdido de vista.

—¿Quién eres?

—Vuestro humilde servidor y el de *madonna* Verónica. Estoy aquí para protegeros.

—Ve por delante. Te seguiré.

—Vuestra Alteza no se fía de mí.

—Claro que no.

Llegados a la orilla del Canal Grande, Radu-Negru le dijo:

—Llama una góndola y desaparece.

—Suplico a Vuestra Alteza que no le cuente a *madonna* Verónica nuestro encuentro. No me pagaría el precio convenido.

—¿Es que también esto se paga?

—Es mi oficio, Alteza.

—¿Con ciertas reglas que respetas y no sin una cierta honradez?

—Eso, eso; Vuestra Alteza ha acertado.

—¡Cuántos oficios de éstos hay en Venecia! Veo que en esta ciudad se puede hacer carrera.

—Es internacional, Alteza.

—Y, ¿nunca formas partido por nadie, verdad?

—Lo que mejor se ha pagado siempre es la neutralidad.

—La sensatez habla por tu boca. Detesto la sensatez.

—¿Me permite Vuestra Alteza que le dé un consejo?

—¿Cuánto cuesta?

—Es gratis. Os hablaré de hombre a hombre, con vuestro permiso.

—Te escucho.

—Más vale vivir que no vivir.

—Es un pensamiento claro y profundo. Pero, ¿de qué vivirías si tomaran en serio tu consejo?

El hombre se calló, visiblemente turbado por la pregunta del príncipe, una pregunta que ponía en peligro su profesión.

—He hablado sencillamente como un hombre. No como un hombre de negocios.

—Para que veas cuánto aprecio tu bondad, acepta este tributo a tu sensatez y abandóname lo antes posible a mi sino.

—Vuestra Alteza me ofende —dijo inclinándose en una profunda reverencia y a la vez que tendía la mano para coger el dinero. La cerró enseguida sobre la moneda de oro, y salió corriendo.



Los tambores redoblaban furiosamente como truenos aprisionados. Las palomas, espantadas, revoloteaban sin objetivo, como hojas arrastradas por un ventarrón y se elevaban cada vez más, buscando un espacio más en calma. El ruido se interrumpió bruscamente y el silencio cayó sobre la plaza atestada de espectadores. Un niño gritó llenando el silencio con una presencia misteriosa, como si alguien, una fuerza extraña, tratara de oponerse a la muerte, mientras que las palomas se posaban de nuevo sobre los tejados. Un oficial de policía subió los peldaños del patíbulo, desenrolló un papel y empezó a leer, pero sus palabras no llegaban a ellos. Todo parecía apacible bajo el sol de mayo y en el olor del mar que subía en largas bocanadas por las calles que salían a la plaza. Pero esta calma era engañosa. Un hombre iba a morir y su cuerpo aún vivo, bajo la horca, anulaba la fresca pureza de la primavera. Era como si se viera la silueta de la noche, acurrucada en cualquier rincón, en pleno día de sol. La luz parecía enfermiza. Brotaron unos gritos de las primeras filas de espectadores cuando el oficial terminó su lectura del acta de acusación. Luego, otra vez silencio. El verdugo sustituyó al oficial en el cadalso, cubrió la cabeza del condenado con un capuchón negro,

lo ayudó a colocarse exactamente debajo del brazo de la horca y le pasó el nudo en torno al cuello. Sonaron de nuevo los tambores cubriendo los chillidos de las mujeres.

Desde la ventana donde se hallaban, Radu-Negru y Aloisio veían los remolinos causados en la multitud por las mujeres que se desmayaban aquí y allá, las mujeres que habían acudido presurosas a la plaza para presenciar aquel espectáculo que no se ve todos los días; y, al desvanecerse, perdían las pobres lo mejor de la tragedia. Los tambores aumentaron la intensidad de su redoble, se abrió una trampilla bajo los pies del condenado, que se hundió por ella sorprendido y con prisa, como si alguien le esperase en el fondo de la tierra. Pero no desapareció del todo. Le quedó fuera la parte superior de su cuerpo, como un muñeco que no entra bien en la caja de sorpresas. Antonio Cavazza, el espía que vendía a una Cristianísima Majestad informaciones políticas y militares que el rey en cuestión pasaba a su vez al sultán, había recibido su merecido. Su hermano Giorgio, que lo ayudaba en esa tarea, había emprendido aquel mismo día el camino del exilio. Desde hacía mucho tiempo, ambos trabajaban como secretarios del Consejo de los Diez. Su proceso, así como su condena, representaban una de esas pequeñas victorias que llevaban el agua al molino del partido antiturco.

Aloisio estaba satisfecho. Eran los suyos quienes habían descubierto ese tráfico de informes secretos después de haber montado toda una red de contraespionaje en Venecia y en el extranjero. Unos embajadores, venecianos y de otros países, los habían ayudado. Pusieron al corriente al Dux, pero éste dudó mucho tiempo antes de decidirse a actuar. Un día tuvo que hacerlo porque habían desaparecido del Arsenal los planos de un nuevo barco de guerra. La audiencia concedida a Radu-Negru, los informes que Della Porta había dado al Consejo sobre la marcha del ejército turco hacia el norte, los apuntes que él mismo había tomado de aquel cañón turco que se parecía sospechosamente al último tipo de cañón veneciano, un modelo muy reciente, y que todos suponían un arma secreta... todo esto había acabado venciendo a su imperturbable prudencia. Según decía Aloisio, el nuncio de Su Santidad había influido también para convencer al Dux. Se hablaba incluso de la posibilidad de una nueva guerra. Unas patrullas turcas se habían infiltrado en territorio austríaco y hubo combates durante tres días en cierto sitio a orillas del Danubio, en territorio húngaro. Unos navíos de guerra se presentaron ante Spalato y el embajador austríaco confirmó las noticias de Della Porta. Parecía ser que los turcos concentraban un poderoso ejército al oeste de los Balcanes para atacar Viena y Venecia, o quizá para ocultar los verdaderos objetivos de sus próximos ataques. En todo caso, se esperaba algo grave. La atmósfera internacional se había vuelto a cargar de amenazas.

Todo esto no era lo más indicado para tranquilizar a Radu-Negru. Se acercaba el momento en que debería tomar una decisión y ahora parecía tan indeciso como el Dux. Tenía que anticiparse a los acontecimientos y convencer a Verónica de que lo acompañase a Francia o a España, adonde huiría para verse libre de todo peligro. Allí podrían vivir sin inquietudes, felices hasta el fin de sus días, como en los cuentos de hadas.

—Vuestra Alteza no parece contento.

—El espectáculo de la muerte me duele.

—¡Extrañas palabras en labios de un príncipe!

—Pues a un artista deberían agradarle. La Muerte es el Mal.

—El mal no existe, Alteza. Lo que hay son malas personas, como ese pobre Antonio Cavazza, que ha pagado con su vida su maldad. Esa muerte quiere decir —también para vos— un enemigo menos. Cavazza maniobraba contra vos, Alteza, y contra vuestro pueblo.

—Lo sé. Me habría alegrado si, hallándome en mi tierra, me hubiera enterado de esa muerte. Pero, aquí... Aquí, en medio del gran espectáculo de la vida, la muerte, incluso la de los malvados, parece un pecado. Una especie de suicidio colectivo.

—¿Qué es, para Vuestra Alteza, un pecado?

—Algo que transforma la armonía del universo. Todos nos esforzamos por cambiar el aspecto del mundo, para lograr una meta que quizá sea un paraíso en la tierra, la felicidad, quiero decir la perfección absoluta, sin contrapartida. La bondad sin nada de maldad, el amor sin odio. Pues bien, el que peca obstaculiza, retrasa esa marcha hacia la perfección. Enturbia durante mucho tiempo esa límpida corriente que había costado tanto trabajo canalizar.

—Entonces, Antonio Cavazza corresponde perfectamente a vuestra definición del pecado.

—Para mí, el pecador no es el que se porta mal con una opinión o con otra persona, el que ignora las reglas de los principios establecidos por los hombres, sino aquel otro que, tomando en serio esas reglas que los mismos hombres han promulgado, se transforma en aliado de la muerte. El verdadero pecador es el que mata invocando para disculparse un principio o una norma que el muerto ignoraba o despreciaba.

—Cavazza era un instrumento de la muerte, puesto que servía a los turcos, esos asesinos de pueblos. Ponía en peligro vuestra vida y la de los demás.

—Lo sé, amigo mío. Pero desde Venecia no vemos a los turcos. Se olvida que existen. También se comprende que haya en el mundo cosas más importantes que ajusticiar en la horca a un hombre que vendía informes secretos al sultán. ¿Qué es el sultán, en definitiva, sino un ser humano condenado también a una muerte cierta, sea próxima o lejana?

—Vuestra Alteza me asusta con sus ideas.

Estuvieron callados un buen rato, emocionados por lo que habían hablado. Se creían buenos amigos y había bastado aquel ahorcado en la plaza para que una extraña vislumbre de luz, surgida de lo más profundo, los situara en posiciones divergentes. Se daban cuenta de que hasta entonces nunca se habían hablado con sinceridad y que en sus almas se agazapaban incómodos secretos. El pintor reanudó el interrumpido diálogo.

—¿Conoce Vuestra Alteza Estambul?

—No.

—Yo estuve allí hace ahora justamente tres años. Nuestro embajador cerca del sultán me hizo el honor de invitarme a su casa para encargarme un retrato. Pasé unos meses allá y descubrí una realidad insospechada que me causó una profunda impresión. Durante días y días, con mucho tiempo a mi disposición, me dediqué a recorrer las calles de la ciudad. Y tuve miedo. Había algo que no me gustaba, no en la gente del pueblo, con la que me codeaba, no en esos hombres y mujeres que son nuestros semejantes como todos los de la tierra. A los jefes, no tuve ocasión de conocerlos personalmente, pero de sobra conocía la política que seguían y su demencial lucidez. Lo que se proponen es muy claro: conquistar al mundo y esclavizarlo. Esos dirigentes constituyen una minoría ávida de poder y de riquezas. Todo eso del Profeta y del Corán no son más que las banderas visibles que ocultan su sed de dominio. Los he comprendido muy bien con sólo contemplar la ciudad y he imaginado al mundo transformado ya por ese horrible ideal de conquista. La antigua Constantinopla fue una ciudad floreciente y espléndida, donde unos artistas geniales expresaban lo que sentían ante la vida y ante Dios construyendo iglesias, adornándolas con cuadros, pensando y escribiendo como querían. Era la época en que Estambul se llamaba Bizancio. Desde la llegada de los turcos, se ha apagado la ciudad. Han cubierto con cal los mosaicos y los frescos, han destruido los monumentos, han envenenado las fuentes de la vida. La ciudad supura miseria, mal gusto, y miedo. Nada bello han construido. Les prohíben a los pintores que reproduzcan el misterio de la figura humana. Todo lo que se parece al hombre, es decir, Dios, la verdad que nos habita, está prohibido bajo severa pena de muerte. Junto a algunos bajáes que se esconden en el fondo de sus palacios, no hay más que terror y miseria, fango y podredumbre. Los verdugos trabajan día y noche y las prisiones se hallan tan atiborradas como los cuarteles. Al pasearme por la capital del Imperio, he comprendido que el propio hombre está en peligro desde que los turcos han empezado a corromper el corazón de la tierra. Si llegan a someternos, a nosotros y a los demás pueblos, no habrá ya seres humanos. Sólo habrá jenízaros amenazando con sus yataganes al inmenso rebaño de nuestros semejantes transformados en bestias de carga. Mulos o asquerosos muleros. ¿Cómo no voy a alegrarme de la justa muerte de todos aquellos que contribuyen al avance de esa peste inmundita? Vuestra Alteza debería comprenderlo mejor que ninguna otra persona.

—Y te comprendo muy bien, amigo mío, puesto que vengo de uno de los países conquistados por la peste. Pero creo que hay peligros más graves que el de una epidemia transitoria.

—Si no se la combate a tiempo, la epidemia deja de ser pasajera. Se convierte en el único peligro.

—La muerte es peor que los turcos.

—Ellos son la muerte.

Radu-Negru sonrió con tristeza. Aquella conversación ponía al rojo vivo la Haga más oculta de su ser. Sus amigos eran más charlatanes y más crueles que sus enemigos.

—Quisiera vivir en paz y eso no es posible —dijo al cabo de unos instantes.

—No, no es posible. La paz no es cosa de este mundo. Pero lo será en cuanto dejen de existir los que Vuestra Alteza llama «pecadores».

—Y tú, ¿cómo los llamas, Aloisio?

El pintor miró afuera, a la plaza que se vaciaba lentamente. El ahorcado oscilaba despacito con la brisa marina. Parecía ya una caricatura de la muerte. Por fin, respondió Aloisio:

—Los traidores —y se bebió la copa de un solo trago.



—El Mal, el Mal... Una palabra como otra cualquiera; una imagen ampliada de nuestro miedo estúpido ante lo que ignoramos. Si la tomásemos en serio, no tendríamos ni un momento de alegría. Todo lo que llamamos el Mal, no es en el fondo sino aquello que nos ayuda a vivir y a olvidar... ¿Acaso hay algo más dulce que el pecado? ¿Os habéis acostado alguna vez, Alteza, con la mujer de otro? ¿Conocéis la embriaguez que produce gastar dinero robado? Me imagino el Infierno como un lugar de placer donde los grandes pecadores, los auténticos, los campeones de la aventura humana, prosiguen la vida de placeres que han sabido llevar en este mundo, pero de un modo más apasionado, con una mayor concentración que en él. De todos modos, hay una lógica en este universo de pacotilla; si no, no se sostendría en pie. Los mediocres me acusan de inmoralidad, pero mirad a los grandes y poderosos, a los ricos, a los príncipes... Son amigos míos, me ayudan a vivir, me permiten llevar una vida que hace estremecerse a los papanatas y que me envidian los hombres inteligentes.

»Me basta coger la pluma y toda Europa tiembla. ¿A quién atacará esta vez? ¿A qué estupidez pinchará para dejarla como un pellejo vacío? Tanto los que me admiran como los que me temen, quieren tenerme propicio y para ello me envían regalos. Las mujeres casadas quisieran acostarse conmigo para aprender el secreto del amor o para que no las fustigue en mis escritos. A mi casa la llaman el “convento del diablo” pues muchas mujeres renuncian al mundo para vivir bajo mi techo, al alcance de mis caricias y arrulladas por mis ingeniosidades. Las “erratinas” son las monjas del dios del placer y no temen al infierno, ni la venganza de sus maridos, ni la de sus amantes. ¿Quién se atrevería a disputármelas? Os lo aseguro, Alteza: ¿qué es ese Mal que os produce tan honda impresión? Yo mismo os lo diré: el Mal es mi bien. Basta saber invertir los términos para encontrar el camino que todos los demás ignoran, el de la felicidad prohibida. También vos podréis ser feliz, Alteza, si hacéis como yo. Seréis tan dichoso y tan libre como yo y mis discípulos lo somos».

Era un hombre de gran estatura, grueso, de buena facha y que hablaba por los codos. Sus ojos, penetrantes y vivos, como los de una ardilla, parecían burlarse de todo, incluso de lo que él mismo decía. Llevaba una larga barba que acariciaba con sus dedos blancos y bien cuidados como los de una cortesana. Tenía ya más de cincuenta años. Su frente era pálida y su vida sin contacto apenas con el aire libre, le había dado una finura casi noble, algo así como la de un obispo o un eremita. Solamente su boca, grande y carnosa, que se tocaba con frecuencia con la yema de los dedos, como un objeto al que admirase, revelaba la incertidumbre del pervertido, la tristeza de aquella carne que ignoraba totalmente la heroica abstinencia de la que ha nacido la grandeza de los hombres y las civilizaciones. Radu-Negru lo escuchaba con un placer en que se mezclaba el asco.

—¿Acaso no es un deber sagrado del escritor revelarles las cosas a los hombres? Combatir la estupidez es mucho más importante y útil que luchar contra el vicio o el pecado. El verdadero pecado es ese pecado que nos impide pecar. ¿No lo creéis así?

Radu-Negru trató de sonreír. Acababa de recordar las palabras del viejecillo: «Os invitarán a una reunión. No vayáis». Pero, sin duda alguna, aquel pesado no era peligroso. Ni siquiera llevaba espada ni daga. Y no le había ofrecido bebida alguna, ni comida.

—No me escucháis, Alteza. ¿Pensáis pedirme consejo? Me honraría mucho poderoslo dar. Por cierto, también me llaman, el «consejero de los príncipes». Incluso me siento obligado, por mi profesión, a intervenir en el destino de los príncipes, que es tanto como decir el de los pueblos. Es cierto que sois un príncipe sin pueblo, uno de los privilegiados de la gran catástrofe. Voy a explicarme. Vuestro pueblo ha desaparecido. Ha sido borrado del mapa y de la historia y sólo vos sobrevivís. Sois un hombre libre. Aprovechad, pues, plenamente, esa libertad. Dentro de algunos años o de algunas generaciones, ya no habrá mapa ni historia. Los turcos se encargan de simplificarlo todo. Beneficiaos de ese sobreseimiento que os ha sido concedido.

—¿Cree usted que los turcos van a realizar el Imperio universal?

—Es fatal y lógico. El mundo pertenece a los bárbaros, a la fuerza simple y decidida. Nuestro viejo mundo está corrompido y exhausto. Mirad a Venecia. ¿No os basta como ejemplo? Todos los demás pueblos no son más que una réplica de ella, pero en peor. Se hace como si se resistiera, se guerrea de vez en cuando para la tranquilidad de conciencia, pero los pueblos sólo esperan la llegada de los turcos para poder respirar por fin aliviados, para acabar con las complicaciones que forman nuestra estúpida existencia de civilizados. En el fondo de todos nosotros hay una sed de liberación que sólo pueden calmar los turcos.

»Les tenemos miedo a causa de los prejuicios de que nos jactamos. ¿Cómo resistir a la llamada de esa fuerza viva, viril e implacable, inscrita desde siempre en la fatalidad de la historia? Pronto habrán terminado para siempre los dux, los papas, los emperadores, los arzobispos y las dudas. Reconozco que es agradable vivir en medio de la podredumbre y que una ciudad arrastrada por la decadencia es el medio ideal para un escritor y para cualquier ser inteligente inclinado a la poesía y a la sutileza del placer. Pero, al mismo tiempo, hay que ser prudente y pensar en el porvenir. Los turcos tratan bien a sus amigos. No los olvidan. Son crueles para sus enemigos, quiero decir para aquellos que se oponen estúpidamente a su avance fatal, los que retrasan la llegada de la paz definitiva. ¿Habéis meditado alguna vez sobre estas cosas, Alteza?».

De manera que Aloisio no se había equivocado. El Mal no existía, sólo había malas personas que era necesario eliminar para que la humanidad pudiese vivir. Erratino pertenecía a la familia de los Cavazza. Sus palabras no eran más que una defensa de sus vicios y sus traiciones, una justificación de su debilidad. Defendía a los turcos porque éstos le pagaban y, como todo servidor sin orgullo, exaltaba a sus amos. Pertenecía a esa raza brillante e inhumana que seguía poniendo en peligro la esencia del Bien sobre la tierra. Radu-Negru había aceptado esa entrevista con él para hallar, a través de Erratino, el camino de los tratos con sus enemigos, pero no había tardado en descubrir su error.

En vez de convencerlo, el inmoralista le indicaba claramente que le era imposible volver atrás. El viejo tenía razón: no era un traidor. Aquella misma tarde vería a Aloisio para contarle esta conversación y pedirle que reuniese a todos sus amigos con objeto de tomar una decisión definitiva. Había en Venecia refugiados de todos los pueblos subyugados. Era necesario unificar sus actuaciones y emprender juntos una cruzada silenciosa apoyada en los partidos occidentales decididos a combatir el peligro común. Esperaría la nueva entrevista con el Dux para ir enseguida a Roma y a Viena, donde los amigos de Aloisio contaban con poderosos aliados, y también al Vaticano y a la corte imperial. Verónica lo acompañaría.

—Es usted más inteligente que yo —dijo Radu-Negru después de unos instantes de silencio—. Pero yo sé más cosas esenciales. A pesar de lo mucho que sabe usted, nunca llegará a conocerlas. La inteligencia lo va cubriendo a usted como una hiedra y le impide la visión. No tardará en asfixiarle.

Erratino lo miró impávido. No intentó defenderse. Las palabras de Radu-Negru le habían tocado en un punto muy sensible de su espíritu. Pero trataba de conservar su calma irónica.

—¿Podrá decirme Vuestra Alteza una de esas cosas esenciales que nunca llegaré a conocer?

—Está usted seguro de defender una causa victoriosa o llamada a vencer, pero ignora que le trae desgracia a la propia causa que defiende. ¿Por qué sonrío? Voy a ponerle un ejemplo. Está convencido de haber abandonado nuestro campo, el de la Cristiandad, pero es todo lo contrario: la Cristiandad lo ha vomitado a usted como un cuerpo nocivo. Y en estos momentos actúa usted en el

interior de otro organismo, de otra causa, que se enorgullece quizá de contar con usted sin darse cuenta de que la propia presencia de usted constituye para ella un peligro mortal. Porque no es usted ni la espada útil ni la chispa que enciende el entusiasmo de los pueblos. Usted es una enfermedad, una encarnación de la peste. Y su pluma no es más que una pequeña guadaña envenenada. Ayuda a morir a los que piensa estar ayudando a vivir. Ésa es su tragedia, mucho más pesada que la mía. Pues la de usted no tiene remedio puesto que ignora el camino del regreso. *Messer* —añadió después de una breve pausa—, me alegro de haberle conocido. Me ha devuelto usted la esperanza.

Entró una mujer en la estancia. Iba casi desnuda y una larga cabellera rojiza le cubría los hombros. Se sentó a los pies de Radu-Negru y le cogió una mano, empezando a acariciársela.

—Vuestros anillos —dijo— son menos bellos que vuestros ojos, príncipe mío.

—Tengo que haceros una proposición, Alteza —dijo Erratino sin gran convencimiento—. Mis amigos...

—Sus amigos —cortó secamente Radu-Negru rechazando a la mujer con un movimiento brusco y violento que la hizo caer de espaldas en la alfombra—, vuestros amigos, *messer*, son mis enemigos. Y también son los enemigos de los hombres. La paz que proponen al mundo es la de la muerte y estoy decidido a combatirla hasta mi último aliento. ¿No le avergüenza a usted hacer tan mal uso de la palabra, usted que es un poeta?

—Cuidado con lo que decís. Me basta con una palabra para presentaros como un ser ridículo a los ojos del mundo entero. El precio de mi silencio aumenta con cada una de las insolencias que os permitís arrojarme a la cara.

—No estoy en venta, *messer*. No me asusta usted.

Se levantó, decidido a acabar la entrevista cuando se abrió la puerta y apareció ante él un hombre que lo miró fijamente a los ojos sin saludarlo. El tiempo lo había envejecido, tenía ya la barba gris y una cicatriz roja le cruzaba la frente donde comenzaba la calvicie, una cicatriz como de un latigazo.

—¿De manera que no has muerto?

El hombre rompió a reír balanceándose en los talones. Su vientre había tomado unas proporciones inesperadas. Sus ojos no expresaban alegría alguna. Se volvió hacia la puerta por la que acababa de entrar y gritó:

—¡Venid, amigos!

Era Dragomiro.

IV

Salvo la muerte

Detrás del leve mamparo se oía el aterciopelado roce del mar. El barco se balanceaba pesadamente mecido por las olas. Había durado muchas horas o días enteros ese balanceo y Radu-Negru no podía llegar a darse cuenta de si el barco avanzaba o si estaba aún en la rada de Venecia. Le atemorizaba esa agua tan cerca de su cabeza. Era hombre del bosque, y la mar le inquietaba como un enemigo desconocido erguido contra él con toda su masa de olas y misterios. Le dolían los puños y los tobillos, que tenía fuertemente amarrados, y a cada esfuerzo para librarse de la presión aumentaba el dolor. También le dolía mucho la cabeza en el sitio exacto en que Dragomiro le había golpeado con el mango de su daga. Lo había arriesgado todo y todo lo había perdido. No tardaría en cumplirse el castigo bajo el hacha del verdugo.

El que pesaba las palabras y los gestos de los mortales, hacía pagar ahora al hijo el pecado del padre por razones que Radu-Negru no podía comprender. Todo había transcurrido en poco tiempo, el Principado y su vida, su pobre vida de rebelde sin esperanza. Así que la rebelión estaba prohibida a los pueblos como a los individuos y toda rebelión debía tener el mismo final miserable, pisoteado sin misericordia por los cascos de los caballos extranjeros y cortada por el mudo descenso del hacha. Ésa era la justicia del Dios que él había defendido contra las estupideces heréticas del mago de Torcello y ante la advertencia del viejecito que le había hablado aquella noche en San Bernabé.

Dentro de un mes o dos, Miguel y sus hombres acabarían lo mismo ante los mismos verdugos, y la paz de Erratino se extendería entonces, soberana y definitiva, por los bosques de los Cárpatos y por las llanuras del Danubio, en espera de que sonara su hora universal. Las aguas del Ordessus arrastrarían pronto cadáveres inocentes hacia este mar que ahora lo mecía a él y qué levantaba ante la tierra efímera y soñadora de los hombres la muralla infinita de la muerte.

Acobardado por la derrota, ni siquiera se atrevía a blasfemar. A su padre, en cambio, no le había faltado ese valor.

¿Qué hora sería? Alarmados por su ausencia, Verónica y Aloisio lo estarían buscando probablemente por toda la ciudad. Habrían avisado probablemente a la policía, al Consejo de los Diez, al Dux... pero el barco que le llevaba hacia la muerte, navegaba ya por alta mar a pocos días de Estambul, o quizá estuviera anclado en un puerto lejano —en Spalato, en Bari— o pasaría en estos momentos por el estrecho de Ragusa o de Corinto. Debía de encontrarse en el fondo de la bodega, a donde jamás llegaba la luz del día. Sin el ruido de las olas y el balanceo, habría podido creerse en la prisión de Estambul, pues las horas habían perdido para él todo sentido y valor.

¿Cabalaría ya Dragomiro hacia el bosque valaquio, portador del falso mensaje que aniquilaría a los suyos? ¿Cómo podía transformarse tan pronto un ser humano? ¿Cuál era el engranaje interno que llevaba tan pronto a la traición? ¿Por qué eran posibles esos horrores y humillaciones? ¿Quién manejaba los hilos? ¿Mataría Dragomiro a Della Porta antes de abandonar Venecia, y a Verónica y Aloisio, para borrar todo posible testimonio? ¿Se convertiría él en un cuerpo sin alma, en un instrumento de la muerte como Dragomiro, si el hacha no caía sobre su cabeza y si la tortura le destruía toda huella de su pasado, de su honor y de sus creencias? Prefería la muerte a esta sutil modificación. Dragomiro quizá la habría preferido también, si hubiera podido elegir.

Diez hombres, quizá una docena, habían respondido a su llamada penetrando en el salón de Erratino. Enseguida lo inmovilizaron y lo arrojaron inofensivo sobre el diván, como una fiera destinada al circo del sultán.

—Debo conducirlos sano y salvo a Estambul, Alteza.

—Es peligroso y terco —le advirtió Erratino, que había vuelto a ponerse la máscara de la indiferencia.

—No hay que preocuparse. Lo domaremos —le respondió Dragomiro, sentándose cerca de él.

Los esbirros habían abandonado la habitación y Dragomiro tuvo con él la atención de contarle su aventura, contento de ser el primero en aplicarle la tortura como un anticipo de lo que le esperaba. Los soldados turcos que lo habían atacado bajo la mirada de los pastores dálmatas lo transportaron gravemente herido a Estambul, donde curó de sus heridas. Allí comprendió que la fuerza del Imperio era invencible, e infinita la bondad del sultán.

—Hacía mucho tiempo que os odiaba. Me habéis robado el amor de mi mujer.

Dragomiro conocía las relaciones de Radu-Negru con María-Domna, y desde hacía mucho tiempo estaba madurando su venganza.

Así quedaron confirmadas las sospechas que ya tenía el príncipe, cuando Dragomiro se encontraba aún con ellos en el bosque y cuando, vigilando las escapatorias de los dos, fue forjando sus planes y nutriendo su odio con sangrientos proyectos. No había tenido el valor de rebelarse contra su príncipe, pero en cuanto se vio en Estambul, todas sus vacilaciones desaparecieron y la tarea de sus verdugos no fue difícil. Un hombre celoso es capaz de las mayores fechorías si se le presenta la ocasión de una revancha. Con el apoyo de los turcos iba a disponer de la corona valaquia. Lo que deseaba era reconquistar a su mujer después de haber conquistado el trono. Sacrificaba un pueblo (su plan era presentarse ante Miguel, anunciarle la muerte de Radu-Negru, prisionero de los turcos, y atraerlo a una trampa en que todos sus hombres —el ejército del bosque— perecería sin dejar huellas). Así se vengaría de las horas que había pasado esperando a María-Domna, noches sin sueño, de la ofensa recibida, la más dura que se pueda infligir a un hombre. Radu-Negru lo comprendía hasta cierto punto, hasta el punto en que los celos se confundían con la traición. Se lo dijo, y Dragomiro le respondió golpeándole la cabeza con el mango de su daga. Perdió el conocimiento y cuando se despertó horas más tarde, se hallaba en la bodega de aquel barco. En la oscuridad absoluta que lo rodeaba, tomaba forma su pasado dominado por la figura de Dragomiro. ¿Qué día había descubierto éste la infidelidad de su esposa? ¿Y de qué manera? El que sabe leer en los ojos de sus semejantes puede descifrar en ellos las palabras que el amor ha inscrito. Nada más fácil que encontrar la misma mirada en sus ojos y en los de María-Domna. ¿No había sido también aquel amor una traición? Pero ¿por qué no castigarlo enseguida con una muerte violenta que todo lo habría resuelto y que habría acabado con todas sus dudas? Se lo pidió a Dragomiro.

—¿Por qué no me mataste al descubrir el secreto de nuestro amor?

—No me atreví a tocar a mi príncipe.

—Pues aún soy tu príncipe. ¿Por qué me vendes ahora a nuestros enemigos?

—Ya no tengo príncipe. El príncipe soy yo y os condeno. Además debéis saber de una vez para siempre que los turcos no son nuestros enemigos. Son los portadores de la paz y de una nueva fe entre los hombres. Nuestro país conocerá pronto la bienhechora influencia de esta nueva religión. He abjurado de nuestra antigua fe y ahora creo en el Profeta. Esto me hace ver el mundo de una manera diferente y me siento mejor como musulmán que como cristiano. María-Domna tendrá que adoptar la fe de su marido.

Mientras hablaba —Radu-Negru lo recordaba perfectamente— no lo miraba Dragomiro. Evitó siempre su mirada, hasta el momento en que, antes de golpearlo, lo fulminó con su odio. Había bastado ese único instante de contacto entre los dos para leer en el fondo de aquella alma perdida. El hombre había sucumbido bajo la prueba. ¿Qué torturas le habrían infligido en la prisión para que un ser humano hubiera podido convertirse en un ciego instrumento en manos de los enemigos de los hombres? Los jenizaros desfilaron entonces delante de Radu-Negru tal como Della Porta se los había descrito: cuerpos sin alma, fraguados por la voluntad de conquista de los turcos. En realidad,

no era necesaria el hacha para destruir a los enemigos de la Media Luna. Bastaba con una pequeña operación que practicaba un verdugo hábil y experto en el fondo del alma con un bisturí desconocido hasta entonces, para extirpar el pasado, es decir la vida, y mantener en pie a unos cuerpos dedicados a fines inhumanos. ¿Sucumbiría también él? ¿Lo enfrentarían a su vez contra Dragomiro para dividir y destruir mejor a su pueblo? La suerte que le estaba reservada lo estremecía. Lo único que podía hacer ya era desatar las cuerdas que le martirizaban los puños y los tobillos y matarse antes de llegar a Estambul. Pero las cuerdas resistían, tan fuertes y espesas como las tinieblas que lo rodeaban.

Recordaba el día en que el Viejo había encargado a Dragomiro la misión cerca del Dux y la alegría que le produjo verse elegido para ello. Radu-Negru había atribuido este contento a su orgullo. ¿Estaría ya entonces decidido a traicionar a su pueblo? ¿Por qué no se entregó inmediatamente a los turcos, en Belgrado o en cualquier otro sitio? ¿Cuál había sido su plan? Nunca lo sabría. ¿Habría permanecido fiel a sus compromisos hasta el día en que en una prisión de Estambul le destruyeron el alma, el día en que había renegado de su fe y prometido dedicarse a la persecución de su príncipe y a la traición de todos los suyos?

Entonces, ¿no era él la verdadera causa de la catástrofe? Quizá hubiera podido Dragomiro resistir a la tortura y encontrar el medio de suicidarse antes que traicionar a su país, si los celos no le hubieran preparado el camino a la renuncia y a todas las bajezas posibles. ¿Acaso no había sido él mismo —Radu-Negru— el instrumento de esa traición? Mejor dicho, ¿no lo fueron María-Domna y él? Sí; con su amor adúltero, habían sido la verdadera razón de ese desastre y de la descomposición que se había apoderado del alma de Dragomiro. A Radu-Negru se le aparecía su propia responsabilidad tan clara como la de su padre. Su pueblo se desmoronaba por culpa de los pecados de su padre y de los suyos propios.

¿No debería aceptar la tortura como una expiación?

Volvieron a su memoria las palabras de Della Porta: «Dios somos nosotros», y rompió a reír. Se abrió la puerta y un hombre avanzó hacia él. Llevaba una linterna que dejó en el suelo, junto a la cabeza del preso.

—¿Se siente mejor Vuestra Alteza? —preguntó en italiano. Su voz era débil y suave y tenía unos ojos como de un loco que estuviese tranquilo en aquel preciso instante, para naufragar enseguida en la furia de su enfermedad, que le descomponía las facciones como las huellas de la viruela. Un costurón le desfiguraba la parte baja del rostro, dejándole al descubierto algunos dientes, lo cual le hacía parecer estarse riendo sarcásticamente sin interrupción. Pero si la boca parecía reír, los ojos en cambio estaban velados por un llanto sin lágrimas. Le colgaba, vacía, la manga izquierda de su andrajoso jubón, mientras se agitaba en torno a Radu-Negru. Le ayudó a apoyar la espalda en el mamparo de la bodega.

—Os traeré algo de comida. No temáis. Soy un amigo.

Desapareció para volver al poco tiempo con una bandeja. Echó el cerrojo a la puerta tras él.

—¿Dónde estamos? —preguntó Radu-Negru.

—En Venecia, delante de la Giudecca. Zarparemos mañana, al amanecer. Tomad, debéis comer. Habéis perdido demasiada sangre. Teníamos que haber zarpado ayer tarde pero éstos no querían despertar sospechas. Os buscan por toda la ciudad.

—¿Quién es usted?

—En tiempos me llamaban Joaquín Cordero, pero los turcos me llaman Osman. El nombre no tiene importancia. Ni tampoco la cara —añadió, aludiendo a su cicatriz—. Soy esclavo desde hace quince años y he tenido que renegar de mi fe para conservar la vida. Lo que yo quisiera saber es para qué tengo que vivir... Quizá para serle útil a alguien en medio de estas tinieblas.

—Usted no es de Venecia.

—Nací en Ibiza, cerca de la costa valenciana. ¿Habéis oído hablar de Ibiza, Alteza? ¿No? Pues es una isla que visitan los turcos de vez en cuando para robar hombres. Una manera como otra cualquiera de ganar almas para su Profeta. He perdido un brazo en las calles de mi ciudad defendiendo a los míos en uno de esos ataques. Me han hecho prisionero y me han dejado vivo a cambio de mi alma. Así es como pierde el diablo a los hombres, es decir, así los gana para él. ¿Qué

opináis? Yo creo que los turcos son el instrumento del diablo en la tierra y por eso emplean sus métodos. Fui débil y vendí mi alma y por eso me llamo Osman después de haberme llamado Joaquín. Tomad esta sopa, la hice yo mismo. La carne es buena y el vino es de Creta.

—Dígame, Joaquín, ¿es así como empieza la tortura? —le preguntó Radu-Negru, intentando penetrar en la locura que danzaba como una llamita en los ojos del español.

—No; no es así como empieza la tortura. Comienza con golpes y con hierro al rojo vivo, y también empieza y termina con el hacha. Eso depende... A vos, os reservan sorpresas más sutiles, que no dejan huellas en el cuerpo.

—¿Qué quiere usted de mí?

Joaquín sacó un cuchillo que llevaba escondido en la cintura y cortó las cuerdas que ligaban los puños de Radu-Negru y después la que le inmovilizaba los tobillos.

—No os levantéis aún. Vuestros pies no os sostendrían. Comed. Tenemos tiempo. Todavía no es media noche.

Radu-Negru comió con apetito. Mojó su pañuelo en el vino y se limpió la cara, donde la sangre le había formado una costra seca que le martirizaba la piel.

—¿Conoce usted mi destino?

—Nadie conoce el destino, Alteza. Sólo sé que os llevarán vivo a Estambul.

—¿Sabéis si quieren matarme?

—Lo ignoro. Sólo soy un esclavo. Os tentarán antes de mataros. Os ofrecerán vuestro reino a cambio de vuestra alma. O bien os cortarán la cabeza inmediatamente. Eso dependerá de lo que piensen de vos y de los vuestros. Sé que lucháis contra ellos, que venís del bosque. ¿Sabéis que en estos momentos es vuestro bosque la única esperanza de los esclavos?

—No lo sabía. ¡Explíquese!

—Había una vez un emperador, en cierto país de Asia, quizá en la China o en la India, una especie de sultán cruel, embriagado por el poder, que ansiaba conquistar el mundo y transformar en esclavos a todos los seres humanos. Ya había conquistado todo un imperio, la mitad de la tierra o más, pero no le bastaba. Quería toda la tierra. Los pueblos se doblegaban cobardemente ante su voluntad, sin resistencia, cada vez más sometidos y más dispuestos a renunciar a su libertad a medida que el emperador aumentaba sus territorios y que se iban estrechando los límites del mundo libre. Pero había en alguna parte un gran bosque donde los hombres defendían con encarnizamiento su bien supremo. Esto inquietaba al emperador, aunque en realidad se trataba de pocos hombres y sólo disponían de muy escasos medios. El emperador decidió acabar con él y, al frente de un poderoso ejército, penetró en el bosque. No era fácil el combate, no, porque el bosque protegía a los rebeldes. Cuando se dio cuenta de que la única manera de aniquilar a aquellos locos era destruir el propio bosque, ordenó a sus soldados que cortasen los árboles para que los hombres libres no tuvieran ya la posibilidad de ocultarse detrás de ellos y escapar así a su voluntad. Durante muchos años los soldados del emperador estuvieron cortando árbol tras árbol, millares de ellos. Llegaron así al final del bosque, donde mataron a los hombres libres, a los pocos que habían quedado después de tantos años de combates y de fugas. No eran más que unos viejos sin fuerza, impotentes y enfermos. Entonces el emperador preguntó despectivamente: «¿Y éstos son los hombres libres?». Empezó el regreso a su capital que había abandonado durante tanto tiempo, satisfecho, a pesar de todo, con su victoria. Pero a medida que marchaba la columna, se daba cuenta el emperador de que los árboles cortados habían crecido de nuevo tras él. Después de varios días, se encontró en medio de un nuevo bosque joven y fuerte que había crecido de las antiguas raíces. Y en este bosque hormigueaban muchísimos hombres libres que rodearon al emperador y a sus soldados, y les dieron la muerte que merecían.

»Tened muy en cuenta, Alteza, que nunca se acaba de talar los bosques. Y mientras los haya, albergarán y resguardarán la libertad de los hombres, y ningún emperador, ni siquiera el sultán, llegará a exterminarlos. Vos mismo venís de ese bosque, ignoro por qué motivos. Lo único que sé con toda seguridad es que debéis volver allí. ¿Acaso no sois el príncipe del Bosque?».

—Lo he sido. Ahora no soy más que un esclavo como usted.

—¿No os he cortado las ligaduras? Sois libre. Al saber vuestra fuga, millares de esclavos se

alegrarán.

—Pero usted morirá. Sus amos lo matarán por haberme ayudado a escapar.

—Ya me mataron una vez. Al libertaros, vuelvo a ganar mi alma. Cuando os envió a este barco, Dios me hizo una señal. No me había olvidado. Me ha perdonado mi debilidad de antes y mi traición. No os preocupéis por mí. Pensad en la esperanza de mis semejantes y en quienes os esperan. Mi verdadero nombre es Fray Joaquín. Yo era fraile mercedario. Sólo cumplo con mi deber al dar mi vida por la vuestra.

Le tendió una mano y le ayudó a levantarse. Las piernas le dolían aún, pero podía tenerse en pie y andar. Se apoyó en el hombro de Fray Joaquín.

—¿Quiere usted confesarme? —preguntó Radu-Negru.

—Ya no soy digno; no, no soy digno. Dios se apiadará de vos porque sois joven y habéis pecado por orgullo o por pasión. En cuanto estéis libre, en tierra firme, os debéis confesar. Pero ahora hay que apresurarse. Seguidme.

Fray Joaquín tomó la delantera con su linterna. Cojeaba mucho. Llegó del puente una bocanada de aire puro. El viejo apagó la linterna. El cielo estaba cuajado de estrellas y, por encima de la amura, vio Radu-Negru las luces de Venecia que palpitaban en la orilla. El barco parecía estar abandonado, pero las precauciones que tomaba el español indicaban que los turcos de la tripulación dormían con un solo ojo, y que el barco estaba efectivamente preparado para zarpar al día siguiente.

—Bajad despacio. No hagáis ruido al tomar contacto con el agua. Allí, a proa, hay un centinela.

—Dígame, Fray Joaquín, ¿ha oído usted hablar de un tal Dragomiro?

—No. ¡Daos prisa!

—¿No hay a bordo más cristianos que nosotros dos?

—No, Alteza. ¡Bajad, por favor!

El viejo le besó la mano. Radu-Negru lo abrazó y se dejó deslizar por el cabo. Sin ruido penetró en el agua fría, que le estremeció, y empezó a nadar hacia las luces. Las había por todas partes y no pudo distinguir las de los barcos anclados en la Giudecca de las luces de la ciudad. Dudó un poco, volvió la cabeza, se dirigió hacia un lado y bruscamente cambió de dirección.

Perdía con rapidez sus energías. El hombre del bosque nadaba mal y las estrellas tan lejanas no acudían en su ayuda. Eran como minúsculas ventanitas infinitamente distantes que ignoraban su lucha con la mar. Le llegaron los sonidos de una música y, ya casi extenuado, se dirigió hacia ella. Era una góndola que volvía con gente de una boda. Radu-Negru pidió socorro con todas sus fuerzas, pero los de la góndola no lo oyeron. Pudo distinguir voces de mujeres, risas, y el acompañamiento metálico de una mandolina, melodioso y monótono, como el interminable cris-cris de las cigarras en las noches de verano. Pasó la góndola y la música se perdió a lo lejos. El príncipe, dejándose flotar de espaldas, se confió a la mar. Estaba más solo que nunca y también más libre que nunca, para decidir su destino. La herida de la frente empezó a sangrarle de nuevo al contacto con el agua salada. Sabía que su rebelión había fracasado, que si le habían permitido vivir era para que pudiera darse cuenta mejor. No había solución: toda rebelión contra la muerte estaba condenada de antemano al mismo fracaso. Dios guardaba bien sus secretos. No había hombre capaz de levantarse contra la suerte común de los hombres. Los que se creían capaces de ello y lo proclamaban, no eran más que charlatanes como aquel Fiorentino de Concoresso que pretendía haber llegado a los doscientos años y transformar el plomo en oro, para ganarse así las pocas monedas imprescindibles para vivir, y poder asombrar a los tontos.

Había, pues, que resignarse. Era la única salida hacia la libertad entre los límites que imponía esta breve servidumbre situada entre el nacimiento y la muerte. Por unos momentos, Radu-Negru se había sentido capaz de emprenderlo todo y de traicionarlo todo para romper así las ligaduras que le ataban a sí mismo, pero esto no había servido de nada. Se había hundido como una barca demasiado frágil ante la voracidad del océano. Y si la muerte era inevitable, seguramente había también un juicio igualmente inevitable más allá de la muerte y cada uno tendría que pagar según sus actos en esta vida. En este sentido —sí, en este sentido precisamente— Dios somos nosotros. Y el pecado del Viejo dejaba de pesar sobre él. Tenía que regresar a su país, regresar lo antes posible, vigilar a Dragomiro, matarlo para impedir su regreso, destruir el falso mensaje que se proponía llevar a los

suyos. Sí, esto era lo único que le quedaba por hacer. Renunciar a su sueño de sabiduría y de inmortalidad, resignarse sin maldecir, combatir junto a sus campesinos para que el bosque siguiera alimentando la esperanza en el corazón de los esclavos... ¿No era ésta acaso la única libertad permitida al hombre en medio de las leyes que del hombre hacen un cautivo arrojado al fondo de las tinieblas?

Venecia, Verónica, el mago, Erratino, las huecas promesas del Dux, todo ello se perdía en la bruma de su agotamiento. En cambio, volvía a tomar contacto con su pasado, el del bosque, mientras que sus brazos exhaustos batían el agua que lamía su herida y le cubría poco a poco los ojos. Su cabeza chocó contra madera, sus manos tocaron el costado de una embarcación y gritó: «¡Socorro!». Allá arriba, bajo las estrellas, una voz le respondió: «¿Quién va?», y la misma voz resonó de nuevo mucho más alto: «*Uomo all' acqua!*». Un cuerpo duro cayó en el agua junto a él y le salpicó. Aunque medio desvanecido, Radu-Negru pudo coger el cabo que le tiraban. Pensó: «He vuelto al barco de los turcos. Esta vez, todo ha terminado».



—Padre, ¿quiere usted confesarme?

La joven se arrodilló ante el sacerdote, que le pasó la estola por la cabeza.

—Habla, hija mía.

Una monja pasó cerca de ella agitando el aire inmóvil y dejando como una estela un vago perfume a cera nueva.

—Habla más alto, hija mía. Soy viejo y oigo mal.

Su voz enronquecida despertaba ecos bajo las bóvedas ennegrecidas por el humo de los cirios y el incienso. Los pasos de la religiosa se habían detenido delante del altar. De pronto, el sonido de la *toaca*² invadió el valle y el bosque llamando a los fieles a vísperas... Con la espalda inclinada bajo la estola y las rodillas dobladas en la fría losa, se sentía dolorida, pero no dejó de hablar:

—No puedo evitar amarlo.

Concluyó con un murmullo que quizá no llegase al oído del sacerdote.

—Voy a tener un hijo de él.

El sol se posaba en los abetos detrás de las montañas cuando María-Domna salió de la iglesia. De las casas blancas de las religiosas, esparcidas por entre los árboles en torno a la iglesia, salían columnitas de humo hacia el cielo anunciando la hora de la comida vespertina. Miguel, con atuendo de guerra, la esperaba en casa de ella.

—¡Qué pálida estás, María-Domna! ¿Sabes la noticia?

—¿Ha vuelto?

—No.

Se sentó en el borde del duro lecho con la espada sobre las rodillas como si fuese una de aquellas espadas de madera con que jugaba en su infancia, y durante unos instantes luchó contra el sueño que trataba de posarse como una mariposa sobre sus párpados. Llevaba pantalón de campesino y olía a sudor de caballo. Sus largos rizos negros estaban blanquecinos con el polvo del camino. La armadura que le cubría el pecho tenía unas manchas de sangre que parecían estar corroyendo el metal como el orín.

—No —repitió con una voz que le venía de muy lejos—; no tenemos noticias tuyas.

Se conocían desde la infancia, desde que Radu-Negru jugaba con ellos en las salas de Palacio. Nada había cambiado desde entonces, salvo lo que sucedía por fuera de ellos. Seguían mirándose con sus ojos de cuando niños, ojos sin secretos.

—No era ésa la noticia a que me refería —prosiguió Miguel desatándose la armadura y dejándola al pie de la cama—, sino que los turcos van a llegar pronto al Calvero del Manzano. Es

² Plancha larga y brillante que los monjes rumanos golpean con un martillo de madera mientras dan la vuelta a la iglesia.

sólo cosa de unas semanas. Ocuparán el convento. Tienes que abandonar estos lugares.

—¿Qué hará la madre superiora? ¿Le has hablado?

—No quiere marcharse.

—Pues yo tampoco me iré. ¿Adónde quieres que vaya? Radu-Negru vendrá a buscarme aquí de un día a otro.

—Según dicen los turcos, el punto en que se halla emplazado el convento es de una gran importancia estratégica, pues domina tres fronteras: las de Valaquia, Moldavia y Transilvania. Quieren utilizarlo para construir una fortaleza. Van a derruir el convento. De manera que expulsarán a las monjas. Aunque quizá maten a las viejas y se lleven a las jóvenes a Estambul.

—Si este sitio es tan importante, ¿por qué no lo defiendes?

—Eso se dice fácilmente; pero ¿qué quieres que haga con trescientos desarrapados que me quedan?

—Podrías reclutar muy bien quinientos más y esperar a los turcos en el sitio más propicio. ¿Sabes ya qué fuerzas enviarán para ocupar el convento?

—Dos o tres mil hombres; quizá cinco mil. Todos los que tengan en Braila.

—Si llegan a ocupar el convento, Dios no tendrá ya casa en todo nuestro país. Nos dejará con nuestra miseria y nuestra cobardía. Así, los turcos lo habrán emporcado todo. ¿Recuerdas todavía a Andrés, atravesado por las flechas turcas?

—No me hables de Andrés, por favor.

—Todos nosotros llevamos el peso de su muerte sobre la conciencia.

—¿Todos?

—¿Te acuerdas de los niños de entonces, los que en sus juegos aplastaban siempre a las tropas turcas? No hemos sabido ser fieles a esos niños que fuimos, Miguel.

—Nadie es fiel a su infancia, María-Domna, nadie es fiel. La vida es así: una serie de infidelidades para consigo mismo.

—Entonces, es el fin del mundo. Radu-Negru, en cambio, estaría dispuesto a defender nuestra infancia.

—Estás diciendo tonterías. ¿Qué es nuestra infancia?

—La libertad.

Hubo un silencio que se prolongó para confundirse paulatinamente con la noche.

María-Domna se levantó y cubrió con una manta a su amigo de la infancia, que se había quedado dormido con la boca entreabierta y los cabellos esparcidos sobre la almohada. Volvió a sentarse en la silla y mientras que la noche subía del valle tapando la ventana con su cortina azul, María-Domna pronunció lentamente el nombre del lejano guerrero, el padre de su hijo.

Una mano golpeó la puerta, una voz llamó desde fuera, pero ella no podía oírla. María-Domna era sólo memoria.



A un hombre de bien le es fácil aprender los gestos del mal y un hombre honrado puede convertirse en un criminal y en un torturador. Lo difícil es lo contrario. El cuerpo se debatía bajo las cuerdas cada vez que el hierro candente se hundía en su carne desnuda. El preso gritaba con terribles alaridos e imploraba misericordia. Cuando se desvanecía, una rociada de agua fría lo devolvía a la vida y a la tortura. Las llamas de la hoguera que habían encendido en la playa se difuminaban en la luz deslumbrante de la mañana. El aire marino olía a carne quemada y unas gaviotas ávidas revoloteaban por encima del grupo inmóvil que rodeaba al prisionero.

En los momentos de silencio humano se oían esos gritos de niños monstruosos que lanzan las gaviotas, y el rumor de las aguas del Po, glotonas y amarillentas, fluyendo hacia el cercano mar. Los juncos, en ambas orillas, ondulaban bajo el viento como un mar de frágiles hojas.

—Hablaré —dijo el prisionero sin apenas aliento.

Le cortaron las ataduras y le dieron de beber. Miró a Radu-Negru (el barco que había salvado a

éste no era un barco turco; lo habían izado a bordo y reanimado, y enseguida se dirigió a casa de Aloisio; después, con un grupo de amigos, se apoderaron del barco anclado en la Giudecca y encontraron a Fray Joaquín en la bodega, con el pecho atravesado por un puñal; condujeron al barco al sur de Venecia, a una playa desierta en la desembocadura del Po, enterraron a Fray Joaquín y torturaron al capitán turco para descubrir el itinerario que seguiría Dragomiro); sus ojos estaban dispuestos a la negociación, como si la tortura sólo hubiera sido un preámbulo necesario y esperado.

—¿Qué me ofrecen ustedes a cambio?

—¿No te basta la vida?

—No. Si hablo, no podré volver con los míos. Necesito dinero para comenzar otra vida. Mi información es indispensable para ustedes. Cómprenmela o mátenme. No les queda otra alternativa. A mí tampoco.

—¿Cuál es tu precio?

—Mil escudos.

Radu-Negru soltó la fina correa de su bolsa, sacó un rubí que brilló al sol como una gruesa gota de sangre fresca, y se lo tendió.

—Parece sangre —dijo el capitán.

—Sí; sangre pura a cambio de sangre impura. Eres tú el que sale ganando en el trueque. Habla.

—En Spalato. No sé más.

De manera que Dragomiro iba a reemprender el camino conocido.

—¿Se ha marchado ya?

—Sí. Embarcó esta noche, precisamente cuando dejaron a Vuestra Alteza en la bodega del barco. No le daréis alcance. Radu-Negru le volvió la espalda.

Se dirigieron en grupo hacia un molino que flotaba río arriba en las aguas amarillentas, atado a la orilla por unas gruesas maromas de cáñamo. Bajaron a los prisioneros a la bodega del molino flotante y allí habían de guardarlos durante un mes. El capitán turco tendría que esperar a que Radu-Negru comunicase que su información había sido exacta. En tal caso lo pondrían en libertad. Si había mentido, lo arrojarían al río con una piedra al cuello.

Unos caballos estaban ya preparados para Radu-Negru y Aloisio.

Cabalaron durante varias horas bajo un sol aplastante por senderos que cruzaban por campos desiertos cubiertos de juncos y cortados por canales donde los patos salvajes emprendían el vuelo al acercarse los jinetes. Nubes de mosquitos hacían vibrar el aire como la música de una sutil pesadilla. A veces los caballos se espantaban ante las carroñas de ganado, cubiertas por cuervos, macabros conjuntos que parecían enormes insectos negros y relucientes. Una repugnante pestilencia subía al cielo en vaharadas con la respiración de las marismas. Los pajarracos no se asustaban. La presencia de los hombres, desconocidos en aquellos lugares, los dejaba indiferentes.

—¿Conoces bien esta región, Aloisio?

—Vengo a cazar patos por aquí con bastante frecuencia. Tengo unos parientes en Chioggia, donde he pasado parte de mi infancia. Un primo de mi madre es el dueño del molino del Po.

Se calló unos instantes, intensamente ocupado en la tarea de aplastarse mosquitos en la cara.

—Alteza —dijo por fin—, mis amigos querrían aprovechar el viaje que hacéis para entablar una relación ininterrumpida con la gente de allá. Si creéis que esto puede resultar útil para vuestra causa y la nuestra, os daré la dirección de alguien en Spalato.

—Sí, me parece una buena idea. ¿Cuál es tu plan?

—Me habéis hablado de un cierto Udina...

—Udina Burbur, el pastor dálmata.

—Los pastores se desplazan de un país a otro. Es su oficio. Podríamos utilizarlos para hacer llegar a Spalato, y de ahí a Venecia, noticias de vuestras tierras, y luego organizar una red a través de todos los territorios sojuzgados por los turcos. Así nos enteraríamos de muchas cosas y, por vuestra parte, sabríais si el Dux ha cambiado de opinión y si el momento es propicio para una nueva embajada. Se dice que el nuevo Papa quiere ponerse al frente de una cruzada y que ha enviado cartas a todos los soberanos cristianos, en este sentido. También parece ser que el rey de Polonia ha respondido ya con su asentimiento y que el emperador va a hacerlo enseguida. Se habla ya de

guerra entre Venecia y Estambul. Udina Burbur podría informarnos sobre las fuerzas turcas que cruzan su país en estos momentos.

—Sí; es un plan sensato. Le hablaré a Udina. Creo que me ayudará a encontrar las huellas de Dragomiro. Cuando esté de nuevo en mi tierra, conservaré el contacto con vosotros por medio de Udina y sus pastores. En efecto, hay que prepararse a otra clase de guerra: la que sueña mi primo Miguel y que está preparando desde hace ya varios años. Es la guerra de los vencidos contra los vencedores; la guerra de los desesperados contra los que están demasiado seguros de su victoria. Si por fin estalla la gran guerra —entre Austria y los turcos— atacaremos por detrás a los ejércitos turcos. Les impediremos que reciban refuerzos y víveres cortándoles todos los caminos al norte y al oeste. Se hallan cada vez más lejos de sus bases de aprovisionamiento, de modo que serán más vulnerables a medida que avancen más. ¿Y en el caso de que esta vez también salgan victoriosos?

—No hay que excluir esa posibilidad. Si los reyes cristianos no ayudan a Austria, los turcos no se detendrán esta vez más que en Roma y en París. Si Viena no resiste, toda Europa estará perdida. Quizá fuera ésa una solución, pero sería la más peligrosa. De todos modos, la caída de toda Europa bajo la opresión de los infieles sería el medio más seguro de convertir en realidad la unidad de todos los cristianos. Y los turcos no resistirían una rebelión general de todos los vencidos.

—Sería demasiado peligroso. Dentro de cincuenta años, no habría ya más cristianos en Europa. Las nuevas generaciones serían educadas en el espíritu del Profeta, y Europa se convertiría en una tierra de esclavos adoctrinados y obedientes. Nunca hay que arriesgarse a lo peor con la esperanza de ganar lo mejor. La guerra es un juego mucho más limitado en posibilidades que la paz.

—Siempre quedarán los bosques. Siempre habrá un Imperio, incluso después de que hayan caído todos los sultanes —añadió el pintor, sonriendo como si todo aquello fuera una broma y lo único eficaz para defenderse fuera sonreír. Tenía la cara enrojecida e hinchada con las picaduras de los mosquitos. Estaba casi irreconocible. Los insectos cubrían el cielo en enormes nubes y se abatían sobre los dos caballos y sus jinetes. Su bordoneo recordaba a Radu-Negru las tormentas de nieve en las llanuras de su país.

—¿Piensas acaso en Leviatán, el monstruo de la Biblia? —preguntó el príncipe.

—Habrá que destruir algún día a Leviatán. Habrá que pensar seriamente en el porvenir de los hombres, conservar el espíritu de los bosques y hacer de él el ideal de nuestros hijos y la filosofía de los hombres libres. Algún día surgirá un nuevo profeta que predique la cruzada contra Leviatán. Ese profeta, o ese mesías, saldrá quizá de las profundidades de vuestro bosque. De «allá» es de donde tendría que venir.

Radu-Negru recordó las palabras de su padre. Su pueblo podría sobrevivir porque estaba acostumbrado a todas las humillaciones y a todas las esperanzas.

—Me siento feliz por tener un amigo como tú, Aloisio; feliz por haberte conocido. Probablemente nunca volveré a verte. La vida es por allá de muy corta duración.

—Habría querido pintar el retrato de Vuestra Alteza. —No lo lamente. No habría tenido una pared donde colgarlo.

Por encima de los juncos surgió un *campanile*, al fondo de la llanura, apenas dibujado sobre el cielo bajo y gris. Una cúpula brilló al sol. El caballo de Radu-Negru relinchó y sacudió la cabeza, contento al sentir el olor de la tierra de los hombres.

—Es Chioggia, Alteza.

V

Los bosques



Se detuvieron en lo alto de una colina. Abajo, el río cruzaba un largo valle con escasos árboles. La perezosa agua tomaba parte en los rudos funerales del ocaso. Los caballos sudaban a raudales y alargaban la cabeza hacia los matojos que crecían entre las piedras, masticándolos ruidosamente. Cerraban los ojos por el placer y el cansancio que sentían.

—Allí están, Alteza —dijo Udina Burbur tendiendo el brazo.

Unos puntos negros se movían en medio de la superficie del río hacia la otra orilla.

—Veinte jinetes turcos y el traidor. Van a pasar la noche al resguardo del bosque.

—Esta noche les quitarás todos los caballos menos el de Dragomiro. Al amanecer mataréis a los infieles con gran cuidado de que no se escape ninguno. Dragomiro huirá y yo le seguiré solo. ¿Está claro? Al traidor no tenéis que tocarlo ni tú ni ninguno de tus hombres.

—Comprendido, Alteza.

Udina Burbur le hizo dar la vuelta a su caballo y se dirigió hacia los pastores dálmatas que se habían parado más abajo, ocultos por la pendiente boscosa. Eran unos cincuenta hombres, todos ellos jóvenes, armados con mazas, espadas y arcos. Algunos llevaban en bandolera unos largos fusiles turcos.

La persecución había empezado bien. El capitán turco capturado en la Giudecca no había mentido. Efectivamente, Dragomiro había pasado por Spalato y, poco después, se le había reunido un grupo de veinte jenízaros para escoltarlo. Los habían seguido de lejos, divididos en pequeños grupos que se reunieron aquella misma tarde a la orilla del río, en el sitio por donde Dragomiro tendría necesariamente que vadearlo para pasar a territorio valaquio. Radu-Negru envió un emisario a Spalato, a la dirección que le había indicado Aloisio, para que supieran en Venecia la noticia que esperaba el pintor. De manera que ya estaría libre el capitán turco, emprendiendo una nueva vida, tal como él lo deseaba. Los pastores de Udina y del hermano de éste, así como los campesinos amigos, recorrían las aldeas en busca de ayuda. La red se extendía lentamente, pero sin tregua, por todo el país, pues el mundo se hallaba de nuevo en guerra. Los turcos habían cercado a Viena.

Fue lo primero que supo Radu-Negru al desembarcar en Spalato. El presente se enlazaba así con un lejano pasado, mientras que Venecia se desvanecía en su memoria como una nube tragada por el cielo. Dos proyectos tomaban cuerpo en su ánimo: matar a Dragomiro y reunirse con María-Domna si seguía en el Calvero del Manzano. Lo que vendría después se le aparecía con la misma claridad que el pasado. La rebelión se había aplacado en su alma igual que la voz de una tempestad detrás de las montañas. Y se hallaba en calma y contento como todos aquellos que se resignan a su soledad. Sin embargo, le sangraba todavía una herida, como el recuerdo de una derrota, cuando surgía Verónica en su memoria, acompañada por Aloisio, el mago, Erratino, y todos los que había conocido recientemente en Venecia, le parecía que le afluía la sangre a la boca y que iba a derrumbarse vencido por un dolor sin nombre. Pero ese pasado le volvía muy pocas veces a la mente, sólo cuando iba a dormirse, en esos momentos que separan al presente del verdadero pasado, el que alimenta en nosotros la auténtica llama de la esperanza. Luchaba unos momentos contra esas

imágenes y se hundía muy pronto en el sueño.

Vadearon el río bajo la luz pálida de una cansada media luna. Un pastor valaquio les esperaba en la orilla izquierda y se prosternó ante su príncipe. Después de tantos meses de ausencia, ya estaba de nuevo entre los suyos. Se sentía envejecido, más duro y también más sensato, como si esos meses hubieran sido años. Por entre los árboles desaparecieron unas sombras blancas. Pero reaparecieron al amanecer llevando por las bridas los veinte caballos de los jenízaros.

Los campesinos vigilaban con las armas en la mano, dispuestos para el combate. Ocultándose detrás de los árboles, habían rodeado el pequeño calvero donde dormían los turcos. Todavía humeaban las hogueras de la noche. Un prolongado grito se elevó del bosque y los pájaros, asustados, levantaron el vuelo entre las ramas, húmedas de rocío. Ya clareaba cuando los infieles se lanzaron en busca de sus caballos. Otros gritos, más breves, quedaron como suspendidos en el follaje. Se oyó el galope de un caballo. Las ramas secas se quebraban bajo sus cascos como el crepitar de un fuego. Contaron los cadáveres. Ningún turco había faltado a la llamada de la mañana y de la muerte.

Radu-Negru le estrechó la mano a Udina Burbur y subió de un salto a su caballo mientras que los campesinos arrastraban los cadáveres hasta el río.

Empezó la persecución. Tenía que dar alcance a Dragomiro antes de que éste pudiera salir del bosque y llegar a algún puesto turco para pedir socorro.



El encinar cubría la llanura. Radu-Negru se detenía de vez en cuando para buscar la pista del fugitivo en la tierra blanda, que conservaba la huella de los cascos. Enseguida reanudaba el galope, pues quería acabar lo antes posible su horrible tarea. Matar no es fácil. El príncipe lo sabía muy bien y sus manos temblaban al apretar las bridas. Se preguntaba si era el odio al marido de María-Domna o al amigo de los turcos lo que le impulsaba en esta persecución cuyo final supondría una doble liberación, individual y colectiva a la vez. Todo era turbio, inseguro y sucio en este mundo y siempre había que matar a alguien para poder hallar un asomo de felicidad.

Pero, ¿no podía ser Dragomiro quien lo matara a él? Esta posibilidad no le amedrentaba. Al contrario, su muerte habría significado el final de todas sus dudas. No temía a Dragomiro, pero sí a este vergonzoso temblor que le martirizaba los dientes como un freno invisible y le abría en las entrañas un doloroso vacío.

Vio a lo lejos el jubón rojo de Dragomiro, por entre los árboles que se espaciaban cerca ya de un amplio calvero. Espoleó a su caballo, que relinchó de dolor y de agotamiento, como si quisiera negarse a ese último esfuerzo que su amo le pedía. Ese relincho despertó un penoso recuerdo en la memoria de Radu-Negru. Una rama flageló su rostro empapado de sudor. El jubón rojo brincaba ante sus ojos al ritmo alocado del galope. Aquel relincho —lo supo por un fogonazo interior— le recordaba el grito de desesperación de su padre cuando blasfemó contra su Señor, lo mismo que este caballo exhausto que ahora se oponía en vano al mando de sus despiadadas espuelas. Un aroma de fresas aplastadas ascendió de la tierra todavía húmeda. Escenas de su infancia desfilaron a toda prisa por el fondo de sus ojos: vio el cuerpo del pequeño Andrés balanceándose al extremo de la cuerda y recordó aquella huida suya entre los árboles en compañía de Miguel y de los otros. Se habían detenido, jadeantes, y él se inclinó, antes de volver al mismo sitio, para coger unas fresas que sangraban entre las hojas enjoradas con el rocío. En su carrera, aplastó algunas y su penetrante perfume fue lo que le descubrió su presencia. Todavía le quedaba su intenso sabor en la boca cuando, vuelto al lindero del bosque, vio el cuerpo de Andrés acribillado de flechas y balanceándose en el aire, y los turcos alejándose al galope, por la llanura, hacia el Danubio, tan próximo. Comprendió en este momento, cuando recordaba aquella horrible escena, que la vida de todos los hombres estaba llena de recuerdos atroces o tiernos, y no era verdad más que una memoria desbordante de sufrimientos y de alegrías acumulados a toda prisa en la carrera hacia la muerte. Y no comprendía el sentido de aquella fuga que lo separaba de los hombres. ¿Por qué era necesario

matar para vivir, por qué?

La grupa del otro caballo brilló, inmóvil al sol como una charca de agua. El jubón rojo no se movía ya. Radu-Negru desenvainó su espada, clavó las espuelas en los sangrantes costados de su caballo y, pasando como una tromba junto a Dragomiro, le alcanzó con todas sus fuerzas. La espada del traidor voló en el aire silencioso despidiendo destellos de luz.

Detuvo su caballo y se volvió. Dragomiro había descabalgado y, en una velocísima carrera, logró recuperar su espada. Radu-Negru saltó al suelo y se dirigió hacia él. Se miraron, jadeantes, sin hablar. Tenía que matarlo lo antes posible, librarse para siempre de aquella presencia tan peligrosa. Se lanzó de nuevo. El otro paró el golpe y atacó a su vez. Pero sus golpes eran los de un hombre agotado por la carrera, sorprendido por la inesperada aparición de Radu-Negru, a quien creía rumbo a Estambul, atado en el fondo de la bodega. Con los cabellos y la barba mojados de sudor, la espalda curvada, la boca abierta y la cara deformada por el cansancio y el miedo, Dragomiro parecía un viejo. Le temblaba la espada al extremo de su brazo. Se le movieron los labios, quería hablar, se le alteraron las facciones en un rictus que lo hacía desconocido y se le cerraron los ojos un instante, concentrados por el esfuerzo inútil. No le salían las palabras. Se avergonzó de su debilidad, hizo otro esfuerzo para rehacerse, levantó la espada con un gesto de rabia y se lanzó otra vez contra Radu-Negru, el cual esquivó el golpe. Lo atacó tres veces seguidas en el mismo sitio, gritando como un loco. El brazo del príncipe no cedía. Después de parar cada golpe, Dragomiro daba un paso atrás, abriendo la boca, que se negaba a obedecerle. Una baba rojiza, mezclada con sangre, le resbalaba por la barba. Se había mordido la lengua. Por fin, logró decir:

—Mi príncipe... —como si esta palabra mágica significase para él el comienzo de una plegaria que hubiera podido conjurar el peligro mortal en que se hallaba.

—No soy ya tu príncipe. ¿No recuerdas que me lo dijiste tú mismo en Venecia, perro infiel? Me golpeaste en la cabeza. Te atreviste a levantar la mano contra mí y me entregaste a los turcos. Voy a matarte.

Le asestó un nuevo mandoble, esta vez con más fuerza. Durante unos instantes lo persiguió entre los árboles en el calor asfixiante del mediodía. Los caballos ramoneaban en los bordes del calvero, indiferentes a aquel combate que no les interesaba. Las cigarras asaban el aire en las brasas de sus cantos interminables y malignos como un infierno. «Dios mío», pensó Radu-Negru, «líbrame de este mal». Injurio a su adversario:

—¡Perro infiel!

Lo atacó de nuevo, pensando que sería ya el último golpe. Dragomiro saltó de costado con una agilidad que le sorprendió. La espada del príncipe se hundió en la tierra húmeda. El otro levantó el yatagán, que relució en la luz cegadora y asestó a Radu-Negru un terrible golpe de arriba a abajo, con la intención de cortarlo en dos mitades como si fuera carne ya inerte. El yatagán se hundió en tierra junto a la espada. El impulso que había tomado hizo caer a Dragomiro, que permaneció en el suelo tendido de bruces, sin energía alguna. Hizo un esfuerzo por levantarse y coger otra vez el arma, que vibraba aún cerca de su cabeza como una cruz inclinada sobre una tumba. El príncipe le pisó con fuerza la mano, que se retorció, blanda y desarticulada. La bota le había roto los huesos. Se volvió en el suelo, quedando de espaldas y tapándose la cara con los brazos. Esperaba la muerte.

—¡Matadme enseguida, mi príncipe, matadme ahora mismo, por amor de Dios! Compadeceos de mí. ¡Acabad lo antes posible!

Radu-Negru sacudió las dos espadas una contra otra para quitarles así la tierra húmeda y grasienta que las manchaba. Permaneció inmóvil, mientras un sudor frío le caía abundante por la frente y la espalda.

—Levántate —le dijo arrojándole el yatagán sobre el vientre.

Dragomiro gimió de dolor y se levantó apoyándose sobre la mano izquierda.

—Defiéndete.

—Me habéis roto la muñeca. No puedo defenderme. Matadme de una vez. ¿Qué esperáis?

Lloraba de rabia y dolor apretándose contra la boca el puño ensangrentado, como para curárselo con su aliento. No tenía su aspecto habitual; había dejado de ser un hombre. Los sollozos le deformaban el rostro y la voz.

—No puedo matarte —dijo Radu-Negru, que cogió el yatagán y, temblando sobre sus piernas, que le hacían tropezar a cada paso, se dirigió a donde estaba su caballo. Montó con mucho esfuerzo, recogió al pasar el caballo de Dragomiro enganchándose las riendas en su brazo izquierdo y partió al trote, con los dos caballos, por entre los árboles.

Se dirigió hacia el oeste, por donde había venido, decidido a regresar a Venecia y acabar allí su vida, indigno y desconocido, lejos de toda violencia. Pero, al poco tiempo, repentinamente, dio media vuelta, espoleó a su caballo y se dirigió hacia el este. No pensaba en nada. Le dolía la cabeza. Al llegar ante un arroyo dejó que los caballos bebiesen y arrojó el yatagán de Dragomiro al agua clara que fluía silenciosa sobre las piedras cubiertas de musgo.

«Alteza, no sois un traidor».

Oía aquella voz, clara como el agua del arroyo, pero no se movió, pues conocía los ecos de su soledad. Sacó un pedazo de pan de sus alforjas y hundió los dientes en la corteza endurecida, que sabía a aprisco. Cuando su caballo dejó de beber levantó la cabeza y lo empujó suavemente para hacerle cruzar el arroyo.



Verónica contemplaba el zafiro cuyo melancólico azul parecía sacado de un cielo muy lejano, inaccesible.

Aloisio le había llevado ese anillo hacía ya algún tiempo. «Es de parte del príncipe, nuestro amigo», le había dicho, sonriente. Era una sonrisa tonta, pero Verónica no se lo llevaba a mal. No quería mal a nadie desde que aquella piedra azul había entrado en su vida. Miraba la luz que se concentraba en ella y pensaba en el que había partido y nunca regresaría, cuyas facciones se dibujaban en el mismo centro de la piedra azul como en una esfera mágica. Lo veía, escuchaba su voz. El mundo se volvía azul, sin manchas y sin nubes, y ella le dirigía la palabra a esa imagen pequeña, muy lejana y muy próxima, inaccesible y gigantesca como la memoria. *Il principe azzurro è passato da me...* ese verso había de ser el comienzo de una canción que ella solía tocar en el arpa, mientras el zafiro, con los movimientos de su dedo, llenaba de chispas azules el horizonte de su melancolía.

La melodía había nacido enseguida, pero los versos no se le ocurrían. Tarareaba el canto acompañándose con los dedos estremecidos, que daban vida a las cuerdas. La tempestad en la barca, los gritos que él había lanzado desafiando a la lluvia y a los rayos, la violencia del amor sobre las olas enfurecidas, el beso ante aquella chimenea de pescadores donde hervía una olla, sus palabras inseguras impregnadas de su acento extranjero como de un perfume suave y duradero, todo aquel pasado tomaba ahora forma ante sus ojos bajo el ritmo luminoso de la piedra que medía el aire mientras sacaba del arpa la dolorosa y consoladora música.

Era inútil que la llamasen. Nunca acudía. Le había comunicado a Aloisio su deseo de vender su casa y retirarse a alguna ciudad más tranquila, lejos del mar, en Padua o en Vicenza por ejemplo, pues todo le parecía vacío y absurdo. «Le serás más útil aquí», le había dicho el pintor. «Su causa es ya la nuestra. No lo abandones». Y se quedó, pero le faltaba el entusiasmo. Sabía que no había retorno posible y que nunca pertenecería a otro hombre. «Que bonita viuda», le decía Aloisio sonriendo. «Se te pasará como se pasan todas las penas, como todos los amores. Para soportar la vida hay que saber olvidarlo todo». Pero el príncipe le había enseñado otra verdad y a ésta le era fiel: «No hay que olvidar nada, morimos cuando nos abandonan nuestros recuerdos».

Una noche llamó a un espadachín nocturno y le ofreció mil escudos por matar a Erratino. «A los poetas no se les mata», respondió el hombre.

Había doblado la oferta. Pero Erratino no estaba en Venecia. Se había marchado de la ciudad o quizá, temiendo una venganza, se ocultaba en espera de la llegada de los turcos o que lo olvidaran las autoridades.

Se apartó de la ventana y se volvió. Aloisio había entrado en la habitación y le preguntó:

—¿Sigues soñando? Tengo buenas noticias para ti. Verónica no esperaba buenas noticias.

—El príncipe alcanzó al traidor. Los hombres que lo acompañaban han matado a toda la escolta de Dragomiro. Acabo de recibir un mensaje de Spalato y dicen que el príncipe está ya entre los suyos.

—O sea, en pleno peligro. ¡Y le llamas a eso una buena noticia!

—Tengo otra. En Viena han rechazado un ataque turco. El rey Juan Sobieski dirige sus tropas hacia la ciudad sitiada. Te necesitamos.

Verónica miró la piedra azul en cuyo centro un jinete combatía entre unos árboles que se inclinaban bajo una violenta tormenta. Todo era azul, incluso la sangre que manaba de las heridas, incluso los caballos y las hojas, el cielo tormentoso y la tierra despiadada.

—Quisiera ser un hombre —dijo—; un guerrero. —Eres más fuerte que cualquier guerrero.

Verónica le sonrió. El pintor no la había comprendido. Si deseaba ser un hombre era para no amar, para ahogar en sangre y odio todo lo que esta piedra le sugería. No amar era un privilegio de guerrero.



Silenciosas, las monjas desaparecían por entre los árboles en dirección al convento. La noche seguiría pronto sus pasos. Desde hacía unos días no sonaba ya la *toaca* para no revelar a los turcos la presencia del convento. Se sabía que habían abandonado su guarnición en el Danubio y que se dirigían hacia el Calvero del Manzano en sentido contrario al curso del arroyo Salado. Una parte de sus fuerzas marchaba para reunirse con las que combatían ya en las puertas de Viena.

—Mil guerreros no es mucho —dijo Miguel—. Pero no somos más que trescientos.

—No nos creen ya capaces de reaccionar. Nos creen vencidos y sometidos para siempre —dijo María-Domna sentándose sobre la roca aún caliente del sol.

En torno a ellos, en las alturas, unos grandes bloques de piedra arrancados a la montaña esperaban sólo un empujón para precipitarse en el aire precisamente en el sitio donde pasaba el camino que iba hasta el convento. Los campesinos combatientes, deshechos de cansancio, yacían esparcidos por todas partes en espera de la comida de la noche. Las religiosas habían trabajado junto a ellos todo el día. Todo estaba preparado con gran cuidado. Era la última oportunidad y estaban decididos a combatir, uno contra tres, al amparo del bosque.

Cinco campesinos a caballo avanzaban por el fondo del valle conducidos por un hombre a pie. Los caballos se movían apenas por el camino que subía ya la pendiente, agotados por la larga marcha. ¿De qué rincón desconocido del país vendrían?

—Refuerzos —dijo Miguel con una risa sarcástica—. Cinco muertos de hambre.

—No te veo seguro de ti mismo como antes. Algo temes. Tardó un poco en responder.

—Él debería estar ahí. Me gustaría que estuviese en el momento preciso, seguido por muchos jinetes venecianos bien armados y bien alimentados y que todo terminase de una vez.

—¿Qué piensas hacer, después?

—Ir a Viena. El destino de todos nosotros se juega delante de sus murallas.

—Lo sé. Querías ponerte a la cabeza de un gran ejército, ganar una gran batalla, salvar a Viena y a la Cristiandad, liberar Constantinopla, fundar un imperio... nunca te cansas de combatir y de soñar. Pero sólo piensas en la gloria, es decir, en ti mismo. Eres incapaz de amar, Miguel. La guerra nace y crece en corazones como el tuyo.

—Radu-Negru solía llamar a los que son como yo «los verdugos de la humanidad».

—Estás llamando muertos de hambre a esos campesinos que han venido a luchar junto a nosotros porque los consideras sin valor alguno para contribuir a tu gloria.

—Es muy posible. No había pensado en ello.

—Pensar es concebir la existencia de los demás. Tú no concibes más que tu propia presencia.

Se callaron, molestos los dos. Los años que los separaban de su infancia acumulaban en torno a cada uno de ellos extraños montones de incomprensión cada vez más espesos. Flotaban entre ellos los recuerdos, en medio del silencio. Miguel habría querido librarse de ellos para poder emprender

un camino completamente nuevo. María-Domna sentía en él ese deseo de fuga y no podía perdonárselo.

—¿Te acuerdas del día en que me diste una bofetada? —dijo ella para alejar el silencio.

—Sí, fue cuando comprendí que estabas enamorada de Radu-Negru. En aquel momento habría querido matarte. Porque la verdad es que estaba enamorado de ti.

—Nunca me lo habías dicho.

—Es lo único de mi vida que he podido ocultarte. Aquello duró poco, pero de ese amor incomprendido ha nacido este Miguel que ves ahora. Me transformaste en un guerrero. Si sueño con sangre y conquistas es para borrar esa humillación.

—No era más que una pasión infantil —dijo María-Domna sin convicción.

—Sí, pero siempre somos fieles a nuestra infancia, queramos o no. Eres tú la que me has enseñado esa extraña verdad. Y fue tu amor —añadió después de una breve pausa— lo que transformó a Radu-Negru en un mal príncipe. Perdóname; quizá te parezcan mis palabras duras e injustas. Pero un mal príncipe quiere decir un príncipe enamorado. Y también esa verdad me la has enseñado tú. Los buenos príncipes son los verdugos de los pueblos, los que no conocen el amor.

—¿Los que no se resignan al amor?

—Sí —dijo Miguel con tristeza—. ¡Qué imbecilidad es todo eso! Lo podría uno cambiar todo con sólo volver atrás tomando de nuevo la vida en el punto en que nos ha obligado a tomar el camino menos conveniente. Pero es imposible. Sería como si alguien nos obligase a elegir un destino que sabemos no ha sido hecho para nosotros.

—Yo nunca querría cambiar el mío.

—Tú eres una resignada como Radu-Negru. Los pueblos deberían desconfiar de los príncipes fieles a su destino. Esa fidelidad les impide la grandeza.

Las cumbres de las montañas se encendían con el poniente flamígero. Parecía un mar de brasas extendiéndose más allá de las cimas.

—Quizá sea Viena que arde allá lejos —dijo Miguel mirando hacia occidente—. Y nosotros pudriéndonos en este valle vigilando la llegada de mil pobres turcos que aplastaremos heroicamente bajo las rocas sin gloria y sin consecuencias. ¿Te imaginas que hubiésemos nacido en otra parte, donde las grandes guerras han forjado las almas grandes...?

María-Domna lo miró, sorprendida por estas palabras que ella misma había ya pronunciado. Luego miró hacia el otro lado, a la llanura sumergida en la noche y tocó el brazo de Miguel. A lo lejos brillaban unos fuegos cada vez más claros a medida que la oscuridad subía hacia las cumbres. Eran muchas hogueras, que relucían malignas como ojos de fieras.

—Los turcos —dijo Miguel—. Será para pasado mañana.



Radu-Negru vio aquellas hogueras y acarició lentamente el cuello mojado de su caballo, cuyas patas temblaban ligeramente.

—Ya casi hemos llegado —dijo en voz alta y reanudó la marcha al trote por el sendero que subía a lo largo de un arroyo cantarín. Así que los campesinos tenían razón: los turcos se preparaban para ocupar el Calvero del Manzano. Y él volvía solo, sin traer ayuda alguna, sin más esperanza que la de ver de nuevo a María-Domna, tan solo como se había marchado. Más solo, puesto que entonces albergaba ciertas ilusiones y puesto que Della Porta lo acompañaba. Y había perdido toda una noche contemplando la ciudad desierta bajo la luna, hartándose de esta tristeza que aún le roía el corazón... Unos mochuelos chillaban en la torre de la catedral. La puerta estaba cerrada. Su caballo ramoneaba la hierba que, durante su ausencia, había crecido entre las piedras. La ciudad dormía, solitaria, bajo la luna amarilla y aquella mujer anciana no estaba ya allí. Durante varias horas la buscó por todas partes, alrededor del palacio y en las calles más alejadas, donde los árboles cubiertos de fruta se inclinaban pesadamente por encima de los muros ruinosos. El patio de María-Domna estaba tan abandonado como los demás. Sin embargo, no había señal alguna de saqueo. Los turcos, ocupados

en otros sitios, habían olvidado la capital, mientras que los suyos, retirados hacia el este, no se atrevían a volver a sus casas antes de que su príncipe regresara. Entró en un patio y dejó a su caballo en libertad después de haberle quitado la silla. Había cogido unos albaricoques que comió sentado en los peldaños de madera de la casa. Subió luego a la terraza cubierta que se extendía a todo lo largo de la fachada y se tendió en el suelo, con la cabeza apoyada en la silla.

Se durmió y un rey se le apareció en su sueño. Vestía de campesino, con la cabeza cubierta por un gorro de piel de cordero. Le caía sobre los hombros su larga cabellera y tenía el rostro verde y reluciente como el de un envenenado. Sabía que el rey había muerto hacía siglos y que reinaba en este país que era ahora el suyo. Ni siquiera sabía su nombre, pero sí que su propio poder y su corona le venían de este rey que había defendido al país contra otros invasores en los comienzos de la historia. El rey avanzaba lentamente y, con su mano derecha, que sostenía una corta espada ensangrentada, hacía señales a un ejército que se hallaba detrás de él. Pero Radu-Negru no veía a nadie, ¡sólo unos grandes árboles que se derrumbaban sin ruido obedeciendo a las señales que el rey hacía con su espada! Subían unos gritos desgarradores hacia el nublado cielo como si los árboles, al caer, aplastasen unos cuerpos humanos. El rey desapareció sin haberle dirigido la palabra y los gritos se apagaron poco a poco bajo los troncos amontonados que cubrían el horizonte en su follaje otoñal. Una luz azul palpitaba tímida entre el cielo y la tierra.

Aún no había salido el sol cuando se despertó obsesionado por el ensueño. Comió más albaricoques, húmedos de rocío, buscó su caballo y salió de la ciudad por la parte del río Ordessus. A mediodía encontró un grupo de campesinos que contemplaban su trigal ya casi maduro para la siega. Lo reconocieron, se prosternaron ante él según la tradicional costumbre y le dijeron que los turcos se dirigían hacia el convento y que los jóvenes del pueblo se habían marchado para ayudar a Miguel, que se disponía a combatir al enemigo cerca de las fuentes del arroyo Salado. Se hizo conducir a la aldea, donde dieron avena a su caballo y partió de nuevo, a rienda suelta, a través de los campos que ondulaban bajo el sol y bajo la brisa como un mar sin pelagros...

Durante dos días y dos noches había cabalgado casi sin interrupción. Había encontrado a unos fugitivos que se retiraban hacia las montañas por el avance del ejército turco. Eran unos viejos campesinos desarraigados que conducían unas carretas donde habían amontonado sus familias y sus bienes. Algunos de ellos construían ya unas cabañas al amparo del bosque en el borde de los calveros para no perder de vista la llanura donde su trigo, si la guerra duraba, se pudriría o se quemaría bajo la lluvia y el sol. Era el suyo el mismo destino que el de sus antepasados. Unos niños de una extremada delgadez, vestidos con camisas sucias, jugaban a la guerra entre los bueyes desuncidos que movían apaciblemente sus mandíbulas guiñando sus ojos húmedos rebosantes de una filosofía que no es la de los hombres.

Pensaba en los niños felices y limpios que jugaban en las calles de Venecia al borde de los canales que reflejaban en sus aguas la alta imagen de los palacios contruidos al abrigo de todas las tempestades. El mundo estaba mal hecho, no había duda. El Paraíso y el Infierno no eran más que el símbolo de este error original sin solución posible mientras que los hombres siguieran siendo hombres. Y estos niños tenían sin duda una razón de ser, con sus harapos y sus ojos reidores y trágicos. Estaba seguro de que sus vidas, que apenas comenzaban, prometían algo inaudito a los niños de los otros, que los desgraciados de hoy llevaban en sus hombros desnudos y escuálidos la cruz de una ilusión que se inclinaba hacia el futuro. Entre ellos crecía ya la voluntad del que no se resignaría, de aquel para quien la guerra, la mentira y la estupidez serían armas indignas e inusuales...

Las hogueras brillaban hacia su derecha cuando llegó al arroyo Salado. Siguió corriente arriba por un sendero que conocía y las hogueras desaparecieron detrás de él.

Resonó una voz potente en las tinieblas:

—¿Quién va?

—Tu príncipe —respondió.

Una sombra se le acercó con la espada en la mano.

—Sed bien venido, príncipe mío. Os esperábamos.

El campesino le indicó el camino hacia la cumbre donde estaba Miguel con los otros y

desapareció de nuevo en la noche. Radu-Negru avanzaba tranquilo y seguro, protegido por aquel campesino que señalaba con su presencia la frontera entre el bien y el mal. Se encontraba otra vez en el país y tuvo la sensación de que los árboles temblaban ante él e inclinaban respetuosamente su follaje a su paso.

Miguel dormía tendido sobre un montón de hierba recién cortada, mientras su caballo se la comía a su cabecera. Radu-Negru se inclinó sobre su amigo de la infancia y lo sacudió con delicadeza. Miguel no se despertaba. El príncipe se apiadó de este enorme cansancio, mucho mayor que el suyo, y volvió al grupo que se había reunido a unos pasos de distancia. Le ofrecieron vino, pan y queso. Y mandó buscar sus alforjas y repartió los pocos albaricoques que le quedaban, señalados ya por el calor y las sacudidas.

—Los he cogido en un jardín, cerca de la catedral.

Los campesinos se los llevaban reverentemente a la boca, oliéndolos con delectación, sin atreverse a morder las frutas sagradas que el príncipe había traído desde la lejana capital. Se los pasaron de mano en mano y por fin los comieron masticando la pulpa inodora como si fuera pan ázimo.

—La ciudad no ha sido saqueada por los infieles —dijo—. Podemos regresar a ella, si Dios nos ayuda a vencer. Están demasiado ocupados en Viena para pensar inmediatamente en represalias. Y en pocos meses podremos organizar un nuevo ejército. Se dice que el rey de Polonia y el Papa están concentrando tropas para enviarlas en ayuda de los sitiados. Los turcos serán aplastados y, con ayuda de Venecia y del emperador, podremos expulsarlos de nuestro país.

—Hay que acabar rápidamente con ellos, príncipe mío —dijo una voz—. El trigo espera la siega y si la guerra dura semanas, nos moriremos de hambre.

—Hay que darse mucha prisa. El trigo no espera —dijo otro.

—Aquí sólo somos trescientos —replicó Radu-Negru—. Quedan segadores en los campos.

—Yo estaba pensando en mi trigal —dijo la primera voz, melancólica, y se extinguió cortada por la visión de las olas amarillas del trigo que esperaba la hoz de su amo y no otra.

—¿Qué plan hay?

Una mano se posó en su hombro. Se levantó y Miguel lo estrechó en sus brazos. Los otros se retiraron en silencio.

—¿Vienes solo?

Le explicó a su primo la situación en Venecia, las vacilaciones del Dux, la lucha de los partidos, el plan que había forjado Aloisio... La batalla de Viena iba a cambiarlo todo si los turcos sucumbían bajo los golpes de los cristianos aliados, y también ellos podrían contar con el apoyo de todos. Esta vez Occidente se vería obligado a tomar la iniciativa y expulsar a los turcos de todas sus posesiones europeas. Un filósofo alemán llamado Leibnitz le había propuesto al rey de Francia que atacase a los infieles en Egipto para obligarles a retirar una parte de las fuerzas que concentraban en Austria. El rey de Francia no había respondido aún, pero se podía contar con él. Se le llamaba el rey Cristianísimo.

—¿Cuál es tu plan para mañana?

—Ven.

Se levantaron y Miguel le enseñó los montones de grandes piedras en las cumbres, encima del camino por donde habían de pasar los turcos. El enemigo disponía de mil hombres y doscientos caballos, incluidas las fuerzas de minadores, con máquinas de guerra y lo necesario para construir una fortaleza, caminos y puentes. Les seguían unos carros cargados de provisiones a unas horas de marcha. Todas sus fuerzas estaban vigiladas a distancia por patrullas valaquias que recorrían sin cesar los bosques y las cumbres a lo largo del camino, sin que el enemigo lo sospechase, pues no creía en la posibilidad de una resistencia.

—¿Cuáles son las fuerzas que acompañan a los carros?

—Apenas treinta o cuarenta soldados.

—Entonces habrá que apoderarse de los carros sin dañarlos. Será la base de nuestro nuevo ejército. ¿De cuántos caballos disponemos?

—De cincuenta.

—Hay que cambiar el plan de batalla. Ya te hablaré mañana a primera hora. Ahora vamos a dormir. Estoy muerto de cansancio.

Se acostaron en el bosque, al pie de un roble que les tapaba la bóveda estrellada. Un ligero vientecillo estremecía a las hojas, que parecían lamer a los astros como lenguas de corderos lamiendo en silencio pedazos de sal destelleante.

—¿Y Dragomiro? —preguntó Miguel.

—Quizá haya muerto.

Se durmió de pronto. El rey le esperaba en su sueño con su espada ensangrentada y su rostro de espectro medio oculto por los árboles de hojas rojas de otoño y de sangre.



La alta silueta del oficial reapareció a la vuelta del camino. Su casco brilló bajo la luna y el trote del caballo llenó el silencio con su ritmo familiar. El río relucía en la lejanía en el lugar donde se perdía entre las masas negras de las colinas boscosas. La noche estaba tranquila —en apariencia—, pero el grupo que esperaba el regreso del oficial no tenía ánimo como para disfrutar de ella.

—No veo luces —dijo el oficial austriaco al llegar junto a ellos—. Y eso me parece muy raro. Hace varios días, cuando salí de la aldea, estaban allí nuestras tropas. Había un vivaque con hogueras; allí, al fondo. Al volverme en mi silla veía la fachada de la iglesia, pues había varias hogueras en la misma plaza. Si los turcos no están ya en la aldea, han debido de pasar por ella no hace mucho tiempo.

Un caballo golpeó tres veces con su casco el pedregoso camino como si hubiera querido dar la hora, la de su impaciencia, de su cansancio y de su profética angustia. Un pájaro nocturno, que venía de la luna, se hundió en la oscuridad, tragado por la línea de sombra del bajo horizonte, que parecía infinito y, a la vez, desprovisto de profundidad.

—Debemos pasar —dijo el padre Marcos—. Si los turcos estuvieran ahí, no les importaría encender las hogueras. ¿No creen ustedes?

Su voz tenía el mismo espesor que su barba.

—¿Qué opina usted? —preguntó Della Porta al oficial austriaco.

—Quizá tenga razón el reverendo padre. Puesto que tenemos que pasar, pasaremos. Pero, desde este instante, no puedo garantizar ya la seguridad de ustedes. Continuaré protegiéndoles, pero sólo en la medida en que me sea posible.

Aloisio habría querido decir algo, dar su asentimiento, pero la fatiga acumulada durante el largo viaje a través del territorio veneciano y luego cruzando las montañas austriacas, lo había vaciado de toda iniciativa. Quería llegar lo más pronto posible ante las murallas de Viena, aprovechar una salida de los sitiados, unirse a ellos con su grupo, comunicarle al emperador el mensaje del Dux y dormir durante tres días seguidos librando por fin a sus piernas de la sensación de haberse transformado en centauro, de pensar como un caballo. A veces soñaba con una abundante ración de avena y con una cuadra confortable. Si tenía que seguir así un día más, soñaría con una yegua.

El grupo había reemprendido la marcha, con el oficial a la cabeza, yendo detrás de ellos los soldados. Las herraduras levantaban chispas en el camino. Aloisio se extrañó un instante de ese fenómeno y vio de nuevo la tienda de Venecia donde había comprado sus botas de guerra. «Son unas botas de príncipe», le había dicho el zapatero. Y él pensó entonces: «Con ellas sólo se puede ir a la gloria o a la muerte». Esas botas tomaban la forma —en sus sueños— de unas patas de caballo y arrancaban chispas de las piedras del camino, como ecos luminosos en la noche. «Ése sí que es un caballo que nunca reventará», pensó mirando a Della Porta, cuya resistencia e insensatez envidiaba.

Le despertó un olor a sangre. Resbaló en esa sangre como en una larga pendiente cenagosa y esta impresión le hizo pasar bruscamente del sueño a la realidad. Delante de la iglesia del pueblo, apenas iluminada por la luna, había un montón de cadáveres: hombres y mujeres, cuyos rostros podían verse perfectamente con sus ojos abiertos y sus dentaduras relucientes. Unas cabezas cortadas adornaban la cima de aquel montículo cuidadosamente edificado con cadáveres, como una corona.

Unos arroyuelos negruzcos corrían lentamente hacia los bordes de la plaza y se juntaban a la sombra de las casas.

«Estoy soñando», se dijo Aloisio. Abrió sus ojos llenos de sueño y miró hacia atrás, donde dos árboles sobrepasaban en altura a los puntiagudos tejados. De sus ramas colgaban cuerpos de hombres y mujeres cuyos vestidos flotaban suavemente en la brisa.

El oficial descabalgó y se inclinó sobre los cadáveres del montón, tocándolos de vez en cuando con su mano enguantada, como si pudiera resucitarlos con este gesto inútil.

—Esto ha ocurrido hoy. Esta misma tarde —dijo.

Un soldado lo llamó desde el otro lado de la plaza: «*Herr Leutnant!*». Aloisio lo siguió o quizá fuera su caballo el que lo llevó sin intervenir su voluntad. Reconoció enseguida los cascos otomanos, las cimitarras ensangrentadas rotas, los multicolores uniformes, los rostros crueles, asombrados por una muerte probablemente inesperada. Decidió apearse para ver de más cerca aquellos muertos, aquellos vencidos, pero una voz extranjera, un poco nasal, aunque fuerte y viril, le impidió acabar ese movimiento. Miró hacia el lado de la iglesia, por encima del lomo de su caballo, con un pie todavía en el estribo.

Una forma blanca había surgido de la sombra —«¿de la sombra o de la luna?», se preguntó el pintor— y descendía la escalinata que daba a la plaza. Otros hombres, quizá un centenar, vestidos con camisas y pantalones ceñidos, totalmente de blanco, siguieron a aquel hombre sin hacer ruido deslizándose como fantasmas. Pronto estuvieron todos cercados. La plaza parecía de pronto más luminosa. Oyó a Della Porta que respondía en la misma lengua y que se lanzaba hacia la iglesia después de haber saltado de su caballo. Durante unos minutos el médico habló con el desconocido. Parecían comprenderse. Desde el primer momento, le había recordado algo aquella voz a Aloisio. El tono y el acento le sorprendieron, pero no supo a qué atenerse hasta que intervino Della Porta.

En efecto, aquel hombre hablaba como Radu-Negru, como si fuera su misma voz. «No es posible. Estoy soñando. Tiene que estar muy lejos de aquí». Sin embargo, la voz y los gestos tranquilos y sobrios de los hombres vestidos de blanco no dejaban lugar a dudas.

Della Porta se volvió hacia su gente y les contó el drama y su desenlace. Aquellos guerreros vestidos de blanco eran campesinos valaquios reclutados por los turcos contra su voluntad. La compañía de la que formaban parte había atacado a la aldea por sorpresa a primera hora de aquella misma tarde y habían matado a todos sus habitantes. Los que, con las armas en la mano, se habían opuesto a la matanza, fueron ahorcados. Los campesinos valaquios se habían unido a los jenizaros más tarde, cuando los turcos, embriagados por la sangre y el vino que sacaron de las bodegas, saqueaban las casas y remataban a los heridos. Sublevados por este espectáculo, los campesinos atacaron a los turcos y los mataron sin dejar uno. Pensaban regresar a sus casas una vez terminada esa tarea, y ya se preparaban para partir cuando entraron en el pueblo Della Porta y los suyos.

—Me voy con ellos —anunció Della Porta al terminar su relato.

—Tiene usted que cumplir una misión —le reconvinó el padre Marcos.

—Son ustedes dos para cumplirla, padre. En Viena estaré yo de más. En cambio, junto a Radu-Negru tengo una verdadera misión y nunca hay bastantes hombres cerca de Radu-Negru. Además, piense usted que seré el único «refuerzo» enviado por los cristianos de Occidente a ese príncipe. Aunque la verdad es que no soy un enviado, sino que me envió yo mismo. Por una vez, dejo de hacerme preguntas. El destino es más lógico de lo que yo creía. Tenía razón el príncipe: es imposible que nos arranquemos de nuestros recuerdos. En el fondo, al regresar con esos hombres, lo que hago es volver a mis recuerdos. Me creía un hombre de mar y es el bosque el que me da vida. En fin, me disculpo por haber charlado tanto, pero esto es también, en mí, una inevitable tradición personal. No traten ustedes de impedirme que me vaya. Es una decisión firme.

Se inclinó ante el monje capuchino y le besó la mano despidiéndose luego de Aloisio.

—Adiós amigo mío. Es muy probable que no volvamos a vernos. Te deseo un gran porvenir en la pintura y en la política. Tanto la una como la otra necesitan un buen puntapié en el trasero. Han envejecido y los hombres las han sobrepasado. Procura tú ponerlas al paso de los hombres de hoy.

—Saluda a Radu-Negru de mi parte. Dile...

El ruido de los jinetes y sus caballos invadió la plaza. Una oleada de camisas y de cabelleras

flotantes onduló el espacio. Luego, de nuevo el silencio, y los vivos volvieron a encontrarse junto a los cadáveres. La embajada veneciana reanudó la marcha.

—¿Quién es, en el fondo, ese Della Porta? —preguntó el padre Marcos—. ¿Lo conoce usted desde hace mucho tiempo?

—Es un visionario —respondió el pintor.

—¿Un mago? —insistió el religioso.

—Si prefiere usted llamarlo así... Sí, un mago que utiliza las esencias más puras y simples. Cree en la amistad, en el amor, en la fidelidad... Conoce el secreto de colocarse fuera del tiempo y quizá también del espacio, como acaba usted de ver. En resumidas cuentas, forma parte de la familia del príncipe de Valaquia.

—Los Besaraba, ¿no?

—No, padre, me parece que su nombre no ha sido inventado aún.

—Ya comprendo, hijo mío, ya comprendo. Ese médico trae otro mensaje.

—Usted lo ha dicho, padre.

Seguían de nuevo el curso del Muhr. El pintor se había dormido sobre su caballo y soñaba que sus botas se transformaban en cascos de caballo y que trotaban, trotaban hacia un infinito de cansancio. El capuchino no dormía. La aparición inesperada de aquellos campesinos de ojos profundos e infantiles, la manera rápida y casi hipnótica en que Della Porta se reunió con ellos y desapareció, las palabras del pintor, la proximidad del peligro y de la muerte, todo ello le había turbado y entusiasmado a la vez. «¡Necesitamos una victoria, Dios mío, haz que triunfemos!»

Rezó durante mucho tiempo. Una lágrima, como una estrella, brillaba en su barba.



El sol relucía alto en el cielo cuando los campesinos acabaron de aserrar los árboles a los dos lados del camino. Los troncos seguían de pie como si nadie los hubiera tocado. Habían quitado cuidadosamente las virutas y el serrín y las huellas que la sierra había dejado en los troncos fue* camuflada convenientemente. La corteza del lado del camino quedaba intacta para que el viento no derribase a los árboles antes de tiempo. Bastaría un fuerte empujón para que cayeran sobre el ejército de los invasores. Éste era el plan de Radu-Negru. Otros campesinos esperaban en el interior del bosque para intervenir en el momento en que la caída de los árboles sembrara la confusión entre los enemigos. La orden del príncipe era tajante: ningún infiel debía escapar, con objeto de que la noticia del desastre tardase el mayor tiempo posible en llegar a la base turca del Danubio.

A primera hora de la tarde vieron en vanguardia unos doce jinetes, a los que dejaron pasar. Los caballos avanzaban al paso, batiendo el aire con sus colas nerviosas, asaetados por las moscas. Los jenízaros, dejándose llevar por el ritmo perezoso de sus monturas, parecían ir dormidos, con los ojos semicerrados en el calor tórrido que caía del cielo. Un caballo relinchó, pero los turcos no hicieron caso. Radu-Negru, oculto tras unas matas, le acarició el cuello a su caballo para que no respondiera. Uno de los jenízaros desmontó, dejó a su caballo al borde del camino y se dirigió hacia los árboles mientras sus compañeros proseguían su marcha. Se quitó el cinturón, se desabrochó a toda prisa sus anchos pantalones y se puso en cuclillas, visiblemente estorbado por la espada que sostenía con la mano izquierda, por el jubón que se empeñaba en caérsele sobre su desnudo trasero, y por los pantalones, que tendían a subírsele a pesar de sus esfuerzos con la mano derecha para mantenerlos en una posición favorable a la urgente necesidad que le había hecho salir de su patrulla. Dio un paso en falso hacia atrás, se tropezó con una raíz a flor de tierra y cayó de espaldas riendo y a la vez lanzando imprecaciones. Se levantó con trabajo, grotesco y medio desnudo y buscó otra posición más estratégica entre los matorrales. Un leve silbido le hizo dar media vuelta. En ese momento un campesino saltó silencioso, entre la hojarasca y le hundió un largo puñal entre los hombros. El turco cayó sin un grito, con el trasero al aire y así quedó inmóvil en la hierba caliente. El campesino se

* Así en el original. La concordancia correcta sería “fueron” [Nota del escaneador].

hizo de nuevo con su puñal, agarró al cadáver por los pies y lo arrastró hasta ocultarlo bien bajo unas matas. Otro salió rápidamente al camino y tiró del caballo. Las cigarras habían acompañado con su canto esta pantomima como si fuera la música de un teatro.

Muy lejos, más allá del recodo del camino, se oyó un grito:

—¡Mohamed!

—Mohamed está en los cielos —respondió el campesino entre dientes mientras le quitaba al difunto sus armas.

Poco después apareció en el camino el grueso del ejército. Se oían risas y el ruido seco de los cascos, como de granizada, que batían el suelo pedregoso. Los botones dorados de sus jubones brillaban al sol. Radu-Negru pensaba en María-Domna. No había descendido del convento. ¿La volvería a ver alguna vez? ¿Sobreviviría él al combate? Por un instante pasó por el fondo de su memoria aquel rey del sueño. Miró los árboles y las espadas arqueadas de sus hombres, que tenían ya colocadas las manos huesudas y negruzcas sobre los troncos. Le latía el corazón. El miedo le roía las entrañas. Los campesinos pensaban en su trigo, que les esperaba en alguna parte, más allá del bosque.

Cuando el bajá que mandaba la columna llegó al recodo donde la vanguardia había pasado unos minutos antes, se oyó el sonido de un cuerno de caza en las alturas donde Miguel vigilaba con sus hombres. Unos alaridos destrozaron el silencio y los follajes temblaron bajo un viento invisible que inclinó los gruesos árboles los unos hacia los otros, a ambos lados del camino. Los troncos caían sobre los jinetes. Los caballos que no quedaron aplastados por los árboles, nadaban en el espeso follaje como en un pantano cenagoso que no los soltaba. Los campesinos se persignaban. Escupieron en sus palmas rugosas, se frotaron las manos como si fueran a empuñar la hoz o la pala, y se lanzaron gritando contra el enemigo. Sonaron unos disparos de fusil. Una nube de polvo levantada por la caída de los árboles subía hacia el cielo como una humareda por encima del campo de batalla. Un salvaje y penetrante olor a sangre se mezclaba con el polvo. Los caballos, espantados, arrastraban entre los troncos los cadáveres de los jenizaros degollados, atravesados por flechas o con el cráneo hendido por los mazos.

Un grupo de jinetes valaquios se lanzó hacia la llanura para cortar la retirada a los fugitivos y para atacar al convoy de los carros. Otros se dirigieron hacia el convento para alcanzar a la patrulla de vanguardia. Los cascos resbalaban en el cieno ensangrentado. Los campesinos terminaban pronto. Se inclinaban hacia adelante y asestaban terribles golpes mientras sudaban sin cesar. Era otra cosecha, amenazada por una tempestad que se acercaba por todas partes. Había que terminar enseguida, antes de que se desencadenara esa tormenta y fuese demasiado tarde. Había un tiempo para la guerra, como lo había para la cosecha y para el amor. Todo debía ser preciso y exacto, a la medida de sus vidas. No se podían desperdiciar los minutos. El trigo esperaba en la llanura y también esperaban los niños hambrientos, y las mujeres, y los ancianos, que cuando jóvenes habían sabido cumplir con su deber. Los brazos se levantaban, caían, una sola vez por cada cabeza, para cada pecho, pues no había tiempo para asestar varios golpes al mismo enemigo.

Se había formado un grupo alrededor del bajá y de la bandera verde, casi invisible en el fondo también verde del bosque, grupo en el que iban poco a poco a concentrarse todos los supervivientes. Radu-Negru envió un mensajero a las cumbres. Los campesinos se retiraron. El bosque se los había tragado de nuevo. La voz del cuerno de caza retumbó por segunda vez en el valle seguida por el estruendo de un trueno, un largo trueno que parecía venir de lejos y que sacudió a las rocas y a los árboles como un temblor de tierra. El alud cayó por el lado izquierdo del camino y los turcos se lanzaron al lado derecho, pero también por allí cayó del cielo otra avalancha arrastrando hombres y caballos como un torrente polvoriento y cegador.

Durante unos instantes el bosque y el cielo desaparecieron en la nube. El estruendo había cesado. Salían desesperados gritos de aquí y de allá, y desgarradores relinchos. Era como un grito de la tierra herida en la carne destrozada de sus hombres y sus bestias. Algunos supervivientes se arrastraban para caer enseguida bajo las rápidas flechas y hachas. Miguel descendía la empinada pendiente llevando a su caballo en una loca carrera a través de rocas y árboles. Radu-Negru lanzó su caballo a su encuentro haciéndole saltar por encima de los árboles derribados. Alguien lo llamó. El

caballo se detuvo bruscamente cerca de un jubón rojo como si acabase de reconocer una voz familiar. El príncipe se inclinó para ver mejor. Un hombre yacía de espaldas con el pecho aplastado bajo un tronco. Expiró con los ojos desorbitados, antes de que Radu-Negru pudiera estar a su lado.

—¡Es Dragomiro! —exclamó Miguel, que había detenido también su caballo ante el jubón rojo manchado de sangre.

—Nos había traicionado —dijo Radu-Negru.

—Se pasó a los turcos y renegó de la fe. El bosque lo ha castigado. Que Dios se apiade de su alma.

Se persignó y volvió la vista. En el centro de una bandera que un campesino había izado en el extremo de una rama, ondulaba el águila valaquia al viento de las cumbres.

—He renunciado a todo, lo he abandonado todo para organizar esta carnicería —dijo Radu-Negru—. También el traidor había renunciado a lo que más quería en este mundo. Él ha muerto y yo he salvado la vida. ¿Crees que esto quiere decir algo?

—Nada —respondió Miguel con sequedad.

Pensaba ya en el asedio de Viena, en el combate decisivo que le reservaba allá el destino, en todo lo que podría haber hecho lejos de este pequeño valle donde los gestos de los hombres, incluso en la victoria, eran en definitiva inútiles y quedaban suspendidos sin réplica en el aire demasiado puro. Pensaba que Radu-Negru podía haberse quedado en Occidente invocando el pretexto de Viena o el de las negociaciones con Venecia para no regresar. ¿Por qué había vuelto? Una mujer lo esperaba allá arriba, un niño nacería, y la vida de miseria, de grandes derrotas y de pequeñas victorias consoladoras, no tardaría en asfixiarlo.

En cambio, su destino era muy diferente, pues se lo iba a forjar con sus propias manos, como un metal maleable. Conquistaría y conocería.

—No —repitió— eso nada quiere decir.

Pero su primo no oyó estas palabras, pues galopaba ya hacia el convento.



El deseo espoleaba a aquel hombre cada vez que la mujer se le acercaba para llenarle de vino la copa. Sus brazos desnudos aparecían en toda su espléndida blancura cuando los levantaba con un movimiento suave y firme que hacía resbalar hasta las axilas el sedoso tejido de las mangas, para hundir con las yemas de los dedos el peinecillo de concha y plata que sujetaba su moño.

La brisa ondulaba las cortinas, cuyo movimiento alado agitaba a su vez el aire en la habitación haciendo temblar la llama de las velas.

La deseaba desde hacía mucho tiempo, pero nunca se atrevió a decírselo. Vacilaba entre la timidez aumentada por la edad y la obesidad, y la conciencia de su deber y de su rango. Un secretario del Dux, que a la vez era padre de familia, no debería haberse dejado tentar por una cortesana. Pero por fin había capitulado ante tantas reticencias y allí estaba desde hacía horas, vergonzoso como un adolescente y charlando de mil cosas fútiles, sin atreverse a tocarla. La insistencia de la mujer —¿cuál podría ser su papel en aquel complicado engranaje político? ¿Por qué insistía con una perseverancia tan sospechosa y con una habilidad tan sutil? ¿Qué representaría exactamente en aquel juego?— le indignaba, pero seguía eludiendo sus preguntas y, orgulloso de su diplomacia, le daba respuestas vagas. En el fondo, la resistencia a darle los datos que ella le pedía era su única arma de cierta eficacia en estas escaramuzas del amor para las que carecía de cualquier otra calidad personal. Las mujeres son tan difíciles de vencer como las fortalezas y no había que regatear los medios. Maquiavelo hubiera encantado a Ovidio, que habría utilizado de muy buena voluntad los principios del florentino en su arte de amar. Ahí está lo más importante en esta vida: quedar encima a cualquier precio y sin que importe el medio utilizado. Así venía arreglándose Venecia desde hacía siglos.

Le tomó la mano sin violencia y la atrajo hacia él en el diván.

—Ven, Verónica, voy a confesarte un gran secreto. Ella se sentó junto a él.

—¿Un secreto de Estado? —preguntó con aire ingenuo y sonriente.

—No. Se trata de algo mucho más serio. Estoy enamorado de ti. Y tú ni siquiera pareces darte cuenta.

—Ni siquiera me atrevía a pensarlo.

Miraba la piedra azul que relucía en su dedo.

—Hay que atreverse a todo en la vida, atreverse a todo.

Las manos del secretario asieron los brazos desnudos de la mujer y se apoderaron de su mano. El brillo azul se apagó. Verónica se soltó la mano, como asustada.

—Me siento inclinada hacia usted y le pido tan poco a cambio... nada más que unas palabras favorables al oído del Dux, en el momento oportuno. Piense usted que la suerte de todo un pueblo depende de esas palabras de usted, de su habilidad política, y sabré manifestarle mi reconocimiento.

Entonces acarició la nuca espesa del hombre, empapada de sudor, tan blanda como el vientre de un gato viejo.

—Te prometo mi apoyo —dijo mientras tomaba la firme decisión de no hablarle jamás al Dux de aquel asunto. Jadeante y sudando, logró inmovilizar a la mujer, que ya no se resistía. Quedó tendida sobre los cojines con sus cabellos dorados esparcidos sobre ellos y los ojos cerrados. Le buscó la boca. Verónica no se opuso y al final de un apasionado beso, le mordió los labios.

—¿Me quieres un poco, verdad? —preguntó convencido por aquella prueba.

—Sí —dijo Verónica limpiándose la boca en el pico de un cojín y con unas ganas locas de escupirle el beso a la cara.

La piedra azul lanzaba sus destellos bajo las llamas de las velas, que se estremecían con la brisa llegada de lejos, de muy lejos.

El aire se había enfriado bruscamente y un olor a bosques bañados por la tormenta invadió la habitación.

«Voy a enfriarme», pensó el secretario del Dux, agotado por aquel esfuerzo que sobrepasaba sus posibilidades.